
HARLEQUIN
Jazmin
LA MEJOR
PROPOSICIÓN
SOPHIE PEMBROKE



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La mejor proposición, n.º 5532 - enero 2017
Título original: A Proposal Worth Millions
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-9318-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

CEGADA por el sol, Sadie Sullivan parpadeó e hizo un gesto de despedida, mirando hacia el coche de alquiler que se alejaba del Azure Hotel. Si aguzaba bien la mirada, casi podía ver el pequeño rostro de Finn, apretado contra el parabrisas posterior. También le decía adiós con la mano. Su padre, al volante del vehículo, estaba concentrado en la carretera, pero Sadie atinó a ver el reflejo del cabello rubio cenizo de su madre, junto a la cabecita de Finn. Sin duda, era ella quien le mantenía en su sitio para que no se moviera, tras haberle asegurado bien la correa del cinturón de seguridad.

Estaba en buenas manos. Tenía que recordar eso. Aunque el corazón le doliera por tener que separarse de su pequeño, debía tenerlo muy presente.

El vehículo bordeó la última curva y desapareció tras la fila de juníperos. La carretera les llevaría a lo largo de la costa para después adentrarse en el país, en dirección a las carreteras principales y hacia el aeropuerto de Izmir. Sadie respiró profundamente y se secó las lágrimas con el dorso de la mano rápidamente, por si acaso alguien la pudiera estar observando. Lo último que necesitaba en ese momento era tener que dar explicaciones y contar por qué la jefa estaba hecha un mar de lágrimas.

Profesionalismo.

Esa era la clave.

–Solo va a ser una semana, Sullivan –murmuró para sí–. Aguanta. Dentro de siete días vas a estar en Inglaterra con él, lista para traerle de vuelta. Disfruta de la paz hasta entonces.

Pero tal vez sería por más tiempo la próxima vez, quizás un curso completo incluso. ¿Y si no quería volver con ella en las vacaciones? No. No podía pensar en eso. Independientemente de la importancia de tener a la familia cerca, Finn debía estar a su lado. Los colegios de la zona eran muy buenos y Finn ya empezaba a hablar mejor el turco. Todo saldría bien.

Tragó con dificultad y volvió a entrar en el fresco vestíbulo del hotel. Incluso a finales de septiembre, el cálido clima de Turquía estaba muy presente en Kusadasi. En cuestión de semanas los lugareños comenzarían a sacar sus suéteres y empezarían a quejarse del frío, pero ella y el resto de turistas seguirían en las playas, disfrutando del sol.

A esas alturas, el año siguiente, Finn ya habría empezado el colegio. Sin embargo, la única pregunta que aún estaba sin respuesta era…

¿Dónde?

–¿Tus padres y Finn llegaron sin problemas al aeropuerto? –le preguntó Esma, levantando la vista del mostrador de recepción.

Sus largas uñas rojas aún estaban apoyadas sobre el teclado.

Sadie asintió con la cabeza. No se sentía lo bastante segura de sí misma en ese momento como para decir algo.

–Está muy emocionado con la idea de pasar unas vacaciones con los abuelos –dijo Esma, la mano derecha de Sadie–. Y es el momento perfecto.

Sadie siguió asintiendo con la cabeza y entonces parpadeó, sorprendida.

–¿Ah, sí?

Esma ladeó la cabeza y la miró fijamente. Mientras tanto, Sadie intentaba poner su mejor postura de jefa y una expresión a la altura de la circunstancia. Tenía el traje adecuado, el pelo, el maquillaje… todas esas cosas detrás de las que solía esconderse cuando no sabía qué hacer. Esa armadura la había ayudado a superar la muerte de su marido, y gracias a ella había sido capaz de ponerse al frente de ese absurdo proyecto tan ambicioso que había dejado atrás, y del que no tenía mucha idea.

¿Por qué iba a fallarle la armadura en ese momento, solo porque iba a pasar una semana separada de su hijo?

La pose debió de funcionar porque Esma se encogió de hombros y empujó el diario de trabajo sobre el mostrador, en dirección hacia ella.

–Me refería a lo de ese inversor que llega esta semana. Como no vas a tener que preocuparte por Finn, vas a tener más tiempo para pasarlo con él, ¿no?

–Sí. Claro.

Sadie contestaba de forma automática. Tenía la vista fija en las letras rojas que decían: *Visita del inversor,* escritas en las hojas correspondientes a los cinco días siguientes. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

Era la prioridad esa semana. La única cosa a la que debía destinar su tiempo y su preocupación debía ser ese inversor nuevo, y todo su maravilloso dinero.

No había querido recurrir a ayuda externa, pero las cosas se estaban complicando y ya se habían encendido todas las alarmas, aunque solo Neal y ella conocieran la verdadera extensión de los problemas del Azure. Tras buscar a inversores locales, sin éxito, Neal había sugerido buscar inversiones en el exterior, pero la cosa tampoco había salido bien. Una última posibilidad se había presentado de repente, no obstante. Se trataba de un empresario conocido suyo que se dedicaba a la industria hotelera, al parecer. Con un poco de suerte, el empresario tal vez tendría algo de interés en el negocio, tanto como para enviar a un asistente a visitar el Azure.

Sadie se había mostrado escéptica desde el principio, pero también era cierto que se estaba quedando sin opciones. Confiaba en Neal. Él era mucho más que un simple contable, y había sido uno de los mejores amigos de su difunto esposo, Adem. Además, seguramente Neal le había pedido a su amigo empresario que no fuera muy duro con ella. Todo el mundo lo hacía.

«Es viuda», pensó, imaginándoselo mientras decía las palabras.

Todo el mundo sacudía la cabeza con tristeza al oírlas.

«Perdió a su esposo en un trágico accidente de coche, cuando era muy joven».

Normalmente eso era todo lo que la gente sabía de ella, eso y también que se había quedado con un gigantesco hotel aún por reformar. Con el ritmo que llevaban, esa reforma iba camino de convertirse en una faraónica obra que jamás llegaría a terminarse.

Sadie estaba casi segura de que en otra época su vida y su persona solían tener muchas otras facetas…

Tras el mostrador de recepción, los ojos de Esma parecían más grandes que nunca, llenos de preocupación, así que Sadie no tuvo más remedio que reforzar esa sonrisa que casi le dolía esbozar. Tenía que huir de la negatividad. Amaba a ese hotel, tanto como

Adem cuando vivía, tanto como su pequeño Finn. Ese era su hogar, y lo convertiría en todo un éxito, de una forma u otra.

Había hecho promesas, compromisos. Y tenía intención de cumplirlos todos. No le venía mal algo de ayuda durante el proceso, no obstante.

–¿Llamó Neal para decir cómo se llama el tipo que va a venir en representación de la empresa? –preguntó Sadie–. Vamos a recogerle en coche al aeropuerto, ¿correcto?

–Sí, a las cuatro en punto –le confirmó Esma–. Mandé a Alim.

–Bien.

Alim era un empleado de confianza, y hablaba muy bien inglés, mucho mejor de lo que ella hablaba el turco, después de cuatro años en el país y de haber invertido mucho esfuerzo y ganas para aprender. A Finn se le daba mucho mejor.

Y de repente, así, sin más, había vuelto a pensar en su hijo. Debía de ser cosa de madres.

Miró el reloj. Ya eran más de las cinco.

–¿Te ha mandado algún mensaje Alim para decirte que están en camino?

–Me escribió hace casi una hora. Deberían llegar en cualquier momento –Esma se mordió el labio–. Todo va a salir bien, Sadie –añadió un momento después en un tono que intentaba ser reconfortante.

Sus palabras, sin embargo, más bien sonaron llenas de incertidumbre.

Sadie sonrió de oreja a oreja.

–¡Claro que sí! Estoy segura –dijo, mintiendo.

De pronto se le ocurrió algo. Esma solo había contestado a una parte de su pregunta.

–¿Y cómo se llama? Neal te dio el nombre, ¿no?

Esma se movió tras el escritorio, removiendo un montón de papeles que tenía entre las manos. Mantenía la vista fija en sus llamativas uñas rojas. De repente, Sadie sintió que un peso caía sobre su estómago. Era similar a lo que sentía durante todas esas noches que pasaba en vela, atormentada por miedos y pesadillas interminables, preguntándose cómo iba a lograr todo aquello que les había prometido a su esposo y a su hijo.

–¿Esma? ¿Cómo se llama?

Pálida, la joven levantó el rostro por fin.

–Neal me dijo que sería mejor si…

–¿Qué? ¿No sabía el nombre de la persona que podría tener en sus manos el futuro de este lugar? ¿Por qué demonios iba…? A menos que…

A sus espaldas oyó el sonido de las puertas automáticas al abrirse, seguido del golpe de una pesada maleta sobre el suelo. Sadie sintió que el corazón le daba un vuelco, y ese plomo que se había alojado en su estómago le subió hasta el pecho, asfixiándola.

Sadie se dio la vuelta y de repente el reloj pareció dar marcha atrás hasta remontarse a trece años antes. Casi podía ver a Adem a su lado, más joven, nervioso, pero vivo, deseoso de presentarles a su novia a sus dos mejores amigos, Neal Stephens y Dylan Jacobs.

Pero Adem estaba muerto, Neal estaba en Inglaterra y, por tanto, no podía desquitarse dedicándole unos buenos gritos. El único que estaba en el vestíbulo del hotel era Dylan Jacobs. Dylan… Se suponía que tenía que estar a miles de kilómetros, en Australia, en el sitio al que pertenecía. Pero estaba allí, en el Azure, tan seguro de sí mismo y engreído como siempre, pero también igual de guapo.

No era de extrañar que Neal no le hubiera dicho nada. A lo mejor su amigo no estaba al tanto de todo, pero sí debía de haberse dado cuenta de que había hecho un esfuerzo notable para no volver a ver a Dylan desde el funeral.

En ese momento no había escapatoria, no obstante. Tenía compromisos que atender y, por increíble que resultara, necesitaba a Dylan Jacobs para sacar el hotel adelante.

Sadie esbozó su mejor sonrisa plástica y dio un paso adelante, tendiéndole una mano.

–¡Dylan! Me alegro mucho de verte de nuevo –dijo, rezando para que no se notara demasiado que era una mentira.

Dylan sintió que se le encogía el pecho en cuanto la vio. Tras varias horas de vuelo y una hora en autobús, aún seguía sin estar preparado. De hecho, al dar un paso adelante para estrecharle la mano, se dio cuenta de que seguramente nunca estaría listo, no para eso.

Cinco minutos antes había estado a punto de cancelar la visita. Sentado dentro del coche, mientras avanzaban por el largo camino zigzagueante que llevaba al hotel, había estado a punto de decirle al conductor que diera media vuelta.

Pero Dylan Jacobs nunca desperdiciaba una oportunidad. Además, se trataba de Sadie, así que había tomado el teléfono y había vuelto a mirar los mensajes, correos electrónicos, el buzón de voz y el resto de alertas, en el orden habitual. Cualquier cosa era buena para no pensar en ella.

Llevaba dos años sin verla. Habían pasado dos largos años desde el funeral. No había vuelto a tener noticias de ella. Ni siquiera le había enviado una respuesta a la tarjeta que le había enviado, aquella en la que le decía que lo llamara si necesitaba algo.

Y entonces, de repente, parecía necesitarlo todo, y lo había llamado por fin.

Dylan solo hubiera deseado que lo hubiera hecho en persona, en vez de hacerlo a través de Neal. Hubiera querido hablar con ella, oír su voz, ver cómo se encontraba.

«Lo lleva lo mejor que puede, mucho mejor que muchos, pero… perdió a Adem, Dyl. Evidentemente no ha vuelto a ser la misma. Y te necesita. El Azure es todo lo que le queda de él, y tú puedes ayudarla a salvarlo», le había dicho Neal.

Tras un rápido intercambio de correos electrónicos, Dylan había comprado un billete para el próximo vuelo a Izmir y allí estaba por fin, en el hotel de ensueño de Adem, con la mujer de ensueño de Adem.

Al ver el letrero situado sobre las puertas principales del hotel, no había podido evitar fruncir el ceño. El Azure. ¿Por qué ese nombre? Había cientos de nombres de hoteles más que aceptables. ¿Por qué había escogido precisamente ese nombre su difunto amigo?

Un recuerdo casi olvidado irrumpió entre sus pensamientos. Adem le había llamado, agitado, para contárselo todo acerca de su nuevo proyecto. Le había dicho que se iba a mudar a Turquía con Sadie para restaurar un viejo hotel que había pertenecido al abuelo de su madre, que era de origen turco. Lo que más recordaba era la aguja afilada que se había clavado en su pecho al oír el nombre, y también lo irracional que era todo aquello.

«Solo es un nombre. No significa nada», se recordó a sí mismo.

Pero los simbolismos eran traicioneros y para él el nombre «Azure» siempre significaría una pérdida, la pérdida de su padre, de su libertad, tantos años atrás, la pérdida de la esperanza, oportunidades que se habían ido por el desagüe.

Sin embargo, a lo mejor iba a ser distinto esa vez. Muchas cosas habían cambiado. Era un hotel distinto, a cientos de miles de kilómetros, más de dos décadas después… El Azure que iba a visitar ese día no tenía nada que ver con aquel hotel del mismo nombre y en el que el hombre que le había criado había abandonado a toda su familia, sin mirar atrás.

Se trataba del hotel de Sadie.

Jamás le había contado a Adem la historia completa de su padre, y nunca había mencionado el nombre del hotel. De haberlo hecho, Adem seguramente hubiera escogido otro nombre para no incomodarle. Así era Adem, un hombre bueno, cariñoso, alguien que cuidaba de los suyos, la clase de hombre que se merecía el amor de una mujer como Sadie.

Imágenes de la última vez que la había visto se colaron en su cabeza. Iba vestida completamente de negro, nada que ver con los colores llamativos que siempre solía llevar, y estaba junto a un ataúd en un frío cementerio de Inglaterra, bajo la lluvia. Asía con fuerza la mano de su pequeño hijo… Recordaba haber pensado que ella jamás hubiera dejado que el niño asistiera al funeral, de haber podido elegir. Todavía se preguntaba quién podría haber insistido en que el niño estuviera presente, hasta el punto de hacerla ceder.

Perdida. Esa era la palabra adecuada. Parecía totalmente perdida aquel día, pequeña, cansada, triste. Era como si su vida hubiera perdido todo sentido con la muerte de Adem.

A Dylan se le había roto el corazón al verla así…

De pie, delante del hotel, se preguntaba en quién se habría convertido Sadie Sullivan con el paso de los años. Y había llegado el momento de averiguarlo. Con el corazón latiendo a toda velocidad, subió los peldaños que llevaban a la entrada principal y las puertas se abrieron automáticamente, dejándole pasar. Nada más entrar, arrugó los párpados, cegado por la repentina penumbra del vestíbulo. Cuando sus pupilas se adaptaron por fin, lo primero que vio fue la silueta de Sadie. Estaba frente al mostrador de la

recepción, de espaldas a él, así que no podía verle la cara. No había duda alguna, no obstante. Era ella, aunque llevara ese traje sencillo de color gris y se hubiera cortado el pelo.

Había tantos recuerdos encerrados dentro de ese traje elegante, recuerdos de la amiga a la que había perdido, de una oportunidad que jamás había llegado a materializarse… Con solo verla sintió una presión en el pecho que se convertía en un nudo por momentos.

Dylan se preparó al verla darse la vuelta, pero no fue suficiente. Nada hubiera podido prepararlo para la expresión de incómoda sorpresa y horror que vio en su rostro durante una fracción de segundo, justo antes de que esbozara una sonrisa forzada.

«No sabía que iba a venir. Voy a matar a Neal, lenta y dolorosamente», se dijo al darse cuenta de lo que había ocurrido.

Levantando un muro de autodefensa, tomó la mano que ella le ofrecía en un acto reflejo. Le daba la mano, como si fueran dos empresarios a punto de hablar de negocios, y no dos viejos amigos.

–¡Dylan! Me alegro mucho de verte –dijo ella, sin dejar de sonreír.

En ese momento, Dylan deseó haberle hecho caso a su instinto antes. Debería haber vuelto al aeropuerto sin pensárselo dos veces. Pero ya era demasiado tarde.

Ignorando lo mucho que dolía su falsedad, Dylan tomó su mano y tiró de ella levemente. Le rodeó la cintura con el brazo un instante y la saludó con esa fría cordialidad de la que ella había hecho uso. Sentir el contacto de su cuerpo, sin embargo, fue demasiado para sus sentidos.

Dylan tragó con dificultad antes de hablar.

–Yo también me alegro de verte, Sadie.

Eso, al menos, sí era verdad. Poco a poco todo se fue acomodando y su mente recuperó el equilibrio perdido. Lo que acababa de ocurrir solo le confirmaba aquello que ya sabía desde hacía muchos años. Lo que había sentido siempre por la novia de su mejor amigo, esas emociones que tanto se había esforzado por enterrar estaban más vivas que nunca.

Realmente iba a matar a Neal.

Sadie retrocedió, todavía sonriendo, ajena al torbellino de emociones que giraba dentro de él. Trece años antes había sido igual.

–Dyl, esta es Sadie. Es… una persona especial… –le había dicho Adem entonces y ella se había sonrojado al sonreír.

Pero aquella vez su sonrisa había sido de verdad.

–Ven. Te acompaño.

Aunque supiera que lo más sensato era salir de allí corriendo, Dylan asintió con la cabeza y fue tras ella.

Con manos temblorosas, Sadie subió las escaleras que llevaban a su diminuto despacho, el que antes era de Adem. Al poner la mano sobre el picaporte, miró por encima del hombro de manera instintiva para asegurarse de que Dylan no la había seguido, pero no había nadie en las escaleras. Estaba sola por fin, sola para poder procesar todo lo ocurrido durante ese día tan difícil.

Afortunadamente, a esas alturas Dylan ya debía de estar bien acomodado en la mejor suite del Azure, aunque distara mucho del estándar al que debía de estar acostumbrado. No la había dejado escapar sin antes hacerla prometer que cenaría con él esa noche, sin embargo, y no había tenido más remedio que aceptar. No estaba en condiciones para negarse.

Sadie se dejó caer en una silla y tomó su teléfono. Los dedos aún le temblaban. Tecleó ese número que ya se sabía tan bien y dejó que sonara un rato. Neal tenía que estar allí, esperando su llamada. Sin duda tenía que saber que iba a llamarle.

–Lo siento– le dijo Neal nada más contestar.

–Bueno, pues deberías sentirlo más todavía. ¿En qué estabas pensando? ¿Por qué no me lo dijiste? No importa. Creo que ya sé por qué.

–Hubieras dicho que no. Pero, Sadie, él quiere ayudarte de verdad. Y tú le necesitas.

–No necesito ayuda por lástima –Sadie podía sentir cómo crecía la furia dentro de ella.

Neal se la merecía toda.

–No soy un banco al que hay que rescatar. No necesito que venga Dylan Jacobs y…

–Sí –le dijo Neal en un tono calmo, pero firme–. Sí lo necesitas. Y lo sabes.

Era cierto, pero Sadie no estaba dispuesta a reconocerlo.

–¿Por qué tenía que ser él?

–¿Acaso conocemos a otra persona que tenga millones de libras, a la que le gusten las oportunidades nuevas de negocio y que le tenga un cariño especial a tu familia? –le preguntó Neal en un tono ligeramente irónico.

–Cierto.

Aunque fuera la verdad, no quería oírla en voz alta. Y además Neal tenía mucha razón con lo de las oportunidades de negocio. Dylan era todo un oportunista en ese campo y cuando se lanzaba a emprender una nueva aventura empresarial no tardaba mucho en abandonarla en favor de una nueva oportunidad. Aquello no era un proyecto a largo plazo para él. Solo estaba allí para echarle una mano rápida y después seguiría adelante.

Sadie sabía que debía tenerlo muy claro.

–¿De verdad es un problema esto? –le preguntó Neal–. Quiero decir que… sabía que tu orgullo no saldría ileso de esta, pero… me dijiste que querías salvar el hotel, fuera como fuera.

Era cierto. Ella misma se lo había dicho.

–Y esta es tu interpretación de «fuera como fuera», ¿no?

Neal guardó silencio durante unos segundos y Sadie comenzó a arrepentirse de haber hecho la broma. Lo último que necesitaba, aparte de tener a Dylan Jacobs en el hotel, era que Neal se presentara en el Azure para averiguar qué estaba ocurriendo.

–¿Por qué te molesta tanto? –le preguntó Neal por fin.

Su voz sonaba llena de curiosidad auténtica, como si tratara de descifrar el misterio de Sadie y Dylan. Neal siempre tomaba esa actitud ante los problemas. Se los tomaba como si fueran un puzle que había que resolver y esa era una de las cosas que más le gustaba de él. Nada más saber que el hotel estaba atravesando dificultades, se había puesto a buscar respuestas, en vez de señalar los errores que sin duda habría cometido en la gestión del negocio.

–No puede ser que te recuerde demasiado a Adem. De ser eso me hubieras echado a patadas después del funeral, así que… ¿De qué se trata?

Sadie suspiró. No había forma de explicarle las cosas de forma que pudiera entenderlas. El acertijo tendría que seguir sin respuesta.

–No lo sé. Es que… Nunca nos entendimos muy bien.

Nunca… excepto aquella noche… Aquella vez se había dado cuenta de la gran amenaza que Dylan Jacobs suponía para su vida perfecta y asentada.

La amenaza de la posibilidad…

–Es un buen hombre –le dijo Neal–. De verdad quiere ayudar.

–Lo sé.

Esa era la peor parte. Dylan no estaba allí para causar problemas, ni para hacerle las cosas más difíciles. Le conocía bien y estaba segura de eso. Estaba en el Azure para ayudar, seguramente por un sentido malinterpretado de la obligación hacia un hombre que llevaba dos años muerto, y también por la amistad que habían compartido.

–Y yo le necesito. Debí llamarlo yo misma.

Sadie recordó esa tarjeta de condolencias que estaba junto a las otras, dentro de un cajón en su habitación. Tenía un simple dibujo de un lirio en la portada y por dentro llevaba unas escuetas palabras manuscritas en negro.

Sadie, lo siento mucho. Si necesitas cualquier cosa, llámame, por favor, en cualquier momento. D x.

No lo había hecho nunca.

–Entonces, ¿todo bien? –le preguntó Neal.

–Sí, Neal. Todo bien. Te llamo a finales de semana para contarte cómo va todo.

–Muy bien.

No parecía muy convencido, pero no insistió más cuando se despidió de él.

Sadie se echó hacia atrás en su silla y miró hacia el techo. Solo tenía que encontrar la manera de trabajar con Dylan. Él no tardaría en embarcarse en una nueva aventura empresarial. Los empleos, los negocios, las mujeres… Ninguno de ellos había conseguido mantener su interés durante mucho tiempo. ¿Por qué iba a ser distinto con el Azure? La única constante en la vida de Dylan Jacobs había sido su amistad con Adem y con Neal, y era por eso que estaba allí, por obligación hacia su amigo, y hacia la esposa y el niño que había dejado atrás. No necesitaba a Dylan Jacobs. Necesitaba su dinero y su capacidad para los negocios.

Sadie sintió una punzada de culpa al darse cuenta de que estaba utilizando al mejor amigo de su esposo por su dinero… pero si esa era la única forma de salvar el Azure…

Le convencería de que merecía la pena reformar el hotel, él soltaría el dinero por obligación y entonces ambos podrían seguir adelante.

Capítulo 2

DYLAN decidió esperar un rato antes de llamar a Neal para cantarle las cuarenta. Mientras tanto, tuvo tiempo de acomodarse en la suite. Su mente de empresario y viajero curtido examinó el espacio, tal y como hacía siempre que llegaba a una nueva habitación de hotel. La cama era de tamaño *king-size*; un buen comienzo. La ropa de cama, de color blanco, estaba impecable, y una parte de él quería tumbarse inmediatamente y dormir hasta la hora de cenar, pero estaba allí para hacer un trabajo y para eso tenía que estar despierto.

La suite tenía un buen tamaño, pero seguramente sería la más grande de todo el hotel, así que tendría que echar un vistazo a las habitaciones más sencillas antes de emitir una opinión. Se dirigió hacia el cuarto de baño. Las toallas eran muy mullidas y los azulejos y la iluminación no dejaban nada que desear.

Ya de vuelta en la estancia principal, Dylan deslizó las yemas de los dedos sobre la mesa y las sillas que estaban junto a la ventana del dormitorio y entonces entró en el área de la sala, atravesando una arcada. Los sofás parecían muy confortables y la mesita del café estaba llena de revistas y folletos turísticos. Dylan los hojeó un instante, pero pronto decidió que el minibar era mucho más interesante.

Agachándose, abrió la puerta de la mininevera y asintió con la cabeza. Estaba muy bien surtida y, aunque él jamás hiciera uso de ella, la consideraba un imprescindible. Se dejó caer en la silla giratoria del escritorio, sacó el teléfono móvil y buscó la red de WIFI de la que le había hablado la chica de la recepción. Sorprendentemente, funcionó a la primera y no tuvo que dar muchas vueltas con la contraseña.

Sonrió. No debería haberse sorprendido tanto. Después de todo, se trataba del hotel de Adem, aunque fuera Sadie quien estuviera al frente de todo.

Girando en la silla, se dedicó a revisar el correo electrónico,

mirando a su alrededor de vez en cuando. De repente reparó en algo que no había visto antes. Se puso en pie y atravesó la habitación. Echó a un lado las cortinas y salió al pequeño balcón de la suite. Por eso merecía la pena hacer un viaje de tantos kilómetros. Respirando profundamente, saboreó el calor del sol que le caía en el rostro y los brazos. Por fin entendía por qué Adem solía hablar con tanta pasión de aquel lugar. La vista era gloriosa. El mar Egeo, resplandeciente y azul como el cielo, golpeaba las rocas, lanzando chorros de espuma blanca. Por encima de las rocas, cientos de arbustos y juníperos tendían sus retorcidas ramas hacia el firmamento azul, llegando hasta lo más alto de la montaña, donde estaba el hotel Azure.

Dylan permaneció allí unos minutos, admirando el paisaje y dejándose contagiar por esa calma. Finalmente, volvió a entrar en la suite y se dispuso a llamar a Neal.

Su amigo contestó después de un par de timbres.

–No creo que te haya sorprendido esta llamada –le dijo Dylan.

–Lo sé. Lo sé –Neal parecía estresado, de una forma poco usual en él.

Dylan se puso alerta de inmediato.

–Sadie ya me ha cantado las cuarenta.

Sadie… Dylan volvió a recordar la expresión de su rostro a su llegada; el horror, la sorpresa…

–Ya me imagino. ¿Y bien? ¿Me va a echar de aquí o va a aceptar mi ayuda?

–Va a aceptar tu ayuda.

–Porque está desesperada.

–Digamos que sí.

–Estupendo –dijo Dylan con todo el sarcasmo del que pudo hacer acopio–. Me encanta ser el último recurso.

Neal dejó escapar otro suspiro de cansancio absoluto.

–Ya conoces a Sadie, Dyl. Es muy orgullosa. Y piensa que es su obligación hacer realidad los sueños de Adem y que debe hacerlo sola.

–Pero a ti te dejó ayudar.

–Sí, pero yo no soy tan engreído como tú.

–Yo no soy…

–Sí. Sí que lo eres. Y no puedes serlo esta semana, ¿de acuerdo?

Neal ya no estaba bromeando, y eso le preocupaba más que todo lo ocurrido ese día.

–¿Tan mal están las cosas aquí?

Neal soltó el aliento con impaciencia.

–¿Leíste todo lo que te mandé?

–Claro que sí.

Había leído los papeles de manera somera durante el viaje en avión. Y no era que las estadísticas del Azure no le interesaran. Simplemente tenía muchos proyectos en marcha en esos momentos, además de nuevas oportunidades que no tardarían en presentarse.

–Ella necesita algo más que tu dinero, Dyl. Necesita ese cerebro tuyo para los negocios.

–Bueno, ¿y quién no?

–De acuerdo. Eso es exactamente lo que no quiero que hagas durante esta semana.

–Muy bien. Entonces estoy aquí en calidad de asesor empresarial, ¿no?

–No. Ella también necesita tu dinero. Está muy comprometida con el sueño de Adem de hacer del Azure un hotel de éxito. No tiene importancia que él no esté aquí para verlo. Ella lo va a hacer de una forma u otra.

Sadie era la única capaz de hacer eso. Cualquier otra persona hubiera huido de sus compromisos, de la familia, de un matrimonio, de obligaciones profesionales… sin mirar atrás.

Dylan suspiró.

–No va a ser fácil.

–Seguro que no. Pero a lo mejor se logra salvar el sueño de Adem, y a Sadie también.

–Voy a cenar con ella esta noche –tomó una hoja de papel con el emblema del Azure y agarró un bolígrafo–. ¿Por dónde empiezo?

–Ella necesita que todo se mantenga en un plano estrictamente profesional, que sea un negocio. No quiere que venga alguien a salvar el Azure por lástima o algo así, aunque sea eso en realidad.

Dylan sabía que se trataba de mucho más que eso. No se trataba solo de lástima. No soportaba la idea de verla sufrir, así que haría cualquier cosa para salvarla. Y seguramente Neal también lo sabía.

–¿Cómo la convenzo de que mi interés por el hotel no se basa solamente en la lástima?

–Debes dejar que te presente el Azure y la ciudad de Kusadasi como una verdadera oportunidad de negocio, como algo atractivo desde el punto de vista empresarial y financiero, algo en lo que invertirías tu dinero, aunque ella no estuviera de por medio. Déjala presentar su propuesta, y después decides si quieres invertir.

De repente un plan comenzó a tomar forma en la cabeza de Dylan.

–Bueno, eso lo puedo hacer –dijo, sonriendo.

De pie, frente al armario, Sadie cambió el peso de un pie al otro. Hizo una mueca, suspiró, y se rindió por fin. No había nada que hacer con la ropa que tenía en el armario. Si Neal le hubiera dicho que se trataba de Dylan, hubiera tenido tiempo para salir de compras, pero tampoco lo hubiera hecho en ese caso. Lo último que quería era que Dylan Jacobs pudiera llegar a pensar que su presencia en el Azure era merecedora de ropa nueva.

Fuera como fuera, sus opciones eran muy limitadas.

Volvió a mirar las perchas, desechando una prenda tras otra. Mordiéndose el labio inferior, metió la mano hasta el fondo del armario y entonces sintió el tacto de un tejido satinado que se escurría entre las yemas de sus dedos.

El vestido… Era aquel vestido rojo tan sexy que su hermana le había hecho comprarse la última vez que había estado en Londres, antes de marcharse a Turquía con Adem. Jamás había tenido el valor de ponérselo. Su hermana le había dicho que era la prenda perfecta para convencer a Adem de que debían darle un hermanito a Finn.

Sadie dejó que la prenda se le escurriera entre los dedos. Definitivamente no era el vestido adecuado para esa noche. Sacó un vestido negro aséptico y funcional, el mismo que había llevado a todos los eventos desde su llegada a la ciudad, y se lo puso.

Sadie se dejó caer sobre el borde de la cama. Negocios… Tenía que centrarse en los negocios. Era su última oportunidad y no podía permitirse el lujo de estar divagando, recordando a Dylan como aquel compañero de la universidad de Adem, como el amigo que le había llevado a casa tras su despedida de soltero, con una resaca de campeonato.

Dylan ya no era esa persona.

Sadie tragó con dificultad. Parpadeó y trató de ahuyentar las lágrimas que amenazaban con caer sobre su rostro; esas lágrimas de culpa y pérdida que acompañaban al recuerdo de su marido. Ese era el problema en realidad. No estaba pensando en aquel Dylan de veintitantos años, sino en el hombre con el que se había quedado charlando frente a una barra de bar, tras una boda ajena, aquel hombre que hablaba demasiado, de cosas demasiado profundas…

Por mucho que quisiera evitarlo, no podía evitar recordar a aquel hombre que una vez le había preguntado qué hubiera pasado si hubiera sido él quien la hubiera encontrado primero, y no Adem.

Poniéndose en pie rápidamente, Sadie ahuyentó esos recuerdos que la atormentaban. Había amado mucho a su marido, y seguiría amándolo. Y tenía intención de honrar su memoria salvando el hotel.

Negocios. Se trataba de negocios y tenía que demostrárselo a Dylan Jacobs. Tenía que hacerle ver que ya no era aquella chica de antes. Había crecido, había aprendido muchas cosas y había cambiado. Podía salvar el Azure sola, pero las cosas serían más fáciles con su dinero.

Asintiendo con la cabeza, Sadie se puso la chaqueta y unos tacones discretos. Aquello era un compromiso de trabajo ligeramente informal, y llevaba el atuendo perfecto para ello.

Al llegar al bar del hotel, Sadie se dio cuenta de que le había ganado a Dylan Jacobs. Había llegado antes que él, a pesar de la demora causada por la elección de la ropa. Después de pensárselo durante unos segundos, pidió vino blanco para los dos, un caldo de la zona para agasajarlo debidamente y demostrarle que la ciudad era merecedora de su interés y de su tiempo. También le pidió al camarero que revisara la carta con el chef. El empleado regresó rápidamente con el vino y la carta. Sadie la examinó sin perder tiempo y le pidió que le dijera al chef que les preparara la mejor comida local que estuviera disponible en ese momento.

Volvió a acomodarse en su taburete y bebió un sorbo de vino. Por primera vez en todo el día, sentía que controlaba la situación.

De repente él apareció en el umbral, con un traje de color azul

marino y el cuello de la camisa abierto. Sadie estuvo a punto de atragantarse con el vino. Sin duda alguna, Dylan Jacobs no había titubeado a la hora de escoger la ropa.

–Estás preciosa –le dijo al llegar junto a ella.

Se inclinó para darle un beso y Sadie tuvo que hacer un esfuerzo por disimular el cosquilleo que sentía a lo largo de la espalda.

–Y tú sigues coqueteando tanto como siempre –le dijo, ganándose una sonrisa pilla–. Siéntate, por favor –señaló el taburete que estaba a su lado–. Bebe un poco de vino.

Por una vez, él hizo lo que le decían. Se sacó el móvil del bolsillo y lo puso sobre la barra de bar antes de tomar la copa.

–Está muy bueno –le dijo, después de tomar un sorbo–. ¿Es de aquí?

Ella asintió con la cabeza.

–Todo lo que vas a probar esta noche es de la zona; un montón de razones más para invertir en el hotel.

–¿Ya vamos a empezar con los negocios? –le dijo él, esbozando una sonrisa que no era del todo simétrica, como si supiera algo que ella ignoraba.

A Sadie le pareció que su queja no tenía mucho sentido, sobre todo porque mantenía la vista fija en la pantalla del teléfono mientras pasaba las páginas del correo electrónico con el borde de la mano.

–¿No has venido por eso?

–Claro –Dylan se echó hacia atrás–. Adelante, entonces. Estoy listo para dejarme convencer.

–¿Sobre la comida? –le preguntó Sadie, desconcertada.

–Sobre el hotel. Tienes razón. Es un viaje de negocios. Personalmente, a mí me encantaría darte todo el dinero que necesitas, pero tengo accionistas y directivos que seguramente no estarían tan dispuestos, así que necesito que me convenzas de que el Azure es una buena inversión antes de sumarme al proyecto.

Sadie tardó una fracción de segundo en hablar. Eso era lo que había querido desde un principio, pero jamás hubiera esperado que él fuera a acceder tan rápido. No quería caridad para la pobre viuda, sino negocios, sin más.

–Muy bien –le dijo en un tono muy profesional–. ¿Por dónde quieres empezar?

Capítulo 3

EN CUANTO se acomodaron frente a la mesa, la mejor del local, Sadie comenzó a describir las maravillas del Azure Hotel. Su discurso, que recordaba al de un comercial entusiasmado, casi parecía ensayado. Dylan trataba de prestarle toda su atención mientras enumeraba todos los detalles de las habitaciones, los diferentes estilos, extras… No era capaz de quitarle la vista de encima y, al parecer, debía de haber perdido la habilidad de mirar y escuchar al mismo tiempo.

Los entrantes llegaron de repente. Dylan ni siquiera había visto la carta. No obstante, en cuanto vio el plato de marisco, decidió que no tenía importancia. Si todo lo demás fallaba, al menos podría decir que tanto la comida como la bebida del Azure eran buenos. Y eso era un comienzo.

–¿Adem te hizo memorizar toda esa información? –le preguntó al tiempo que Sadie trinchaba un aro de calamar.

–No. Bueno, algunas cosas.

–Pero todo formaba parte de su plan, ¿no?

Había sido amigo de Adem desde los dieciocho años y era capaz de reconocer el toque de su amigo, aunque ya no estuviera presente.

–¿Cómo puedes…? Trabajamos en ello juntos. Por supuesto que sí.

–Por supuesto. Pero esto era su sueño.

Dylan tomó un trozo de calamar también. Estaba exquisito, nada que ver con los calamares tipo chicle que servían en muchos establecimientos. Tomó otro.

–Es su herencia –Sadie se encogió de hombros.

Se había quitado la chaqueta y Dylan podía verle los brazos, más delgados y bronceados de lo que recordaba.

–Él quería que tuviéramos un futuro aquí, para nuestra familia.

–¿Dónde está Finn?

La expresión de Sadie se oscureció y Dylan casi se arrepintió de haberle preguntado.

–Se va a quedar con mis padres toda esta semana. Voy a Inglaterra a recogerle cuando te vayas.

–¿Es porque yo voy a estar aquí? –le preguntó Dylan, dolido.

No había visto mucho al niño desde su nacimiento, pero no dejaba de ser su tío honorífico por ello.

Sadie le dedicó esa mirada que solía lanzarle cuando tenían veintidós años y él se comportaba como un idiota en el pub.

–Si te soy sincera, no sabía que ibas a venir tú, lo cual ya debes de imaginarte. Además, no es por eso. Va a empezar el colegio el próximo año y mis padres querían pasar algo de tiempo con él antes de que comience, aparte de las vacaciones.

Había algo más que se escondía detrás de ese tono aparentemente ligero, pero Dylan no era capaz de identificarlo. Un camarero retiró los platos de los entrantes al tiempo que otro les llevaba el plato principal. Se trataba de un guiso de cordero que tenía un aspecto muy apetecible.

–Muy bien. Ya estoy al tanto de todos esos grandes planes –le dijo mientras comía–. ¿Hasta dónde has llegado con esos proyectos?

Sadie dejó el tenedor sobre la mesa y comenzó a contar con los dedos mientras hablaba.

–El vestíbulo, el restaurante y el bar están terminados, como has podido ver, y también el spa. En cuanto a las habitaciones, tenemos el último piso, con la suite del ático, tu suite, y también están terminadas las otras suites familiares. Además, hemos acabado el primer piso, de habitaciones dobles de lujo.

–Entonces, ahora mismo quedan… –trató de recordar el número de pisos del panel del ascensor–. ¿Otros cuatro pisos más? Además de alguna otra recepción y habitaciones funcionales…

Ella asintió.

–Lo teníamos todo programado, pero…

–El dinero se acabó.

No era de extrañar. Dylan lo había visto muchas veces, incluso con proyectos que no habían sido sacudidos por la tragedia y la incertidumbre.

–Sí, así que abrimos de todos modos, para intentar recuperar fondos y seguir adelante con las reformas, pero uno de los pisos, al menos, no está habitable tal y como está, así que la ocupación nunca es muy alta.

–¿Y qué hay del espacio exterior?

–La piscina exterior necesita azulejos nuevos y el camino que lleva a la playa también requiere algunas reformas. Afortunadamente, la piscina cubierta está junto al spa, así que fue terminada en la primera fase, antes de… –Sadie se detuvo y Dylan supo exactamente qué era lo que no le estaba diciendo.

Algunas veces él también llegaba a pensar que no llegaría a ser cierto si no lo decía en alto.

–Quedan muchas cosas por hacer –le dijo, terminando la frase por ella.

–Por eso necesitamos tu capital.

El tenedor de Dylan dio contra la loza del plato. Al bajar la vista, se dio cuenta de que se lo había comido casi todo sin haber saboreado nada más allá del primer bocado.

Sadie se sonrojó ligeramente.

–Me alegro de que te haya gustado. No obstante, sospecho que una comida no va a ser suficiente para convencer a tus accionistas.

–A lo mejor no. Muy bien. Escucha. Te voy a hablar un poco de mi empresa, y así ves si te conviene que entremos en el negocio. Si es así, entonces podemos hablar de todo lo que tengo que ver y hacer antes de llevar la propuesta ante la junta de accionistas.

–Muy bien.

Tenía los ojos muy abiertos y Dylan sabía que estaba nerviosa. Era agradable saber que aún era capaz de descifrar qué pasaba por su cabeza en cada momento.

–Mi empresa no suele embarcarse en proyectos de inversión a largo plazo. Lo que solemos hacer es tomar un negocio que está en problemas, lo segmentamos o inyectamos capital hasta reflotarlo, y después lo vendemos.

–En ese caso, creo que el Azure es una buena opción. Llevamos el cartel de «negocio en problemas» en la frente –Sadie tomó su copa de vino y bebió un sorbo.

–La clave es que el negocio debe tener el potencial, y que debe estar en las manos adecuadas.

–En las tuyas, quieres decir.

Su voz había sonado ligeramente escéptica.

–O en las manos de alguien que pongamos al frente. En este caso… necesitamos estar seguros de que vas a poder darle la vuelta

a este sitio tú sola, con dinero y nuestro asesoramiento.

Sadie se dio cuenta de que le estaba dejando muy claro que no iba a quedarse por mucho tiempo, algo que ya sabía desde un principio.

–Entiendo.

Esa vez su tono de voz fue totalmente hermético y Dylan terminó tratando de llenar el incómodo silencio que se generó.

–A menos que… claro… A menos que quieras meter la excavadora, poner a otra persona a cargo de la reconstrucción y quedarte al margen hasta que el dinero empiece a llover…

Dylan sabía que ella no iba a aceptar, pero una parte de él esperaba que lo hiciera. Esa era la salida más fácil, pero Sadie no era de los que tomaban el camino sencillo.

Ella sacudió la cabeza.

–Lo siento. Esto es personal para mí. Tengo un compromiso personal con este lugar y quiero que este hotel sea un negocio de éxito, por la memoria de Adem.

–Sabía que ibas a decir eso. Tampoco estás dispuesta a cambiarle el nombre al hotel, ¿no?

–No –le dijo Sadie, dedicándole una mirada de curiosidad–. ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo este nombre?

–Nada.

Sadie guardó silencio y continuó mirándole fijamente. Él suspiró, dándose por vencido. Debería haber sabido que esa respuesta no era lo bastante buena para Sadie.

–Tuve una muy mala experiencia una vez en un hotel que tenía el mismo nombre.

Ella sonrió de oreja a oreja.

–Déjame adivinar. El pobre marido de una mujer se presentó allí en el peor momento posible, ¿no?

¿Qué iba a pensar de él si no? Nadie podía decir que su comentario fuera desatinado.

–Ya me conoces.

–Muy bien. Entonces, si no vamos a echar abajo este lugar, ¿qué tengo que enseñarte para convencerte de que merece tu tiempo, tu dinero y tu esfuerzo?

Podría haber tomado la decisión basándose exclusivamente en los números, pero, de haberlo hecho, hubiera tenido que subirse al

primer avión con destino a Sídney a la mañana siguiente. Quería darle una oportunidad de verdad para que le convenciera.

–Bueno, aquí está mi propuesta. Quiero una visita guiada y detallada por todo el hotel, y también quiero conocer la zona para ver cómo es el potencial económico y turístico. Los números están bien, pero hay que conocer el sitio para empaparse de la realidad. Después podremos sentarnos para ver si puedo ayudarte a salvar este negocio.

Ella asintió con la cabeza.

–De acuerdo. ¿Quieres que te haga una reserva con la empresa de visitas turísticas con la que solemos trabajar?

–No. Creo que todo irá mucho mejor si me llevas tú.

Sadie asintió y Dylan sonrió, esperando el postre. Solo esperaba que su sonrisa no resultara demasiado petulante.

Todo estaba saliendo de acuerdo con el plan.

Después de una noche de sueños inquietos, Sadie se encontró con Dylan en el vestíbulo a la mañana siguiente, vestida con su mejor traje negro y decidida a impresionar con sus habilidades para los negocios.

Su ímpetu se desinfló en cuanto vio aparecer a Dylan, no obstante. Llevaba unos pantalones de color claro y una camisa en azul pálido, remangada. En cuanto puso los ojos en él se sintió demasiado arreglada para la ocasión, aunque fuera ella quien llevara el atuendo apropiado.

«¿Cómo es que lo logra siempre?», se preguntó.

–Muy bien. Vámonos –dijo él, acercándose–. ¡Tenemos muchas cosas que ver hoy!

–Antes de empezar con nuestro tour… me di cuenta de que olvidé mostrarte algo ayer, y no quisiera que lo pasaras por alto.

Le llevó hacia las ventanas situadas en el extremo más alejado de los ascensores.

–Oh, ¿en serio? ¿Qué es? –le preguntó Dylan, yendo tras ella con la vista fija en la pantalla del teléfono móvil.

–Nuestras vistas –Sadie miró hacia las relucientes aguas azules del mar Egeo, del mismo color que el cielo.

–Hay un camino que sale de la puerta de atrás y que lleva

directamente a la playa –le dijo, pero los ojos de Dylan estaban clavados en el mar azul.

Adem se había valido de esas vistas para convencerla de que compraran el hotel muchos años antes, cuando no era más que un edificio decrépito que se caía a pedazos.

«Míralo. ¿Quién no querría estar aquí?», le había dicho Adem.

–Las vistas seguirían estando aquí, aunque derribaras este sitio y lo construyeras de nuevo –dijo, dándole la espalda a la ventana.

Su tono de voz dejaba claro que era una broma.

–Podrías poner una pared de cristal en el vestíbulo, y las habitaciones que den al mar podrían tener puertas dobles de cristal y balcones. Hay que sacarle el mayor partido posible a esto y puedes aprovechar para cambiarle el nombre…

Sadie puso los ojos en blanco.

–Bueno, entonces ya es hora de empezar con el tour. Pero quiero que recuerdes que todo esto es un negocio. Quiero que el Azure sea como cualquier otra propuesta de negocios para ti. Estamos aquí para impresionarte, pues eres nuestro cliente, así que… ¿Qué quieres ver primero?

–Soy el cliente, ¿no? Mis deseos son órdenes para ti. Eso suena bien –Dylan esbozó una media sonrisa y miró a su alrededor–. Empecemos con los dormitorios.

–¿Las suites o las habitaciones dobles de lujo?

–Las que están inhabitables –le dijo él de pronto, acabando así con las expectativas de Sadie para ese día.

Estaba claro que no iba a poder impresionarle mucho en esa ocasión. ¿Por qué había hablado tanto durante la cena la noche anterior? Seguramente había sido culpa del vino.

–Por aquí, por favor –Sadie dio media vuelta y apretó el botón del ascensor.

Las habitaciones estaban peor de lo que recordaba, mucho peor.

–Aquí hace falta mucho trabajo –le dijo Dylan.

Sadie suspiró mientras miraba los azulejos rotos, el espacio vacío donde debía estar la cama, el papel rasgado de la pared. Además, había unas marcas negras muy raras en el suelo sin alfombras.

–Sí –le dijo–. Y también hace falta mucho dinero para reformar

todo esto.

Dylan se encogió de hombros y sonrió.

–Pero he visto cosas peores. Muy bien. Ahora vamos a ver las que has arreglado.

Sadie hubiera querido preguntarle en qué clase de hoteles solía hospedarse, pero finalmente prefirió guardar silencio.

–Ahora vamos a las habitaciones dobles de lujo –le dijo con una sonrisa que hacía que la cara le doliera.

Esas al menos sí tenían alfombras.

* * *

Cuando terminaron de ver el hotel, Sadie estaba agotada de tanto sonreír y recabar información en su cabeza para contestar las exhaustivas preguntas de Dylan. Era evidente que se estaba tomando la propuesta de negocios muy en serio y, a pesar de su ropa turística, se había mostrado muy profesional en todo momento.

Ya de vuelta en el vestíbulo, Sadie miró la lista de cosas que él le había pedido. Abarcaba dos páginas y él solo llevaba allí menos de un día.

–Será mejor que vuelva a la oficina y que anote todo lo que hablamos hoy. Esta tarde noche tengo que tener unas cuantas respuestas para ti…

–Oh, todavía no he acabado con mi tour, señorita Sullivan –Dylan esbozó una sonrisa–. Quiero ver la ciudad –la miró de arriba abajo y Sadie resistió las ganas de esconderse detrás de su tablón de notas–. ¿Por qué no vas a cambiarte para salir?

Sadie titubeó durante una fracción de segundo. ¿Qué había sido del empresario tan profesional con el que había tratado durante toda la mañana?

–Dame diez minutos –le dijo finalmente.

Al fin y al cabo, el dinero lo tenía él.

Mientras caminaba a toda prisa, rumbo a su habitación, Sadie repasó todo lo acontecido esa mañana en su cabeza. Dylan se había mostrado un tanto abrumado por el hotel, y las preguntas habían superado con creces a los elogios, pero la ciudad sin duda le impresionaría mucho.

Era tan parecido a Adem en tantos aspectos… Mientras se ponía un ligero vestido veraniego, Sadie no pudo evitar pensar en ello. Adem siempre había confiado en el instinto y había dejado que la intuición le llevara a tomar las decisiones adecuadas, al igual que Dylan.

Agarrando las gafas de sol y el bolso, Sadie respiró profundamente y salió de la habitación, dispuesta a deslumbrar a Dylan Jacobs a toda costa.

Capítulo 4

ERA casi como una cita. El coche avanzaba por las calles turcas, rumbo al centro de la ciudad. El Azure no estaba tan cerca como para ir caminando, lo cual era un punto negativo, pero mientras ella siguiera sentada a su lado, con ese vestido veraniego de algodón y el cabello suelto, le costaría mucho mantener la objetividad.

Un semáforo se puso en rojo y el vehículo se detuvo. La inercia interrumpió sus pensamientos. Si hubiera sido una cita, hubiera sabido adónde se dirigían, y Sadie no hubiera estado tan tensa y nerviosa.

Las luces cambiaron de nuevo. Sadie maniobró con destreza para adelantar a unos coches que seguían esperando y entró en una plaza de aparcamiento que acababa de quedarse vacía junto al paseo marítimo.

–Vamos a ver el océano –le dijo ella, bajando del coche–. Así te harás una mejor idea del lugar.

Pararon frente a la barandilla del paseo y contemplaron el Egeo. Dylan cerró los ojos, deslumbrado por el sol.

Negocios. Estaban allí para hacer negocios. Volvió a abrirlos y miró a su alrededor. Había un lujoso puerto deportivo, lleno de yates y, más adelante, había varios cruceros. De repente comprendió por qué Sadie había aparcado en ese lugar precisamente.

–Bueno, esta es tu forma sutil de decirme que la ciudad es un destino famoso para los cruceros, ¿no? –le dijo, dándole la espalda al mar para mirarla a los ojos.

Ella esbozó una sonrisa inocente.

–Es pura coincidencia. Te lo aseguro. Pero… Resulta que sí. El turismo es fundamental en este lugar. Los barcos atracan aquí con regularidad, llenos de gente con ganas de explorar la ciudad y de gastar dinero en souvenirs.

–¿Pero cuántos suben la cuesta y llegan al Azure?

–Ese no es el punto.

–Claro que lo es. Si el grueso de los turistas que visitan la zona está aquí un día solamente, ¿para qué necesitan un hotel?

Sadie encajó la punzada de sus palabras, pero se recuperó rápidamente.

–Los cruceros son una pequeña parte de la industria turística de la zona y, de hecho, son una puerta que da acceso a un nuevo mercado. Mucha de la gente que visita la ciudad durante un día ni siquiera ha pensado en Turquía como destino turístico hasta ese momento, pero en cuanto pasan unas cuantas horas aquí, deciden volver y pasar más tiempo en la ciudad, o les cuentan la experiencia a sus amigos, y algunos incluso llegan a comprar apartamentos de vacaciones o adquieren una multipropiedad.

Dylan la miró con escepticismo. La gente a la que le gustaba embarcarse en un crucero, gente como su madre y su tercer marido, normalmente tendía a hacer más viajes en crucero, pero… a lo mejor ella tenía razón. Necesitaba más cifras antes de poder emitir un juicio acertado.

–Muy bien –le dijo, apartándose de la barandilla–. ¿Qué es lo que tiene esta ciudad entonces para hacerlos volver?

–La historia, las compras, el ambiente, la comida, las vistas, todo…

–Bueno, entonces enséñamelo todo.

–Podríamos tardar bastante.

Dylan se encogió de hombros.

–Tenemos todo el día, así que… ¿Qué es lo que sigue?

Sadie miró a su alrededor y entonces asintió.

–Vamos a dar un paseo.

La sensación de estar en una cita volvió a embargarle mientras caminaban a lo largo de la costa, rumbo a una pequeña isla que estaba unida a tierra firme por un camino. Dylan aguantó las ganas de agarrarla del brazo, o de tomarle la mano.

Sadie se volvió y le condujo a lo largo del camino que se adentraba en el mar, en dirección a la isla. Mientras caminaba, Dylan pudo leer varios letreros que anunciaban tours de pesca, y también reparó en los puestos de bisutería situados estratégicamente.

–¿Qué es este lugar? –le preguntó él, mirando hacia la isla.

Todo el perímetro estaba rodeado por una muralla y había

muchas personas paseando por la orilla de la playa.

–Es la Isla de la Paloma. ¿Ves aquella zona, por encima de los árboles? Es la fortaleza de Kusadasi. Fue construida en el siglo XIII para proteger al imperio otomano de los piratas, incluyendo al mismísimo Barbarroja.

–No sabía que había venido a recibir una lección de historia, aparte de hacer un poco de turismo.

–Hay mucha historia aquí –le dijo Sadie–. Y de la historia se puede sacar mucho turismo. Espera a ver el *caravanserai.*

–Estoy deseando verlo.

La historia nunca le había interesado mucho, pero Sadie parecía tan entusiasmada con la idea de llevarle allí que no quería decepcionarla.

–Hay una marisquería y un café, y muchas cosas para ver dentro –le dijo ella una vez llegaron al camino que bordeaba la isla–. Aunque pensé que íbamos a volver a la ciudad para comer, pero quería que vieras esto primero.

Se detuvo y miró atrás, en dirección al camino por el que habían accedido. Dylan hizo lo mismo, contemplando la ciudad en la distancia. Kusadasi ofrecía una vista gloriosa desde esa perspectiva. De repente entendía qué era lo que Adem había amado tanto de ese lugar.

–¿Te sientes en casa en Turquía? –le preguntó a Sadie, mirándola.

Ella se volvió hacia él, arqueando las cejas.

–Supongo que sí. Ya llevamos unos cuantos años aquí y estamos bien asentados. Me manejo bastante bien con el idioma, aunque a Finn se le da mucho mejor.

–Es no es igual que sentirse en casa.

–Bueno, no. Pero jamás esperé volver a sentirme en casa en ningún sitio después de lo de Adem.

Bastó con una sola frase para que la cruda realidad lo golpeara de lleno. Aquello no era como una cita.

Dylan apartó la mirada y trató de comprender qué era lo que la había hecho quedarse en Kusadasi.

Sadie pareció recuperarse rápidamente.

–¿Qué me dices de ti? –le preguntó, esbozando una sonrisa–. ¿A qué le llamas casa actualmente? Neal me ha dicho que pasas mucho

tiempo en Sídney.

Dylan se dio cuenta de que intentaba cambiar de tema a toda costa.

«Chica lista».

–Sí, la mayor parte del tiempo estoy allí. Mi madre se fue de Inglaterra y regresó a Australia cuando volvió a casarse, y mi hermana también está allí ahora, así que tiene sentido que me quedé allá.

–¿Las ves a menudo?

Dylan se encogió de hombros.

–Es un país muy grande. Nos vemos de vez en cuando.

–Entre viaje y viaje.

A Dylan le pareció detectar un ligero tono acusador.

–Sí, más o menos. Seguramente paso más tiempo en el aire que en los apartamentos que tengo en Sídney y en Londres.

No había querido que aquello sonara como una broma, pero las palabras habían salido de esa manera finalmente.

–Los dos tenemos mucha suerte de vivir en sitios tan bonitos –le dijo Sadie.

Él trató de devolverle la sonrisa.

–Sí, supongo que sí. Bueno, ¿por qué no me muestras más cosas bellas de esta ciudad?

–Muy bien.

Sadie retrocedió y echó a andar a lo largo de la rambla que llevaba a tierra firme.

–Vamos a pasear por la ciudad.

* * *

Hogar…

Sadie volvió a pensar en la pregunta de Dylan mientras lo llevaba por el centro de la ciudad. Lo llevó por la ruta más larga para que realmente pudiera llegar a contagiarse del espíritu del lugar. En silencio, caminaron por angostas callejuelas empedradas repletas de tiendecillas.

Cuando pensaba en su «hogar» le venía a la mente su familia, aquel precioso pueblo inglés en el que había crecido, a las afueras de Oxford. Tenía recuerdos de cuando jugaba en el bosque con su

hermana Rachel, de cuando paseaba con sus padres los fines de semana. A veces paraban para comer en algún pub de la zona. Recordó la primera vez que había visto a Adem, en Oxford. Por aquella época viajaba a diario a la ciudad para ir al trabajo, su primer trabajo de verdad. Recordó el primer piso que había alquilado con Adem en Londres, poco después de la boda.

Recordó muchas cosas, pero el Azure no estaba entre ellas. No era que no amara ese lugar, pero el hotel parecía tan distinto, tan ajeno a todas esas otras cosas. Era como unas vacaciones de trabajo permanentes para ella.

A lo mejor Dylan tenía razón. Si quería quedarse allí, tenía que encontrar la forma de sentirse en casa.

Salieron de una estrecha travesía para incorporarse a la calle principal, en la que había tiendas más grandes y algún que otro puesto ambulante. Una vez allí, después del encanto de las calles del casco antiguo, Kusadasi parecía mucho más moderna, una ciudad perfecta para competir en el mercado turístico mundial.

De pronto Dylan se detuvo.

–Espera un momento –se volvió y retrocedió unos pasos hasta llegar a un puesto que acababan de pasar.

Sintiendo curiosidad, Sadie fue tras él. No se acercó lo bastante como para oír la conversación que mantenía con el vendedor, pero sí pudo ver qué era lo que había llamado su atención.

Sadie puso los ojos en blanco. Era un letrero que anunciaba «Auténticos Relojes Falsos».

Dylan era igual que Adem en muchos sentidos. Ambos tenían ese sentido del humor absurdo y jamás dejaban pasar una broma sin pena ni gloria.

Sonrió al ver que él no iba a decirle nada acerca del error al vendedor. Parecía haberse enfrascado en una amena conversación con el hombre y estaba sacando una foto con el móvil mientras examinaba los relojes.

–Te lo estás pasando bien, ¿no? –le preguntó al verle regresar.

Dylan sonrió de oreja a oreja.

–Muy bien. ¿Qué viene ahora?

Sadie tenía pensado llevarle al *caravanserai*. Sabía que iba a encantarle ese montón de tiendas diminutas y puestos llenos de cosas brillantes y coloridas. Además, era una gran atracción

turística con mucha historia detrás. Pero se estaba haciendo un poco tarde y su estómago ya empezaba a quejarse, recordándole el principal motivo por el cual tenía tanta suerte de vivir en Kusadasi: su restaurante favorito.

–Creo que… deberíamos ir a comer –le dijo, viendo cómo se guardaba en el bolsillo su reloj de pulsera, el cual sin duda valdría una fortuna, para reemplazarlo por ese «auténtico reloj falso» que acababa de comprar.

–Estupendo. Ya tengo algo para presumir –sacudió la muñeca y Sadie no pudo evitar reírse.

Por primera vez en muchos años se sentía… como en casa.

A juzgar por la efusiva bienvenida que le dio la camarera, Dylan se imaginó que Sadie solía frecuentar ese restaurante. Había una larga cola delante de ellos, pero la empleada les condujo directamente a una mesa situada en el mismo medio del local, justo debajo de una claraboya cubierta por vides que ayudaban a paliar la inclemencia del sol.

No pudo oír toda la conversación que Sadie mantuvo con la empleada, pero sí escuchó lo suficiente como para ver que hablaban un poco en inglés y otro poco en turco. La joven empleada del restaurante parecía dominar muy bien ambas lenguas.

–Es la prima segunda de Adem –le explicó Sadie–. O la prima tercera. La mayor parte de su familia turca emigró a Inglaterra con su madre, que se fue cuando era una niña, pero algún primo o tío sí se quedó aquí –le dio la carta–. Bueno, ¿qué te apetece tomar?

–¿Hoy pido yo? –le preguntó en un tono bromista y entonces esbozó una sonrisa.

–Creo que puedo confiar en tu juicio lo bastante como para saber que no vas a escoger una hamburguesa con patatas. Pero si quieres que te recomiende algo…

–No, no. Creo que puedo escoger mi propia comida. Gracias.

Ella se encogió de hombros.

–Lo siento. Creo que es cosa de mamás. Finn siempre quiere debatir todas las opciones de la carta para niños antes de elegir nada.

«Cosa de mamás…».

Aún le costaba identificar a Sadie como una madre. Seguramente era porque había pasado mucho más tiempo con ella antes del nacimiento de Finn, lo cual le recordaba una vez más que era una mujer totalmente distinta a aquella de la que se había enamorado perdidamente en Oxford, tantos años antes.

–Bueno, ¿qué te apetece? –le preguntó ella de nuevo, cerrando su carta y dejándola a un lado.

Dylan tuvo la sensación de que se la sabía de memoria.

–Quiero la lubina, creo –Dylan dejó la carta y la camarera no tardó en aparecer para tomarles el pedido.

–¿Puedo pedir la ensalada de pollo? –le preguntó Sadie con una sonrisa–. Con mucho pan de pita.

–Claro. ¿Y usted, señor?

Al levantar la vista, Dylan reparó en el cartel de los especiales, que estaba justo detrás de la camarera.

–En realidad creo que voy a tomar el *kofta* de cordero, de los especiales.

Sadie frunció el ceño cuando la camarera se marchó con las cartas.

–Pensé que querías la lubina.

Él se encogió de hombros.

–Bueno, me encontré con algo mejor.

Ella no parecía muy convencida, pero en vez de insistir, sacó un cuaderno de notas y lo abrió en una página en blanco. Al parecer, era hora de entrar en materia de negocios.

–Bueno, ahora que tenemos un rato tranquilo, ¿qué te parece todo hasta ahora?

–¿Te refieres a Kusadasi? Es un sitio encantador.

–Bueno, no solo me refería a la ciudad –una marcada línea de expresión apareció en el entrecejo de Sadie–. Me refería a todo, al potencial turístico de la zona, a mis planes para el hotel… a todo. Digamos que es un repaso parcial de la situación.

–Solo llevo aquí unas horas.

–¿En serio? A mí me parece que llevas más tiempo.

Sadie le dedicó una sonrisa para demostrarle que el comentario era una broma, pero Dylan sospechó que lo decía de verdad. Él también tenía una sensación similar. Era como si llevara allí toda la vida.

Una sensación peligrosa…

Echándose hacia atrás en su silla, intentó buscar las palabras adecuadas para exponer sus ideas con tacto. Quería que ella lo escuchara, en vez de enojarse.

–Tus planes… Son los mismos que tenía Adem cuando vinisteis aquí, ¿no? Y eso fue… ¿Cuándo? ¿Hace tres años?

Ella asintió.

–Sí, más o menos. Y, sí. Son sus planes. Puso mucho tiempo, energía y cerebro en este proyecto. Yo tuve suerte. Cuando él… Cuando todo quedó en mis manos, yo ya tenía una guía que seguir. No sé si hubiera podido con todo de otra manera.

–Creo que hubieras podido. La cosa es… ¿Estás segura de que quieres seguir los planes de Adem al pie de la letra?

Ella se puso tensa de inmediato y Dylan reprimió un suspiro. Debería haber sabido que no había forma de tocar el asunto sin ofender.

–Tú conocías a Adem tan bien como yo. ¿No crees que revisó muy bien esos plantes antes de ponerlos en marcha?

–Por supuesto que sí. Lo que quiero decir es que… Los mejores planes tienen que ser flexibles. Adem lo sabía. Las cosas cambian todo el tiempo en los negocios, y lo hacen muy rápidamente. Tres años es mucho tiempo. La economía mundial, la industria turística, incluso este lugar… Ninguna de esas cosas sigue siendo la misma. Es por eso que debes revisar los planes con regularidad y corregir el rumbo cuando sea necesario.

–Yo pensé que estabas aquí para considerar una posible inversión, y no para ejercer de asesor de negocios.

Sus palabras sonaron breves y secas.

Dylan guardó silencio durante un momento. Ya era hora de poner las cartas sobre la mesa.

–Sadie, estoy aquí para darte todo lo que necesites, para que puedas sobrevivir aquí, para que salves tu hotel, o para que simplemente seas feliz. Pero tienes que confiar en mí para lograrlo.

Capítulo 5

CONFIAR en él… Era un concepto tan extraño…

Durante los años transcurridos desde la muerte de Adem había desarrollado una habilidad especial para no confiar en nadie que no fuera ella misma. Después de todo, ¿a quién más iba a importarle tanto el futuro del Azure? Neal la había ayudado mucho, pero siempre se había ceñido a los planes de Adem. Debería haber sabido que las cosas no iban a ser tan fáciles con Dylan.

La comida no tardó en llegar. Sadie tomó su ensalada con pan de pita y se puso a comer de inmediato. No podía esconderse para siempre tras la comida, y era evidente que Dylan estaba esperando una respuesta. Claramente era eso, o de lo contrario la información que aparecía una y otra vez en la pantalla de su móvil era mucho más interesante que almorzar con ella.

En realidad, seguramente se tratara de esa segunda opción. No obstante, tenía que intentar mantener su atención.

Suspirando, dejó a un lado el trozo de pan que acababa de cortar.

–Mira, sé muy bien lo que quieres decir con eso de que el mercado cambia y todo lo demás.

Dylan levantó la vista cuando empezó a hablar.

–Pero a veces hay que ceñirse a un plan durante un tiempo para ver cuál es su potencial real. Hay que darle tiempo para que funcione.

Se produjo otro silencio mientras él masticaba.

–¿Y si no dispones de ese tiempo?

–Bueno, que tú saltes de un negocio a otro constantemente no significa que siempre sea la alternativa más conveniente.

Su voz sonaba llena de frustración.

–Agarrarnos a cada nueva tendencia o idea nos haría parecer inestables e inconsistentes. A algunas personas les gusta ver que se llega hasta el final, tal y como Adem hubiera hecho con este proyecto. Le hubiera dado una oportunidad. Sé que lo hubiera

hecho.

Dylan hizo una mueca al oír sus palabras y Sadie se dio cuenta de que su comentario podía interpretarse como un ataque que iba más allá de lo profesional. Pero ya era demasiado tarde para retirar las palabras.

–Muy bien. Admito que Adem siempre fue mejor que yo con el compromiso, el compromiso con un proyecto, o con cualquier otra cosa que fuera importante para él, pero él siempre supo ver cuándo hacía falta hacer cambios, y es por eso que era tan buen empresario.

Lo más frustrante de todo era que probablemente tenía razón. En ese ámbito en particular sin duda le había conocido mucho mejor que ella. Habían trabajado juntos desde la universidad, hasta que Dylan se había marchado para empezar un nuevo negocio en el extranjero. Por aquella época, Adem y ella acababan de casarse y, después de hablar con ella largo y tendido, él había rechazado su oferta de unirse al negocio. Sin embargo, hasta ese momento, siempre habían formado el equipo perfecto. Dylan era la única persona que realmente sabía qué hubiera hecho Adem en esa situación, y eso la irritaba sobremanera.

–¿Y bien? ¿Vas a darme una lista de cambios para el Azure y dinero suficiente para hacerlos, y después vas a desaparecer durante seis meses y vas a dejar que me ocupe yo de todo? ¿Qué viene después? Déjame adivinar… Vuelves y quieres cambiarlo todo de nuevo, porque el mercado ha cambiado, o por lo que sea, y me das otra lista distinta –Sadie sacudió la cabeza–. No puedo trabajar así, Dylan. Y tampoco puedo vivir así. No es justo que me pidas que lo haga.

–Jamás lo haría –le dijo él rápidamente–. No es eso lo que trato de decir. Lo único que trato de decir es que… sigamos adelante con los planes de Adem juntos, y ya veremos qué tipo de reajustes es necesario hacer. No tengo intención de pasar la escoba sin mirar, Sadie. Estoy seguro de que los planes de Adem eran sólidos, o al menos debían de serlo hace tres años, pero el hecho de que hayas desarrollado un proyecto no quiere decir que no puedas adaptarlo y mejorarlo cuando surja una idea mejor.

–Al igual que cambiar de lubina a cordero, ¿no?

Dylan sonrió, aliviado.

–Algo así.

–Muy bien. Voy a pensar en ello.

–Eso es todo lo que te pido.

Terminaron de comer en silencio. Sadie pagó la cuenta y Dylan se encontró de vuelta en la calle sin haber preguntado adónde iban a continuación.

–El *caravanserai* –dijo Sadie con una leve sonrisa–. Es otro sitio muy turístico con mucha historia. Creo que te va a gustar mucho.

–Seguro que sí.

El *caravanserai* era un mercado-fortaleza que se remontaba al s. XVII. Sus imponentes almenas le daban el aspecto de un castillo.

–¿Qué es este sitio?

–Hoy en día es un mercado, un hotel y también un lugar de entretenimiento.

Sadie atravesó la arcada de mármol de la entrada. El gorjeo de las fuentes y el verdor que la rodeaba siempre la ayudaban a relajarse.

–Pero hace siglos era un lugar protegido para los mercaderes y pasantes.

–Entiendo –Dylan puso una mano sobre la pared de roca–. Muy sólido.

–Vamos. Vamos a ver las mercaderías.

La oferta de objetos había disminuido desde que la fortaleza había sido convertida en un hotel, pero Sadie sabía que a Dylan le encantaría visitar el lugar. Le llevó a hacer una visita rápida de la planta baja y juntos atravesaron las sucesivas arcadas de piedra que daban acceso a misteriosas tiendas llenas de alfombras, tejidos y un sinfín de objetos. Sadie aprovechó que se había entretenido admirando la cerámica para escaparse un momento al patio y disfrutar del refrescante sonido del agua que caía de la fuente blanca que estaba en el centro.

Necesitaba un momento para pensar, un momento a solas, sin la abrumadora presencia de Dylan.

Se sentó en el borde de la fuente y dejó que el frescor del mármol se propagara por las palmas de sus manos. Poco después, una sombra se proyectó frente a ella sobre el suelo de piedra. Al levantar la vista se encontró con él. Tenía un paquete envuelto en papel en las manos.

–Para ti.

–¿Por qué? –le preguntó ella, abriendo el envoltorio–. Quiero decir… gracias. Pero no tenías por qué hacerlo.

Era un precioso pañuelo de seda, uno de los que estaban colgados en la última tienda que habían visitado. Jamás se hubiera fijado en él, y no era porque no le gustara. Esos colores vibrantes y llamativos eran exactamente lo que su hermana Rachel le decía que debía llevar, pero ya casi nunca lo hacía.

Era demasiado brillante, demasiado atrevido para ella. Mientras lo tenía en sus manos, Sadie deseó tener la valentía para ponérselo.

–Solo es un recuerdo, un detalle para disculparme, supongo.

Sadie sacudió la cabeza y se puso el pañuelo alrededor del cuello.

–No tienes por qué disculparte.

–Pues yo creo que sí. No quería ofenderte, durante el almuerzo –Dylan suspiró y se sentó junto a ella en la fuente–. Sabes que jamás hablaría mal de Adem. Lo sabes, ¿no? Sé que no es igual para ti, pero… Sabes lo que él significaba para mí también.

–Lo sé –Sadie sintió una punzada de culpa.

Dylan y Adem habían sido los mejores amigos toda la vida, desde mucho antes de que ella apareciera en su vida.

–No solo hago esto por él, sino que quiero ayudarte también –Dylan la miró directamente a los ojos y Sadie se sintió incapaz de apartar la mirada.

¿Qué era lo que resultaba tan cautivador en él?

–Pero tienes que saber que no tiraría la toalla con esto, no con algo que era tan importante para mi mejor amigo.

–Lo sé –dijo Sadie, consciente de que sus palabras no sonaban tan convincentes como su argumento anterior.

–Sé que no soy Adem, y ya me conoces. Lo de los compromisos a largo plazo no es para mí, pero si te digo que voy a embarcarme en un proyecto de trabajo, entonces es que estoy dispuesto a llegar hasta el final, pase lo que pase. De eso puedes estar segura.

Sadie asintió con la cabeza. Esa no era toda la verdad, no obstante.

–Y es por eso que siempre tomas proyectos a corto plazo.

–Sí. Supongo que sí –Dylan se miró las manos.

Sadie sintió un frío repentino que se propagaba por su cuerpo. Parecía tan triste, tan solo…

–Muy bien. Estamos juntos en esto, si eres capaz de convencer a tus accionistas de que inviertan en esto.

Él volvió a levantar la mirada. Había una leve sonrisa en sus labios.

–Seré lo más persuasivo que pueda con la propuesta que les lleve. Bueno, ¿qué sigue ahora?

–No sé tú, pero yo necesito un café.

Sadie se puso en pie. Se alisó la falda con las palmas de las manos y se volvió a colocar el pañuelo. Los colores brillantes hacían una buena combinación con su vestido de verano.

–Un café turco en condiciones –le ofreció una mano para ayudarle a levantarse.

–Suena bien –le dijo él, agarrándose.

Sadie escogió una pequeña cafetería que estaba junto al paseo marítimo. Dylan se sentó y la dejó pedir, admirando las vistas. De todos modos, el aroma de gruesos granos de café quemados lo transportó a otro tiempo, a otro lugar. Recordó todas aquellas tardes interminables que había pasado en la cafetería de la universidad, con Adem y con Neal. Bebían tazas y tazas para aguantar largas horas de estudio, o cuando tenían un trabajo que hacer. También recordó aquellas visitas a aquel apartamento que Adem y Sadie tenían en Londres. Por aquel entonces acababan de empezar. Trabajaban a tiempo completo todo el día y estudiaban por las noches. Habían pasado fines de semana enteros bebiendo café, hasta que llegaba el momento de pasar a la cerveza.

–Bueno –le dijo Sadie cuando el camarero se marchó para recoger sus cafés–. Crees que tengo que cambiar de rumbo con mis planes.

–Creo que debes tener en cuenta nuevas oportunidades cuando se presenten. Adem siempre supo estar alerta en busca de nuevas oportunidades, y las tomaba cuando realmente valían la pena.

Sadie hizo una mueca.

–Supongo que tú mismo se lo enseñaste.

Dylan frunció el ceño.

No tenía sentido engañarse a sí mismo fingiendo que no la entendía. Además, ella tenía razón. Dylan Jacobs jamás se aferraba

a nada.

Ella seguía esperando una respuesta, no obstante.

–A lo mejor sí. Ambos aprendimos mucho trabajando juntos.

Ella guardó silencio. El camarero regresó en ese momento con dos tazas pequeñas llenas de café muy fuerte. Dylan se entretuvo echando un azucarillo al intenso brebaje.

¿Qué había dicho esa vez para hacerla sentir incómoda?

–De acuerdo. ¿Qué es lo que he dicho esta vez?

Ella levantó la vista y sacudió la cabeza.

–Nada, de verdad.

Sadie forzó una sonrisa. Dylan conocía muy bien su sonrisa y sabía que esa no era de verdad.

–Pero estamos dejando que nuestro pasado condicione nuestras charlas de negocios, ¿no crees?

–Eso es inevitable, ¿no te parece? –le dijo él–. Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

–Pero apenas te he visto en los últimos cinco años.

–Y eso empeora las cosas. Tenemos que recuperar mucho tiempo perdido.

De forma instintiva, Dylan extendió el brazo y puso la mano sobre la de ella.

–Y, Sadie, que no nos hayamos visto en mucho tiempo no quiere decir que no sigamos siendo amigos. No quiere decir que no haya una conexión entre nosotros todavía.

Ella también la había sentido. Ese vínculo les había unido a través de los años, por muy lejos que estuviera de él.

Sadie apartó la mano.

–¿Qué quieres hacer a la hora de la cena? –le preguntó sin mirarle a los ojos–. Puedo reservarte una mesa en algún sitio de la ciudad, si quieres.

Claramente se refería a una mesa para él, no para los dos…

Dylan también hubiera querido mantenerlo todo en un plano estrictamente profesional, pero lo cierto era que no hubiera estado allí en ese momento de no haber sido por el pasado. A lo mejor necesitaban enfrentarse a ese pasado de una vez para poder seguir adelante.

Solo tenía que encontrar la forma de que se abriera a él. Tenía que conseguir que le hablara de esos cinco años que se había

perdido, y tal vez de lo que había ocurrido antes…

Desafortunadamente, no obstante, él solo conocía una manera de obtener esa clase de resultados. Siempre funcionaba con la mayor parte de sus clientes, y siempre había funcionado con Adem. De repente recordó aquella vez, cuando se había presentado en su casa con la cara pálida, nervioso y aturdido, con la cajita de un anillo en la mano. Su amigo quería reunir el valor necesario para proponerle matrimonio a Sadie, pero no se atrevía, tal vez porque eran demasiado jóvenes. En aquella ocasión, Dylan había aplicado su técnica habitual y había logrado convencer a Adem para que siguiera adelante, aunque su propio corazón se le rompiera en pedazos.

Su método nunca fallaba, y no había motivos para pensar que no fuera a funcionar con Sadie.

Tenía que emborracharla un poco.

Dylan se terminó el café.

–Eso suena bien, pero no reserves. Creo que esta noche tienes que llevarme a conocer la vida nocturna en Kusadasi.

Capítulo 6

EL MISMO armario, la misma ropa, nada elegante… Sadie suspiró y se sentó en el borde de la cama para observar las prendas de su armario con cierta distancia. ¿Qué iba a ponerse para salir una noche por Kusadasi? Nunca había salido por la ciudad de noche. Desde su llegada a Turquía, Adem y ella habían estado demasiado ocupados con el hotel como para dedicarle tiempo al ocio.

Al final se decidió por unos vaqueros coquetos y un top negro con un drapeado en el escote que lo hacía parecer moderadamente elegante. Buscó unos tacones altos y con eso completó el *outfit*. El maquillaje y las joyas que había escogido tendrían que hacer el resto.

Miró el reloj. Tenía media hora para arreglarse antes de bajar a reunirse con Dylan. El cálculo de la diferencia horaria entre Inglaterra y Turquía ya era automático en su cabeza, así que no tardó en encender el portátil para hacerle una llamada a Finn por Skype. Afortunadamente, sus padres tenían el ordenador encendido.

Finn conocía muy bien el sonido de las llamadas de Skype y su carita mofletuda apareció en cuestión de segundos en la pantalla. Tenía las mejillas rojas y el pelo algo sudado, como si hubiera estado correteando.

Se oían gritos de fondo, así que Sadie supuso que sus primos estaban de visita.

–¡Hola, mamá! ¡Vaya! ¡Estás guapísima!

Sadie sintió una punzada de culpa.

–Gracias, peque –le dijo sin mucha energía.

–¿Lo estás pasando bien con los abuelos? ¿Qué estás haciendo?

–Lo estoy pasando genial. CJ y Phoebe han venido con la tía Rachel. Hemos estado jugando en el jardín y ahora vamos a construir el Lego más grande del mundo.

Los ojos de Finn brillaron, llenos de entusiasmo.

Sadie sintió una ola de amor por esa persona que era el centro

de su universo.

–Bueno, suena muy divertido.

Sadie estaba a punto de preguntarle algo más, pero se oyeron dos voces agudas que le llamaban a gritos.

–Lo siento, mamá. Tengo que irme. CJ me necesita para el fuerte. Si no, Phoebe va a volver a hacer un castillo rosa de princesas.

El niño habló a toda velocidad y se apartó de la pantalla.

–¡Adiós, mamá!

–Te quiero –dijo Sadie rápidamente, pero solo le dio tiempo a ver cómo se alejaba su cabecita de espaldas.

¿Cómo iba a competir con un fuerte de Lego?

Antes de que terminara la llamada, su hermana Rachel apareció en la pantalla. Se sentó en la silla que había dejado Finn.

–Lo siento. Se lo están pasando tan bien.

–No importa –dijo Sadie con una sonrisa–. Solo me alegro de que no me eche de menos.

–Mentirosa –Rachel esbozó una sonrisa de oreja a oreja–. Una parte de ti quisiera que te extrañara mucho, mucho. Adelante, admítelo.

–Bueno, a lo mejor una pequeña parte de mí.

Rachel asintió con la cabeza.

–De lo contrario, no serías humana –Rachel aguzó la mirada y se acercó a la pantalla.

Sadie se preparó para el escrutinio de su hermana.

–Pero Finn está muy bien. Bueno, sí que estás guapa. ¿Qué pasa ahí que te has arreglado tanto?

Sadie se arrepintió de no haber llamado antes de arreglarse. No podía mentirle a Rachel. Lo había intentado muchas veces a lo largo de los años, pero su hermana siempre se daba cuenta de todo.

–Tengo a un posible inversor en el hotel. Quiere conocer la noche de Kusadasi. ¿Te parece bien esto para ir de bares? Hace tanto tiempo desde la última vez que ya casi ni me acuerdo.

–Levántate y da una vuelta.

Sadie obedeció.

–Estás perfecta. Bueno… este posible inversor… ¿Es guapo?

Sadie volvió a sentarse. Las palabras no le salieron de inmediato.

–Supongo que sí –dijo por fin en tono neutral.

–¿Y hay…? ¿Puedo atreverme a albergar la esperanza de que haya…?

Rachel no parecía decidirse a terminar la frase.

–¿Hay… chispa?

Chispa… Esa palabra tan graciosa que solían usar cuando eran adolescentes.

Sadie no consiguió contestar a tiempo.

–¡Sí que hay! –exclamó su hermana de repente–. No trates de negarlo. Me doy cuenta de estas cosas perfectamente. Son esas habilidades de la hermana con poderes mentales.

Sadie sacudió la cabeza.

–No importa si hay chispa o no. El inversor… es Dylan. ¿Te acuerdas del padrino de Finn? Ha venido porque quiere ayudarme con el Azure, pero tiene que convencer a sus accionistas de que el hotel es una buena inversión, así que estoy intentando darle la mayor cantidad de argumentos para que pueda presentarles una buena propuesta.

–¿Dylan? Claro que me acuerdo de Dylan. Si no hubiera estado casada ya el día de tu boda…

–Entonces podrías haberte puesto a la cola detrás de todas las otras damas de honor.

–Era guapísimo.

–Es un viejo amigo.

–¿Y…? Hay chispa.

–Era el mejor amigo de Adem.

–Lo cual quiere decir que Adem confiaba en él, y eso quiere decir que tú también.

–Con el hotel, quizás… Pero no con la chispa.

–¿Por qué no?

–Rachel…

Su hermana suspiró.

–Han pasado dos años, Sadie. Adem no querría que te quedaras sola para siempre. Ya lo sabes. Lo entendería.

–A lo mejor –Sadie tragó con dificultad–. Pero sé que no querría que me quedara con Dylan Jacobs.

–¿Y por qué no?

–No es esa clase de hombre, Rach. Además…

–Bueno, por fin estamos entrando en materia. Dime.

Sadie respiró profundamente y se preparó para confesarlo todo.

–Si admito que estoy sintiendo cierta… chispa con Dylan ahora, ¿no es lo mismo que admitir que la sentía cuando Adem estaba vivo?

–Oh, Sadie. Chispa, atracción… Es solo eso. Todos lo sentimos de vez en cuando, con toda clase de gente. Lo que cuenta es lo que hacemos con ello. A veces lo ignoramos y a veces hacemos algo y vemos qué pasa a continuación –hizo una pausa–. Tú no hiciste nada, ¿no? Nunca hiciste nada con Dylan antes, ¿no?

–¡No! –exclamó Sadie.

Un filo de culpa le recorrió la espalda, no obstante.

–Bueno, no te castigues por nada entonces. Sal con él. Relájate. Disfruta de la chispa…

–Voy a hacer como si estuvieras hablando del Prosecco.

–¡Ja! Lo que sea, con tal de que te relajes un poco.

–Tengo que irme –Sadie miró el reloj–. Dile a Finn que le quiero mucho y que le llamaré mañana.

–Claro que sí –dijo Rachel, asintiendo–. Bueno, ahora vete y pásalo bien.

Sadie esbozó una sonrisa muy poco convincente y terminó la llamada. Le esperaba toda una tarde-noche viendo flirtear a Dylan con las camareras y las rubias de turno, así que la diversión probablemente no estaría incluida en el menú de ese día.

–Y voy a ir de todos modos –se dijo para sí misma.

Tomó la chaqueta y el bolso.

–Las cosas que tengo que hacer por este hotel…

Dylan observó a Sadie con atención mientras cruzaba el bar en dirección hacia él. ¿Se daría cuenta de que había pedido una segunda ronda de bebidas? La Operación «Conversación de Borrachos» ya se había puesto en marcha dos rondas antes, pero aún se sentía un poco inquieto. Al parecer, Bar Street era el sitio de moda en la ciudad para perderse y emborracharse.

Ella se veía mucho más joven con esos vaqueros y los tacones altos. Casi podía ver a la Sadie de veintitantos años a la que había conocido en Londres. De repente su mente se llenó de música y recordó aquel día, cuando la había visto por primera vez. En su

mente sonaba la canción *Sexy Sadie*, de los Beatles, igual que aquella vez.

–Sigues solo. Qué sorpresa –Sadie se sentó y bebió un sorbo de vino sin hacer ningún comentario acerca del nivel de la bebida.

–¿Por qué te sorprende tanto?

–Bueno, antes, cuando solíamos salir, cinco minutos siempre era más que suficiente para que encontraras a una chica con la que flirtear.

No había reprimenda alguna en su voz. Más bien parecía que se lo estaba pasando bien con el comentario.

–Los tiempos han cambiado.

–No creo que tanto. Neal me mantiene al tanto de tus conquistas, ¿sabes?

Dylan reprimió un juramento. Al menos había conseguido aquello que llevaba tiempo esperando: una alusión a los viejos tiempos.

–Estaba pensando que te ves mucho más joven con vaqueros, como antes, cuando estábamos en Londres. Casi me pareció que Adem iba a aparecer en cualquier momento y a ponerte el brazo alrededor de los hombros.

La sonrisa de Sadie se volvió triste.

–Ojalá pudiera hacerlo.

–Sí. Tienes que ser duro, estar aquí sin él. Los recuerdos, quiero decir…

–En realidad nunca estuvimos aquí –dijo Sadie, mirando a su alrededor con curiosidad.

El bar estaba repleto de gente.

–Pero te referías a Turquía, al Azure.

–Sí. Nadie te hubiera culpado si hubieras decidido vender y marcharte.

–El lugar donde estemos no supondría ninguna diferencia. Veo a Adem cada día cuando miró a Finn y, si te soy sincera, me encanta que me lo recuerden así.

–Me encanta que tengas eso. Lo siento. Debí venir más a menudo, pasar más tiempo con Finn.

–Sí, debiste –le dijo ella en un tono a medio camino entre la broma y la seriedad–. ¿Por qué no lo hiciste?

¿Realmente no sabía por qué? Después de aquella noche, en la

boda de Kim y Logan, había pensado que sus motivos para mantenerse lejos estaban más que claros. ¿Acaso era posible que no recordara lo que había pasado? Estaba muy borracha aquel día.

La inquietud comenzó a apoderarse de él de nuevo cuando pensó en el plan que había puesto en marcha. Los dos, solos, bebidos… La combinación de factores no había terminado bien la otra vez, pero no conocía ninguna otra manera para conseguir que ella se abriera.

–Trabajo, sobre todo –le dijo, mintiendo, al darse cuenta de que ella parecía seguir esperando una respuesta, pero estoy listo para recuperar el tiempo perdido –levantó su copa–. Por los amigos que no están.

–Por los amigos que no están –repitió Sadie, levantando su propia copa. Bebió un buen sorbo y, sin querer, le dio exactamente lo que él quería.

Ya era demasiado tarde para vacilaciones. Debía llevar a cabo el plan en toda su consecuencia.

–Oye, ¿te acuerdas de aquella vez, cuando Neal se quedó fuera del hotel con un corsé y unos calcetines puestos?

Sadie se echó a reír. Puso la copa sobre la mesa con tanta fuerza que el vino se derramó.

–Claro que sí. ¡El corsé era mío! Lo que no recuerdo es cómo me convenció para que se lo dejara.

–Siempre has tenido debilidad por Neal. Además, tenía una historia muy buena. Yo lo sé mejor que nadie porque yo mismo me la inventé.

Sadie le dio un golpecito en el brazo.

–Qué malo eres. Cuéntame toda la historia.

La cosa iba a funcionar. Dylan estaba casi seguro de ello. A la mañana siguiente ya habrían sacado a todos los fantasmas del pasado y podrían seguir adelante con los negocios, y con la amistad.

Y nada más.

Dylan bebió un sorbo de cerveza y comenzó la historia.

–Bueno, había una chica…

* * *

Unos cuantos bares después, Sadie ya empezaba a sentir los

efectos del alcohol. Era esa sensación de mareo tan agradable que indicaba que era momento de parar antes de que otra copa se convirtiera en una muy buena idea. De lo contrario, al día siguiente tendría una resaca terrible. De repente recordaba por qué había dejado de ir de bares.

–Bueno, creo que por hoy ya he tenido suficiente –empujó su copa sobre la mesa, alejándola. Aún estaba medio llena.

–No es mala idea –Dylan se terminó su pinta–. Tú siempre fuiste la más sensata.

–Alguien tenía que serlo.

Sadie esbozó una sonrisa y él se la devolvió.

Habían pasado toda la noche hablando, casi sin parar, y la conversación había sido todo un recordatorio de los viejos tiempos, desde el momento en que se habían conocido hasta la última vez que se habían visto antes de la muerte de Adem.

Habían hablado de todo, de todo, excepto de una cosa… La boda de Kim y de Logan…

¿Sería que él no lo recordaba? Sadie se moría de curiosidad por saber. ¿Acaso era ella quien estaba equivocada en sus recuerdos? Había pasado tanto tiempo que ya empezaba a dudar de sí misma. Aquella noche los dos estaban muy borrachos.

Pero esa noche no estaba borracha. Solo estaba un poco mareada, lo justo para ser un poco más atrevida.

–¿Qué planes tienes para mañana? –le preguntó Dylan, poniéndose en pie y tomando su chaqueta–. Yo tengo que hacer una llamada de negocios a primera hora, y después soy todo tuyo.

Sadie se dio cuenta de que en realidad no había planeado nada concreto para el día siguiente.

–¿Qué tal la playa?

–Tirarse en la arena parece la forma perfecta de lidiar con la resaca –le dijo él mientras caminaban hacia la puerta–. Me declaro demasiado viejo para esto.

Sadie sonrió.

–Nunca pensé que te oiría admitirlo.

–Todos tenemos que crecer alguna vez –dijo Dylan, encogiéndose de hombros.

De alguna forma sintió que estaba diciendo mucho más de lo que denotaban sus palabras.

Fuera, el aire de otoño se había enfriado ligeramente al anochecer y Sadie se estremeció mientras caminaban a lo largo del paseo marítimo, en busca de un taxi.

–¿Tienes frío? –sin esperar a que le respondiera, le rodeó el cuello con el brazo para darle calor.

Sadie sabía que era un gesto de amigos, pero no podía evitar sentir esa… chispa.

No era buena idea, pero tenía que saberlo, y estaba lo bastante bebida como para preguntar.

–Nunca te lo he preguntado, pero… ¿Recuerdas la boda de Kim y Logan?

Dylan miró hacia el mar, haciendo una mueca a causa del sol.

–Esa fue la de Escocia, ¿no? Nos quedamos en aquel hotel raro y tuvimos el bar abierto toda la noche, ¿no?

–Y Adem y Neal se pusieron a competir a ver quién bebía más y terminaron dormidos en los sofás de la sala de la habitación de al lado.

–Sí, me acuerdo. Adem y tú llevabais… ¿Cuánto? ¿Un año?

–Más o menos. ¿Recuerdas lo que me preguntaste aquella noche?

Estaba tan cerca de ella que Sadie pudo sentir cómo se contraían sus músculos. Era evidente que sí se acordaba de todo.

–¿Te acuerdas? Nunca… Nunca volviste a mencionarlo, así que pensé que se te había olvidado. Aquella noche no estábamos precisamente sobrios… Me preguntaste si alguna vez había pensado qué hubiera pasado si te hubiera conocido a ti antes, en vez de a Adem.

–Sí –Dylan soltó el aliento–. Tú me dijiste que no te lo habías preguntado nunca.

–Y era cierto, hasta ese momento.

Las palabras se quedaron suspendidas en el aire. Habían dejado de andar sin que Sadie se diera cuenta siquiera. De repente un taxi se paró junto a ellos. El conductor bajó la ventanilla para preguntarles adónde queríanir.

–Al Azure, por favor –dijo Sadie, subiendo al taxi.

El viaje en taxi transcurrió en silencio durante un buen rato. Finalmente, fue Dylan el primero que se atrevió a hablar.

–¿Y después…?

–¿Y después…?

Sadie sabía qué era lo que le estaba preguntando, pero necesitaba un momento antes de contestar.

–Después de ese momento… ¿Alguna vez…?

Sadie apartó la mirada.

–Sí que me lo pregunté.

–Ajá –Dylan se dejó caer contra el respaldo del asiento, como si toda la tensión hubiera salido de su cuerpo al oír esas palabras.

De pronto sacudió la cabeza y se rio suavemente. A Sadie le pareció que se reía de sí mismo.

–Y entonces, por supuesto, intenté besarte, como un absoluto imbécil…

–Espera. ¿Qué? No me acuerdo de eso.

–¿No te acuerdas? –Dylan sonrió–. Fue después de que lleváramos a Adem y a Neal a la habitación. Tú me diste un abrazo de buenas noches y… –se encogió de hombros–. Me apartaste, por supuesto.

–No me puedo creer que no lo recuerde.

–Me alegro de que sea así. No fue mi mejor momento precisamente. Al día siguiente me sentí muy mal, y fue un alivio que al menos uno de los dos hubiera estado lo suficientemente sobrio como para mostrar sensatez.

Sadie se apartó. Trató de buscar en su memoria, intentando pescar aquel recuerdo perdido, pero no encontró nada. Poco después ya habían llegado al hotel. Como en una nube, le pagó al taxista y entró en la recepción. Apretó el botón del ascensor de forma automática.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó él cuando se abrieron las puertas.

Ella asintió. Entró en el ascensor y apretó el botón de la planta donde estaba su habitación sin perder ni un segundo.

–Sí. Muy bien. Bueno, mañana… ¿Nos vemos en el vestíbulo a las diez?

–Perfecto –Dylan se inclinó para apretar el botón del ático justo cuando empezaban a moverse.

–Sadie…

–No te preocupes –se apresuró a decir ella–. Es pasado ya.

El timbre del ascensor sonó en ese momento y Sadie dio un paso

hacia las puertas incluso antes de que se abrieran. De pronto, sin embargo, sintió una mano sobre su cintura que la hizo darse la vuelta. Dylan estaba demasiado cerca.

–Creo que voy a volver a hacer ese papel de idiota absoluto de nuevo.

Sadie tragó con dificultad y sus pies comenzaron a moverse hacia atrás al tiempo que las puertas del ascensor se abrían.

–Buenas noches, Dylan –se zafó de él y bajó del ascensor a toda prisa, pero tuvo tiempo de ver la expresión de miedo y frustración que aparecía en su rostro justo antes de que las puertas del ascensor volvieran a cerrarse.

Capítulo 7

A LA mañana siguiente, Dylan se despertó con la alarma del teléfono. Era demasiado temprano y la cabeza le dolía en sincronía con los pitidos del despertador. Buscó el móvil con movimientos erráticos y logró desactivar la alarma a duras penas. Su pobre cerebro trataba de ponerse en marcha. Tenía que realizar esa videoconferencia, ver a Sadie… Pero antes de nada, tenía que darse una buena ducha.

Tras salir del baño, algo más despejado ya, se vistió rápidamente y logró llegar a tiempo para la videoconferencia. Cuando colgó por fin, hizo unas cuantas anotaciones y miró el reloj. Aún faltaban veinte minutos para la hora en la que había acordado verse con Sadie. ¿Qué podía hacer? ¿Trabajar, dormir un rato más…? Agarró el móvil y tecleó el número de Neal, el cual ya se sabía de memoria. Era muy pronto en Inglaterra, pero su amigo siempre había sido muy madrugador.

–¿Qué tal va todo? –le preguntó Neal a modo de saludo–. ¿Ya has puesto a su nombre los ahorros de toda tu vida?

Si hubiera creído que eso podía funcionar…

–Qué va. La emborraché y le conté la historia tuya con el corsé.

–Enhorabuena. Estoy deseando que llegue nuestra próxima reunión de negocios. Pero, en serio, ¿cómo está ella?

–Seguramente tiene una buena resaca, pero creo que está bien.

Neal suspiró.

–¿Qué hiciste?

–Nada… Aunque…

Neal dejó escapar un gruñido.

–Aquí vamos. Dímelo.

–Creo que de alguna manera cuestioné el proyecto de Adem para el hotel. Necesita una buena actualización.

–¿Y qué? ¿Te vas a quedar en Turquía para desarrollar un proyecto mejor?

–Voy a trabajar con ella para desarrollar otro proyecto antes de

irme.

Ella no tenía tiempo para echarse atrás. Él solo estaría allí unos pocos días más, y debían seguir trabajando. A lo mejor lo más conveniente era hacer como que lo ocurrido la noche anterior no había tenido lugar.

–¿En serio?

A Dylan no le gustó mucho el interés repentino de Neal.

–Sí. ¿Qué pasa?

–A mí me parece que hay mucho más compromiso ahí de lo que tenías pensado en un primer momento.

–Ella necesita más ayuda de la que pensaba –le dijo Dylan con la esperanza de que su amigo aceptara esa excusa.

–Necesita toda la ayuda que le puedan dar. Me alegro de que estés ahí con ella.

–Y yo.

Fuera como fuera, solo le quedaban tres días en Turquía.

Lo primero que Sadie notó al despertar fue que tenía la boca muy seca, y entonces se sintió como si un bloque de cemento acabara de caerle sobre el pecho. Levantándose de la cama, respiró profundamente varias veces, intentando buscar alivio en el aire fresco de la mañana. Tenía que calmarse y actuar de forma razonable. Adem había muerto. Tanto el Azure como ella necesitaban a Dylan. Necesitaban su dinero, su inversión, y su olfato para los negocios.

La noche anterior, había querido besarle. Lo había deseado con todas sus fuerzas. Además, aunque estuviera lista para seguir adelante, e incluso para tener una relación, Dylan Jacobs no era la persona adecuada para eso. Ella no era de las que disfrutaban teniendo aventuras esporádicas, o líos de una noche. Además, tenía responsabilidades, compromisos que debía anteponer al placer.

Tenía a Finn.

No iba a convertirse en una más en la larga lista de amantes de Dylan Jacobs, y con un hombre como él eso era todo a lo que podía aspirar. Le conocía muy bien, demasiado bien, en realidad. Después de pasar una noche con ella, Dylan Jacobs se marcharía sin mirar atrás, y no volvería hasta haberse asegurado bien de que ella no

albergaba ningún tipo de expectativa.

Lo mejor era no complicar las cosas. Tal vez era difícil mantenerlo todo en un plano estrictamente profesional, pero sí podían ser amigos sin más. Lo único que tenía que hacer era encontrar la manera de dejarle las cosas bien claras a Dylan. Mirando por la ventana, dejó que la brisa fresca le acariciara la piel mientras consideraba las distintas opciones. Tenía que sosegarse un poco antes de ir a la playa con él.

De repente, la solución perfecta se presentó en su cabeza y Sadie esbozó una sonrisa. A lo mejor incluso servía para acabar con la resaca.

Cuando Dylan la vio aparecer en el vestíbulo, no fue capaz de descifrar qué podía tener en la cabeza en ese momento. Llevaba unas enormes gafas de sol, se había recogido el pelo y llevaba una falda de un tejido ligero y una camiseta. Teniendo en cuenta que llevaba un inmenso bolso de playa de paja con dos toallas y un bote de protector solar, era evidente que el plan de playa no había sido cancelado.

–¿Listo? –le preguntó ella cuando le vio acercarse.

Dio media vuelta, salió al exterior y subió a su coche sin esperar ni un segundo.

El viaje transcurrió en silencio durante unos diez minutos. Dylan trataba de encontrar alguna forma de romper el hielo, pero cada vez que daba con algún tema adecuado para iniciar la conversación, la fría indiferencia de Sadie le hacía cambiar de idea.

Las primeras dudas serias comenzaron a asediarle cuando ella detuvo el vehículo en el arcén, junto a una casa de campo ruinosa. El lugar estaba desierto, pero ella bajó del coche de todos modos y le esperó, así que no tuvo más remedio que seguirla.

La casa tenía una terraza, cubierta de maleza y vides, justo delante de la carretera.

Sadie subió los inseguros peldaños de madera que llevaban a la entrada. Dylan titubeó un segundo, pero finalmente fue tras ella.

–Eh, ¿añadimos algo a nuestro itinerario para hoy?

–Confía en mí. Esto lo necesitamos.

Unos segundos más tarde, la puerta se abrió y un hombre salió

con los brazos abiertos y una sonrisa en los labios. Sadie le devolvió la sonrisa con efusividad y habló en turco con él.

El hombre señaló una mesa de madera cercana, situada en el borde de la terraza. Frente a ellos, los coches pasaban sin cesar por la carretera y, más allá, se extendían infinitas planicies polvorientas.

–Entonces este lugar es…

Antes de que Sadie tuviera tiempo de contestar, una mujer con un delantal apareció junto a ellos y colocó un extraño cuenco de metal sobre la mesa, además de dos tazas de té y una cesta con pan.

–El desayuno –dijo Sadie, agarrando el pan–. Ya te dije que lo necesitábamos.

Dylan comenzó a relajarse. Los platos se sucedieron uno tras otro. Tanto el hombre como la mujer hacían las veces de camareros. Sadie le explicó todo lo que tenía que saber acerca del té turco y esperó a que reposara un poco antes de servirlo. A Dylan se le hizo la boca agua al ver esa miel espesa para el pan, los boles de aceitunas, los huevos revueltos con chorizo, el queso feta y una enorme bandeja de fruta fresca. No tenía nada que ver con el contundente desayuno británico con el que solía rematar las resacas, pero era evidente que todos esos manjares eran capaces de levantar a un muerto.

Comieron en silencio. Dylan saboreaba cada bocado y se daba cuenta poco a poco de que el poder de la buena comida realmente lo transformaba todo.

Cuando Sadie tomó el último trozo de chorizo, Dylan supo que las cosas estaban a punto de cambiar. Se sirvió lo que quedaba del té y se preparó para la gran conversación.

Esperó a que ella comenzara, sin embargo.

–Muy bien. Bueno, pensé que esto nos vendría bien antes de empezar con… –Sadie no terminó la frase.

–Lo de anoche. Bien pensado –le dijo él. No tenía sentido andarse con rodeos.

Sadie tomó su servilleta de papel y comenzó a retorcerla entre los dedos.

–Las cosas son así. Creo que anoche quisiste salir para recordarme que hay algo más que negocios entre nosotros. Tenemos un pasado y una historia detrás.

–Supongo que sí.

–Y tienes razón. Lo entiendo. Somos amigos, y no quiero perder eso.

–Me alegra oírlo.

–Quiero que seas parte de la vida de Finn –se inclinó hacia él sobre la mesa, apartando los boles y los platos que se interponían entre ellos–. Quiero que sepa cosas de su padre a través de las personas que le conocieron bien y que le quisieron mucho, y eso te incluye a ti… pero… respecto a todo lo demás, no tiene sentido remover el pasado, ¿no crees?

–Yo siempre he intentado no hacerlo –le dijo él, esbozando una sonrisa tímida.

–Yo estoy lista para hacerle frente al futuro ahora. Creo que sí.

El rostro de Sadie parecía haberse llenado de una valentía inesperada y radiante. Dylan trató de ahuyentar esos pensamientos melancólicos que le comían por dentro y la escuchó.

–Realmente estoy preparada para labrar un futuro para mi hijo y para mí en este lugar, y no solo se trata de mantener vivo el sueño de Adem.

Dylan se preguntó si para ella eso realmente significaba seguir adelante. Aún seguía allí, en el sitio que Adem había escogido para ellos. Quizás ella pensara que era un gran paso adelante, pero para él solo era otra forma más de aferrarse al pasado.

–¿Qué significa eso entonces?

–Significa que estoy dispuesta a escuchar las ideas que tienes, y no voy a seguir el plan de Adem al pie de la letra. Dime qué tenemos que hacer en el hotel, y lo haremos. Haré lo que sea necesario para salvar este lugar y dejárselo a mi hijo.

Finn… Era por eso que se empeñaba en seguir adelante en esa dirección.

–Muy bien.

Dylan se dio cuenta de que tampoco podía esperar mucho más. Al menos, de esa manera, sí tendría una posibilidad de ayudarla.

–Vamos a la playa entonces.

–¿La playa? –Sadie arrugó la nariz de la forma más encantadora y Dylan tuvo que apartar la vista para evitar mirarla de una forma indiscreta.

–Siempre le saco más provecho a las tormentas de ideas cuando estoy relajado.

Capítulo 8

Ladies’ *Beach* resultaba reconfortante y familiar para Sadie. Mientras caminaban en dirección a la arena, respiró profundamente varias veces y dejó que la sal del mar le llenara los pulmones. El murmullo de las olas, de las gaviotas y de las familias que jugaban en la orilla reverberaba en sus oídos. El arrullo del mar la calmaba, pero en el fondo de su ser un dolor pulsaba sin cesar.

Echaba de menos a Finn. A él le gustaba tanto la playa… sobre todo esa en particular.

–Es una playa muy bonita –le dijo Dylan.

Sus zapatillas de deporte le colgaban de los dedos.

–¿Bonita? –repitió Sadie con incredulidad, mirando a su alrededor–. Es perfecta.

Dylan se rio a carcajadas.

–De acuerdo. Está bien. Es impresionante. Ahora veo por qué este sitio atrae tantos turistas. A Finn debe de encantarle.

–Sí.

Sadie sintió que una pesada piedra de culpa caía sobre su estómago. ¿Cuándo había llevado a Finn a la playa por última vez? Había estado tan ocupada.

–Llevamos un tiempo sin venir.

Sadie se llevó una sorpresa al sentir la mano de Dylan al final de la espalda. Era un simple gesto de solidaridad, pero Sadie no podía evitar sentir ese cosquilleo que él provocaba en ella. Sujetándola con firmeza, la guio alrededor de un hueco que algún niño emprendedor había cavado en la arena.

–Cuando volvamos a encarrilar el Azure, podrás contratar más personal –le dijo Dylan, ajeno al efecto que su contacto físico ejercía en ella–. Así podrás pasar más tiempo con Finn.

–Eso sería estupendo.

Finn no merecía tener una madre estresada y agobiada por el trabajo. Tenía que ejercer no solo de madre, sino también de padre, y por eso tenía que estar ahí siempre para él.

De repente Dylan dejó de andar. Estaban en medio de una zona relativamente despejada, y a una distancia razonable tanto de la orilla como de otros bañistas.

–A mí me parece que este es el sitio perfecto –dijo, dejando la bolsa y la toalla sobre la arena.

–¿Para la tormenta de ideas? –le preguntó ella, arqueando una ceja.

Él esbozó una sonrisa.

–Para echarme una cabezadita que me quite del todo la resaca.

–Supongo que ese es el primer paso para salvar mi hotel –le dijo Sadie en un tono a medio camino entre la broma y el sarcasmo.

–Definitivamente.

Sin previo aviso, se sacó la camiseta por la cabeza, destapando unos músculos que Sadie aún no estaba preparada para ver. Tragó con dificultad y procuró no mirarle de forma indiscreta.

Era bastante difícil, no obstante. Dylan Jacobs había llegado a ser un hombre impresionante en la madurez.

–Voy a darme un baño –se apresuró a decir, sintiendo la urgencia de escapar de la situación.

–Muy bien –Dylan levantó la vista de la toalla y la agarró de la muñeca de repente–. Sadie… Encontraré la manera de salvar el hotel. Lo sabes, ¿no?

Sadie volvió a tragar en seco.

–Te creo.

Él esbozó una media sonrisa.

–Hay mucha gente que no lo haría.

–Esto es un negocio –le dijo Sadie, encogiéndose de hombros–. Y tú conoces muy bien aquello a lo que te dedicas. Si hay alguien que puede salvar el hotel, ese eres tú.

–Solo por ti –murmuró él.

–Muy bien. A nadar –dijo Sadie, fingiendo que no le había escuchado.

Era demasiado para ella, así que se zafó de su mano, se quitó la falda y la camiseta y se quedó en su bañador morado de dos piezas. Echó a andar hacia el agua sin pensárselo más.

No podía permitirse el lujo de dejarse llevar por la chispa. Dylan Jacobs era capaz de alterar la química corporal de toda la humanidad femenina del planeta, y no podía sacar interpretaciones

descabelladas.

El dinero y el asesoramiento era todo lo que él podía ofrecerle, y solo durante un tiempo limitado. Una vez se aburriera de estar allí, se pondría en camino de nuevo, y ella debía tenerlo muy presente.

Acomodándose en la toalla, Dylan se apoyó en un codo y observó a Sadie mientras avanzaba hacia el mar. Trece años… Llevaba trece años observándola en silencio.

Un rato más tarde ella salió del agua. Se quitó el pelo empapado del rostro y echó a andar hacia él. Era tan hermosa…

Su teléfono móvil comenzó a sonar en ese momento. La distracción casi era bienvenida. Con manos desatinadas, Dylan buscó en el bolsillo de su mochila, sacó el aparato y contestó de inmediato. Era su asistente, pero Dylan apenas escuchó lo que tenía que decirle. Sadie acababa de llegar junto a él y había tomado una toalla para secarse.

Cuando terminó la llamada, ni siquiera sabía qué era aquello a lo que había accedido, pero confiaba en que su asistente le enviara todos los detalles por correo electrónico.

–Sinceramente, ¿quién se trae el trabajo a la playa? –le preguntó ella al tiempo que se ponía un pareo alrededor de las caderas. Se sentó a su lado sobre la toalla.

–Tú me trajiste a mí. Durante esta semana, eso es prácticamente lo mismo.

Sadie se rio. Era una risa real, la risa que recordaba y que creía perdida.

–Pero, en serio… ¿Qué puede ser tan importante que no puede esperar unas horas? ¿Por qué no dejas que suene sin más? O mejor, apágalo.

Dylan se encogió de hombros.

–Supongo que no quiero arriesgarme a perder una oportunidad. Ya he dejado pasar demasiadas en mi vida.

Sadie bajó la vista.

–Ya no soy la misma chica a la que le hiciste aquella pregunta hace años…

–¿Crees que no lo sé? Mírame, Sadie.

Sadie guardó silencio y le miró fijamente durante unos

segundos.

–Eres mucho más de lo que eras entonces –murmuró él finalmente–. Eres más fuerte, más hermosa, más despierta… Eres más de lo que jamás soñé.

Sadie no podía apartar la mirada de él. La confusión, la culpa y la esperanza batallaban en su cabeza.

–Creo que deberías ir a nadar un poco –le dijo finalmente, apartando la vista–. El agua está deliciosa.

–Parecías muy feliz en el agua, nadando –dijo Dylan sin hacer ni un movimiento en dirección hacia la orilla.

–Me encanta. El mar siempre me hace sentir… libre.

–Entiendo –Dylan se puso en pie con un gesto perezoso y se sacudió la arena que se le había pegado a las piernas–. Muy bien. Me voy a nadar –le dedicó una sonrisa–. Solo por ti.

–Estupendo. Disfruta –Sadie se sentó en la toalla y le vio alejarse.

Necesitaba pensar, así que se tumbó, cerró los ojos e hizo un esfuerzo por descansar. No tardó en darse cuenta de que era inútil. La presencia de Dylan la distraía demasiado.

Poco después sintió unas gotas de agua que le caían sobre el cuerpo y el roce de una toalla que la cubría.

–Lo siento –le dijo Dylan, echando atrás la cabeza y lanzando miles de gotas a su alrededor–. Hace mucho calor aquí y tenía miedo de que te quemaras.

–Gracias –Sadie se incorporó–. ¿Qué tal el baño? ¿Cuánto tiempo estuve dormida?

Dylan se encogió de hombros. Buscó el móvil en su mochila y miró la hora.

–Una media hora. Casi son las dos.

–Vaya. Nos saltamos la comida. ¿No tienes hambre?

De repente, Sadie sintió que su estómago comenzaba a rugir.

–Ya sabes que sí.

–Vamos entonces. Hay una marisquería estupenda cerca de la playa, y está a la sombra.

Recogieron el campamento rápidamente. Sadie se puso la falda y el top encima del bañador y respiró, aliviada, al ver que él volvía a

ponerse la camiseta.

Echaron a andar hacia la pasarela de tablones que bordeaba la playa. Tras sacudirse la arena de los pies, volvieron a ponerse los zapatos y Sadie le llevó hasta el restaurante que tenía en mente.

–A Finn le encanta –le dijo a Dylan al tiempo que un camarero les conducía hasta una mesa–. A un niño de cuatro años no le suele gustar el calamar, las gambas rebozadas y esas cosas, pero a él le encantan.

–Bueno, el menú me está sonando muy bien a mí también. Es perfecto para una comida ligera después de una mañana en la playa.

Sadie levantó la vista y sonrió.

–Entonces vamos a tomar eso.

La mesa estaba en el frente del restaurante y las puertas de cristal, que abarcaban toda la fachada, habían sido abiertas. Sadie se echó hacia atrás y escuchó el murmullo de las olas. Era una delicia sentir el frescor de la sombra sobre el cuerpo caliente. Tenía la piel demasiado sensible, como si la hubieran tocado por todas partes.

Miró a Dylan con disimulo y vio que él la miraba intensamente.

A lo mejor ese era el motivo.

Mientras disfrutaban de la comida, Sadie se dio cuenta de que había cometido un error con los planes.

–Iba a llevarte a tomar marisco esta noche.

De repente recordó la reserva que había hecho en el restaurante del paseo, ese que tenía tan buenas vistas. Era un sitio mucho más elegante que el establecimiento en el que estaban en ese momento, y seguramente tendría menos arena en el suelo, pero estaba dispuesta a apostar que el marisco no sería tan bueno allí.

–Voy a tener que pensar en otra cosa. ¿Qué te apetece?

Dylan se detuvo con una gamba a medio camino de la boca.

–Bueno, en realidad tengo planes para esta noche.

Sadie se arrepintió de haber hecho la pregunta. Que hubiera pasado el día entero con ella no significaba que fuera a hacer lo mismo al día siguiente.

–Planes para los dos –le aclaró él.

Aunque no quisiera admitirlo, Sadie sintió un alivio repentino.

–Oh. Yo pensaba que tenía que enseñarte la ciudad.

–Sí. Y lo has hecho muy bien, pero ahora me toca a mí.

–¿Adónde vamos?

En realidad hubiera querido preguntarle si aquello era una cita, pero jamás se hubiera atrevido.

–Es una sorpresa –le dijo él, esbozando una sonrisa misteriosa–. Solo ponte algo bonito y espérame en el vestíbulo a las ocho. Lo demás corre por mi cuenta.

Capítulo 9

DE VUELTA en el Azure, Dylan se entretuvo unos segundos en el vestíbulo. Quería esperar a que Sadie se marchara para poner en marcha el plan de última hora.

Sin embargo, no tardó más que unos segundos en darse cuenta de que ella estaba haciendo exactamente lo mismo. Era incorregiblemente curiosa.

–Adelante –le dijo, haciendo un gesto–. Ve a prepararte para esta noche.

–¿Seguro? –Sadie permanecía junto al mostrador de recepción.

La joven recepcionista parecía divertirse mucho con la situación.

–¿Necesitas que llame para reservar algo? ¿Un taxi?

–Lo tengo todo listo –le aseguró Dylan.

No le estaba diciendo la verdad precisamente, pero solo necesitaba que ella se fuera de una vez para hacer lo que tenía pendiente.

–Y si no es así, la encantadora… –señaló a la joven recepcionista.

–Esma –dijo la muchacha, rauda y veloz.

–Esma puede ayudarme, así que, vete ya. Adelante. Ve a arreglarte.

Durante una fracción de segundo, Dylan creyó que iba a echarse atrás, pero entonces ella asintió y se dirigió hacia los ascensores.

–Sadie…

Ella se detuvo y se volvió hacia él un momento.

–No te pongas algo negro esta noche.

La cara de exasperación de Sadie fue su recompensa.

Una vez se aseguró de que ya se había marchado, Dylan se volvió hacia la recepcionista.

–Muy bien. Te explico. Tengo un plan, pero necesito un poco de ayuda.

–Lo que necesite, señor.

–Estupendo. Esto es lo que necesito…

Unas cuantas llamadas de teléfono más tarde, todo estaba hecho. Los coches estaban alquilados y la mejor mesa del restaurante del hotel de moda de la ciudad estaba reservada. Al final incluso se había decidido a reservar una habitación.

Si Sadie hablaba en serio con lo de salvar el Azure, entonces tenía que saber a qué clase de competencia se iba a enfrentar. El Paradise Grand Hotel era el lugar perfecto para demostrárselo.

Entrando en su suite, Dylan se dirigió hacia la ducha sin perder ni un momento, silbando con entusiasmo. Todo estaba saliendo a la perfección.

Una vez bajo el agua, una idea empezó a tomar forma en su cabeza. A lo mejor Sadie terminaba pensando que esa velada podía implicar algo más que simples negocios…

¿Pero acaso sería tan malo que pudiera pensarlo?

Dylan ahuyentó las dudas rápidamente y decidió que esa noche sería dedicada estrictamente a los negocios. Cerró el grifo y se convenció de que iba a ponerse su mejor traje para darle un punto extra a su profesionalidad, y no para impresionar a Sadie.

«No te pongas nada negro…».

Confusa, Sadie se decantó finalmente por un vestido azul marino con cuello halter que dejaba al descubierto sus hombros. Era mucho más llamativo que cualquier otra prenda que hubiera podido llevar, tanto en el Azure, como en cualquier restaurante, pero tampoco era demasiado para la ocasión. Y él le había dicho que se pusiera algo especial…

Asintiendo con la cabeza, Sadie escogió sus tacones más altos y añadió un toque de delineador negro a su maquillaje habitual.

Cuando se dirigió hacia el vestíbulo por fin, se alegró de haberse esforzado un poco. Ir del brazo de Dylan Jacobs no iba a ser lo mismo después de haberse acicalado un poco. Cuando le vio, sin embargo, con ese traje de corte perfecto de color gris ceniza, las inseguridades volvieron a asediarla. Esa noche, Dylan era la viva imagen de la elegancia sosegada y la clase.

Sadie se puso un poco más erguida y cruzó los dedos para no dar un traspié con esos tacones tan altos.

–Estás preciosa –le dijo él, dándole un beso en la mejilla.

–Y el azul marino…

–No es negro –le dijo ella, interrumpiéndole–. Esa fue tu única condición.

–Iba a decir que el azul marino es definitivamente tu color –Dylan esbozó una sonrisa al tiempo que la tomaba del brazo–. Vamos. Nos espera el coche.

–Muy bien –dijo Sadie.

Unos segundos más tarde estaban cómodamente sentados en el interior del vehículo.

–Me he acicalado, estamos en el coche… ¿Me vas a decir ahora adónde vamos?

–¿Cuál es el hotel más lujoso de la ciudad?

–El Paradise Grand… Espera. ¿Vamos allí?

–Para ver a la competencia. Si estás lista para llevar a cabo un plan nuevo para salvar el Azure, tienes que saber exactamente a qué te enfrentas.

Sadie pensó que debería haberse puesto un traje negro.

Por fortuna, el coche era lo bastante oscuro como para que él no pudiera ver el rubor en sus mejillas. ¿Cómo había podido llegar a pensar que la velada iba a ser algo más que una reunión de negocios? ¿Acaso no era eso lo que habían acordado?

–Aquí estamos –le dijo Dylan cuando llegaron.

Salió del coche rápidamente y fue a abrirle la puerta. La tomó de la mano y la ayudó a bajar.

El Paradise Grand estaba a las afueras de la ciudad, un poco más lejos de lo que resultaba conveniente para la mayoría de los turistas, pero era ahí donde terminaba el parecido con el Azure. El hotel estaba en medio de un imponente jardín lleno de palmeras, rodeado de vegetación y la edificación en sí era todo cristal, acero y piedra blanca. Sujeta del brazo de Dylan, Sadie subió los peldaños que llevaban a las puertas automáticas.

El vestíbulo era tan impresionante como el exterior. El centro del edificio era un espacio abierto, iluminado por un techo de cristal, y contaba con veinte plantas. El agua de una ostentosa fuente gorjeaba justo en el medio.

Unos de los conserjes los acompañó hasta los ascensores y de ahí se dirigieron hacia el restaurante, situado en la última planta. La mesa reservada estaba junto a la ventana, la cual ofrecía unas vistas

maravillosas de la ciudad y del océano que se extendía más allá.

Sadie se preguntó si podría ver el Azure desde allí.

–Bueno, ¿qué te parece? –le preguntó Dylan cuando el camarero fue a buscar las cartas.

–El Azure no tiene nada que ver con esto.

Ella jamás hubiera querido que su hotel se pareciera al Paradise Grand. Era un hotel lujoso e impresionante, pero ese no era su sueño, ni tampoco el de Adem.

–Eso es porque este lugar es nuevo –dijo Dylan–. Está como recién sacado del envoltorio. Algunos clientes buscan precisamente eso.

–Pero no todos.

–No. No todos.

Dylan se echó hacia atrás en el asiento y contempló las vistas.

–Pero antes de que decidas qué buscan tus clientes, tienes que saber qué es lo que quieres tú. Si esto no te convence, está bien. ¿Pero qué es lo que buscas? ¿Qué quieres que sea el Azure? ¿Qué lo hace especial para ti? ¿Cuál es tu sueño?

Sadie sabía que no tenía una respuesta inmediata para esa pregunta, porque ese siempre había sido el sueño de Adem y no el suyo.

–Adem quería…

Dylan sacudió la cabeza.

–No estoy interesado en saber lo que Adem quería para el hotel. Si realmente quieres sacar adelante ese lugar, darle un futuro nuevo y ganarle a la competencia como esta, tiene que ser tu propio sueño, no el de él.

Sadie le miró fijamente. Sabía que tenía razón, pero aún seguía sin saber las respuestas.

¿Cómo iba a admitir frente a él que su compromiso con el Azure tenía que ver con recuerdos del pasado y no con el futuro?

Mientras la observaba, Dylan deseó que la imagen de pareja que proyectaban hubiera sido real. Estaba tan hermosa con ese vestido elegante, con los hombros descubiertos. Su piel resplandecía bajo la luz de las velas.

–Yo… No lo sé –admitió ella por fin.

La frustración que veía en sus ojos dejaba claro lo mucho que le había costado articular las palabras.

–Muy bien. Intenta lo siguiente. Imagínate en el Azure dentro de cinco años. ¿Cómo lo ves? ¿Qué es lo mejor del hotel?

–Cinco años… –Sadie cerró los ojos un momento para pensar–. Finn tendría diez años.

Dylan frunció el ceño. Le había pedido que pensara en los negocios y lo primero que le había venido a la mente era su hijo.

–Sadie… Dímelo con sinceridad. ¿Por qué quieres salvar el Azure?

–Por Finn. Porque es lo único que queda de su padre, lo único que puedo darle. Es el legado de Adem.

–¿Y qué me dices de ti?

–Yo… A mí me encanta el spa. Ese siempre ha sido mi sitio, mi sueño, pero el hotel… Ese era el sueño de Adem –dijo ella.

El alivio que Dylan vio en su rostro le hizo darse cuenta de que por primera vez había admitido la verdad. Realmente no quería estar allí.

–Si te soy sincera, sin él, a veces es difícil recordar por qué me quedé después de todo.

–Sadie…

–No debí decir eso –Sadie sacudió la cabeza como si pudiera borrar las palabras con el gesto.

El camarero llegó en ese momento con el vino. Sadie bebió un buen sorbo en cuanto se lo sirvieron.

–¿Ya desean…? –comenzó a decir el camarero.

–Denos unos minutos más, por favor.

Ninguno de los dos había mirado la carta siquiera.

El camarero se marchó y Dylan miró a Sadie con determinación.

–¿Me decías…?

Ella respiró profundamente antes de contestar. Dylan se preguntó si eso era una señal de que estaba a punto de decirle una mentira. No estaba acostumbrado a que ella mintiera, o a lo mejor nunca se había dado cuenta cuando lo había hecho.

–El Azure es un hotel maravilloso. Tiene mucho potencial, mucha historia y muchas posibilidades de negocio. Pero, más allá de eso, es nuestro futuro, el mío y el de Finn, quiero decir. Es la herencia de mi hijo, y yo estoy decidida a salvar eso.

–¿Aunque no sea tu sueño?

–Solo las niñas pequeñas creen que los sueños se hacen realidad.

Había una nota corrosiva en su tono de voz, pero Dylan decidió ignorarla, porque él sabía que las cosas podían ser distintas. Al final había encontrado algo en la nueva Sadie que no le gustaba tanto como todo lo que recordaba de la vieja Sadie.

Suspiró. ¿Cómo iba a hacerla entender?

–Mira, podría darte todo el dinero que necesitas para llevar a cabo tu plan de reformas. Podría ayudarte a idear un nuevo proyecto y financiarlo, o podría echar abajo el hotel y reconstruirlo, si decides que eso es lo que quieres. Pero ninguna de esas cosas va a suponer una diferencia si tú no lo deseas de verdad.

–Simplemente te dije que…

–El compromiso y la obligación no son suficiente. No eres una corporación multinacional, y no estás intentando construir un enorme lugar sin alma como el Paradise Grand. El Azure es otra cosa. Es un sitio con encanto, con corazón, un segundo hogar. Esos son sus puntos fuertes. El toque personal… Y si para ti no representa tu hogar, si no lo amas… entonces… –sacudió la cabeza.

–Entonces me estás diciendo que no vas a ayudarme –dijo Sadie, rehuyendo su mirada.

–No estoy diciendo eso, pero quiero que pienses de verdad en lo que realmente deseas. Quiero que te plantees si realmente el Azure es tu hogar, antes de que sigamos avanzando.

Sadie guardó silencio. La tensión crecía por momentos, cargando el silencio.

–Vamos –dijo Dylan de repente, tomando la carta–. Pidamos algo. Ese camarero tan discreto y profesional lleva como diez minutos esperando.

Sadie asintió y miró la primera página de su carta. Sus ojos veían las letras, pero no era capaz de leer. Su mente estaba absorta en otra cosa.

Sadie tomó la comida en silencio y decidió terminar lo antes posible con aquella velada tan desalentadora. No solo había malinterpretado completamente las intenciones de Dylan, sino que además había llegado a la conclusión de que el Azure jamás podría

competir con un sitio como el Paradise Grand.

–¿Has reservado un coche para volver al Azure? –le preguntó a Dylan–. ¿O llamo al conserje para que llame a un taxi mientras nos traen la cuenta? A lo mejor tardan un poco por la noche, cuando hay mucha gente.

Dylan levantó la vista de la pantalla del móvil y sonrió.

–Lo siento. ¿Te estoy ignorando?

Sadie sacudió la cabeza.

–Estaba pensando en volver al trabajo.

–En realidad hay otra cosa más que quiero ver aquí.

Volvió a guardarse el móvil en el bolsillo y sonrió de nuevo. Esa vez su sonrisa fue más lenta, más sexy.

–¿Qué es?

Dylan ya se había puesto en pie.

–Voy a pagar la cuenta. Muy pronto lo sabrás.

Le dedicó una última sonrisa y le hizo señas al camarero. Sadie tragó en seco.

«Mantén la compostura, Sadie», se dijo a sí misma.

Estaba empezando a imaginar cosas. Él le había dejado muy claro que la cena era un evento de negocios. No había nada que pudiera hacer a partir de ese momento para convencerla de lo contrario.

Dylan, sin embargo, la condujo fuera del restaurante y la llevó hacia los ascensores. Subieron hasta la planta doce y entonces él sacó una tarjeta-llave.

–¿Has reservado una habitación? –le preguntó Sadie, extrañada.

Él introdujo la tarjeta en la cerradura y desbloqueó la puerta.

Sadie entró en la estancia y miró a su alrededor, sorprendida.

–Una habitación con champán, pétalos de rosa y bombones.

Tomó una decisión en una fracción de segundo. Ni el miedo ni la ansiedad que sentía podían hacerle sombra a la tensión que crecía por momentos entre ellos. Había pasado doce años preguntándose cómo sería besar a Dylan Jacobs y…

Él la deseaba. ¿Qué otra prueba necesitaba?

Respirando profundamente, se volvió hacia él y se lo encontró justo detrás, demasiado cerca. De manera automática, apoyó las manos sobre su pecho.

–Has reservado una habitación –le dijo susurrando.

Dylan asintió con un gesto. Sus ojos no se apartaban de ella.

Aprovechando el momento, Sadie se puso de puntillas y se acercó a él hasta que su boca quedó a unos pocos milímetros de la de él, saboreando cada instante.

–Buena idea –murmuró y entonces se inclinó para besarlo.

En cuanto sus labios entraron en contacto, Sadie sintió una felicidad incontenible que se propagaba por su cuerpo. Cada rincón de su ser vibraba. Por fin estaba besando a Dylan Jacobs, y en el fondo de su corazón sabía que estaba haciendo lo correcto. Podía seguir adelante. Había un futuro más allá para ella.

Dylan retrocedió de pronto. La agarró de los brazos y la hizo apartarse.

–Sadie… no. Lo siento.

–Si me dices que has reservado esta habitación para compararla con el Azure…

–¡No pedí el champán y todas esas cosas! Seguramente… malinterpretaron las cosas.

–Igual que yo –Sadie escupió las palabras, furiosa.

–¡No! Yo… Es que… las cosas tienen que mantenerse en el plano de los negocios entre nosotros.

–Por supuesto –respirando profundamente, Sadie hizo acopio de la poca dignidad que le quedaba en ese momento y dio gracias por no haber malgastado su mejor vestido rojo en una velada desastrosa–. Bueno, creo que ya he visto todo lo que necesitaba ver aquí. Si me disculpas…

–Sadie, espera… –Dylan trató de agarrarla del brazo, pero ella lo esquivó.

–Te veo en el vestíbulo mañana por la mañana, como siempre. Tenemos mucho trabajo por delante.

Capítulo 10

«LAS cosas tienen que mantenerse en el plano de los negocios…».

Sadie se despertó con las palabras en la cabeza. ¿Cómo había podido ponerse en evidencia de esa forma? Podía echarle la culpa al vino.

Haciendo un esfuerzo, se preparó para pasar otro día en compañía de Dylan Jacobs.

Él la estaba esperando en el vestíbulo, como de costumbre. La recibió con una sonrisa, pero… ¿Acaso era nerviosismo lo que veía en su mirada?

–Bueno, jefa, ¿qué planes tenemos para hoy?

Jefa…

Sadie prefirió no hacerle caso al apelativo.

–¿Has desayunado?

–Bueno, digamos que sí. He tomado cereales y fruta. No tenía mucha hambre después del festín de anoche. ¿Por qué?

–Perfecto. No querrás tener el estómago pesado con todo lo que tenemos que hacer hoy.

–Bueno, ahora sí que estoy intrigado.

Ella le dedicó una sonrisa falsa.

–Muy bien. Entonces sígueme.

Dylan había visto todo el hotel durante el primer tour, así que, cuando vio que ella le llevaba hacia el pasillo del spa, el misterio quedó resuelto.

–¿Día de spa?

–El spa del Azure es uno de sus mejores reclamos –le recordó Sadie cuando llegaron a la pesada puerta de madera que daba acceso a su santuario personal–. Debes conocer a fondo el spa, y ver por qué tiene tanta fama.

Sadie empujó la puerta y el aroma a aceites y vapor inundó sus sentidos de inmediato.

–Además, tendrás que meter el móvil en esas taquillas. Te

vendrá bien desconectar de tus otros negocios y concentrarte en el Azure un rato.

–Tengo que estar en contacto con la oficina…

–Hoy no –le dijo ella, interrumpiéndole–. ¿Quieres evidencias de que el Azure es una buena inversión? Estoy a punto dártelas, así que quiero que prestes atención.

–Si insistes… –Dylan suspiró y la siguió hasta la recepción–. Muy bien. Me apunto. Bueno, ¿qué viene ahora? ¿Me vas a dar un masaje?

Sadie deseó poder echarle la culpa al vapor, pero sabía que el ardor que sentía en las mejillas se debía a otra causa.

–Yo no. Contamos con un personal especializado excelente, pero primero te voy a llevar a visitar el spa y te voy a enseñar los tipos de habitaciones que tenemos –Sadie le dedicó una efusiva sonrisa al recepcionista del spa, Andreas, antes de continuar–: Andreas te va a llevar al vestuario masculino y a las taquillas. Él te enseñará dónde está todo. Te veo al otro lado.

Sadie se dirigió hacia el vestuario femenino. Sin perder ni un momento, se quitó la ropa y se quedó en traje de baño. Lo guardó todo en su taquilla, se envolvió en un grueso albornoz y fue directamente hacia el spa. Él llegó unos momentos más tarde. No parecía muy cómodo dentro del mullido albornoz, pero Sadie pensó que no le vendría mal salir de su zona de confort de vez en cuando.

Él se dedicó a mirar a su alrededor y Sadie le observaba mientras tanto, buscando alguna reacción por su parte. Era evidente que el inmaculado mármol con sutiles betas de color marrón y rojo cobrizo no le eran indiferentes. Encima de ellos se alzaba un techo abovedado decorado con murales coloridos que hacía pensar que el spa no podía estar situado en el sótano del hotel y que le imprimía el carácter de un baño turco.

–Bueno, ¿por dónde empezamos?

–Por el baño turco, por supuesto.

–Este es el cuarto tibio –le explicó Sadie, deteniéndose frente a una puerta de cristal totalmente nublaba por el vapor.

Se quitó el albornoz y lo colgó.

–La tradición dice que aquí es donde se empieza un auténtico

baño turco –le dijo, empujando la puerta.

Dylan se quitó su albornoz y fue tras ella. El vapor le impedía verla bien, escondiendo las gloriosas curvas que encerraba su traje de baño. La noche anterior había tenido que hacer un gran esfuerzo para no devolverle el beso, y ella había decidido atormentarle de nuevo con esa visita al spa. Una vez dentro del cuarto tibio, descubrió que estaba totalmente vacío, lo cual era de agradecer. Sadie se sentó en un banco de azulejos que abarcaba todo el perímetro de la estancia y Dylan hizo lo mismo, sentándose frente a ella. Nada más hacerlo, se arrepintió. El vapor le impedía verla por completo, así que trató de acercarse un poco para verle la cara al menos.

–Bueno, ¿qué hacemos aquí? –le preguntó, acomodándose.

Ya tenía la piel empapada por el vapor.

–Nos sentamos, nos relajamos…

Dylan estaba inquieto. Cambiaba de posición constantemente y trataba de acomodarse, sin éxito.

–¿Eso es todo?

–Eso es todo.

Sadie apoyó la cabeza contra la pared. Parecía que tenía los ojos cerrados. Dylan observó cómo se deslizaban las gotas de agua a lo largo de su cuello. Era evidente que la experiencia no le resultaba frustrante. De hecho, parecía disfrutar de la calma y la quietud.

Dylan se mantuvo en silencio durante unos segundos, pero finalmente no fue capaz de aguantar más. Tenía algunas preguntas.

–¿Entonces esto es un baño turco tradicional?

–Sí y no –le dijo Sadie, sin moverse y sin abrir los ojos–. Quería añadir algunas cosas del baño turco, pero sabía que no podía competir con los auténticos baños turcos de la ciudad, así que decidí hacer un spa que tuviera el sabor autóctono para los turistas, sobre todo los occidentales, manteniendo ese exotismo.

–Lo mejor de ambos mundos.

–Esa es la idea.

Mientras la escuchaba hablar, no era difícil ver lo que faltaba en su proyecto para el Azure. En el spa sabía exactamente lo que buscaba, lo que quería hacer. El hotel, en cambio, era otra historia.

Echando atrás la cabeza, Dylan contempló el techo en forma de cúpula de mosaicos. Trató de discernir los dibujos y, una vez se

cansó de eso, continuó observando a Sadie.

–¿Cuándo fue la última vez que viniste aquí? No me refiero a las veces que has venido de traje para resolver algo profesional.

–Hace demasiado tiempo –Sadie le ofreció una sonrisa–. Creo que todo el mundo necesita un día de spa de vez en cuando.

Cerró los ojos de nuevo y él hizo lo mismo. Quería encontrar esa relajación absoluta de la que ella parecía estar disfrutando.

Poco después, Sadie se movió a su lado.

–Muy bien. Ya es hora de ir al cuarto caliente –se puso en pie.

Dylan se incorporó con cierta torpeza.

–¿Este no era el cuarto caliente?

–Esto no es nada –le dijo Sadie, abriendo la puerta.

El cuarto caliente estaba realmente caliente. Afortunadamente, no permanecieron en él durante demasiado tiempo. Cuando salieron a la zona principal del spa, Sadie se sumergió en una piscina circular situada en el medio de la sala.

Encogiéndose de hombros, Dylan hizo lo mismo.

El agua, helada, se clavó en su piel como mil alfileres. Unos segundos más tarde, salió del agua sin aliento. Sadie ya estaba cómodamente reclinada en una tumbona de madera.

Claramente, aquello era una venganza por lo de la noche anterior.

–Podrías haberme advertido –le dijo, aceptando la toalla que ella le ofrecía.

–¿Y eso qué tendría de divertido?

–Claro, por supuesto. Bueno, esto ha estado muy bien, pero…

–Oh, aún no hemos terminado –dijo Sadie, interrumpiéndole.

–¿Ah, no? –Dylan sacudió la cabeza, esparciendo gotas de agua a su alrededor–. ¿Qué sigue ahora?

–Bueno, tradicionalmente se supone que una asistente de baño te debe frotar bien con una esponja, pero creo que hoy te vas a librar y vamos a ir directamente al masaje. Podemos vernos en la piscina luego.

En ese momento apareció un empleado del spa vestido con pantalones cortos de color blanco y un polo. Otro empleado se acercó a Sadie con un portapapeles en la mano. En una fracción de segundo, toda la relajación que había visto en ella se desvaneció. Al leer el documento, frunció el ceño y sus hombros se tensaron de

inmediato.

–Por aquí, señor –le dijo el empleado del polo y los shorts blancos.

Dylan se apresuró a ir tras él.

Una vez solo, boca abajo sobre la camilla de masajes, Dylan pensó en Sadie. Era evidente que no quería estar al frente del hotel. Quizás debía dedicarse a gestionar una cadena de spas, incluso en otros hoteles… tal vez incluso en su nueva cadena de hoteles.

La idea ya empezaba a tomar forma en su cabeza con mucha fuerza, pero para eso ella tendría que abandonar el hotel de Adem.

La puerta se abrió de repente y entonces sintió la proximidad de un aroma que ya le era muy familiar. Escuchó con atención y reconoció el ritmo de su respiración, el sonido de sus pisadas.

Sadie.

–¿Está listo, señor? –le susurró, intentando enmascarar su voz–. Voy a empezar con un simple masaje. Dígame si la presión está bien.

Sadie no quería que supiera que era ella, pero… ¿Cómo no iba a darse cuenta? En cuanto sus dedos untados en aceite le rozaron la piel ya no pudo pensar en nada más. Cada movimiento que hacía era absolutamente profesional. Jamás hubiera esperado otra cosa de ella, pero…

Aquello era una tortura, un castigo cruel e inusual para un crimen que ella no recordaba haber cometido.

Manteniendo las manos tan firmes como le fue posible, comenzó a deslizarlas sobre la espalda de Dylan. Dejar las cosas en un plano estrictamente profesional era la clave y centrarse en los grupos musculares le era de gran ayuda. Recordando todas las lecciones de masaje que había tomado, Sadie continuó presionando en los sitios adecuados. Aquello siempre se le había dado bien.

Cuando la sesión terminó, se detuvo sin más. Dylan jamás iba a preguntarle por qué le había dado un masaje de espalda solamente.

Se apartó, con el corazón desbocado.

–Te dejo para que te vistas.

–Gracias.

–¿Cómo lo supiste?

–Siempre sé cuándo estás cerca de mí –ajustándose la toalla para cubrirse las partes íntimas, Dylan se levantó y se sentó en el borde de la camilla–. Siempre lo sé.

Sadie dio un paso atrás.

–Eh, tenemos a alguien enfermo, así que tengo que hacer una sustitución. Te dejo para que disfrutes de la piscina. Te vendrá bien, eh… seguir relajándote.

Dylan asintió lentamente.

–A lo mejor vuelvo a darme un baño en la piscina fría.

–Lo que mejor te venga.

–¿Te veo para la cena?

Ella quería decir que sí, pero no podía. El anhelo que veía en sus ojos… Sabía exactamente adónde les llevaría eso.

–Esta noche me temo que no será posible. Tengo que escribir mi propuesta para ti, ¿recuerdas? Pero hoy es la noche turca en el restaurante. Te he reservado una mesa.

–Estupendo.

Sadie decidió ignorar la falta absoluta de entusiasmo que notaba en su voz.

–¿Y mañana?

–Éfeso –la palabra se le salió de los labios–. He pensado en llevarte a ver las ruinas.

–Otra gran atracción turística, ¿no?

–La mayor de todas. Te veo mañana en el vestíbulo, a la hora de siempre.

–Si eso es lo que quieres.

–Sí –le dijo Sadie, mintiendo.

Cubriría al empleado del spa que faltaba y después pasaría la tarde hablando con Finn por Skype, además de resolver unas cuantas gestiones administrativas del hotel.

Debía tener muy presentes todas esas cosas que realmente eran importantes para ella, y tenía que olvidarse del tacto de la piel de Dylan Jacobs bajo las yemas de los dedos.

Si no lo hacía, corría el riesgo de perder la razón.

Capítulo 11

A LA mañana siguiente, Dylan caminaba de un lado a otro, en el vestíbulo, esperando a Sadie. Ella llegaba tarde, muy tarde, por primera vez desde su llegada a Turquía.

Se dirigió hacia los ventanales que ofrecían esa maravillosa vista del mar Egeo. Trató de disfrutar de la gloriosa imagen, pero le fue imposible. Tenía la mente en otras cosas, en cómo iba a resultar el día.

Las reglas habían cambiado el día anterior. Eso había quedado claro cuando se había incorporado sobre la camilla de masajes y la había mirado a los ojos. El calor y el deseo que había visto reflejado en ellos eran iguales a lo que él mismo llevaba por dentro.

Éfeso… Ese era el plan del día; ruinas milenarias, piedras, arena e historia. Sin duda era una gran atracción turística, pero no podía quitarse de la cabeza la idea de que ese no era el motivo por el que iba a llevarlo allí. Además, ese día no tenía ganas de sumergirse en la historia. Quería hablar con ella acerca del futuro. El día anterior había pasado toda una tarde solitaria haciendo planes, investigando y generando una tormenta de ideas. Había buscado una forma para hacer destacar la cadena de hoteles que había adquirido recientemente, una forma de alejarla del estándar establecido. Quería tener una cadena de spas a la altura del de Sadie. Quizás fuera justamente eso lo que necesitaba.

Y por ello tenía que hablar con ella. Albergaba la esperanza de que ella pudiera mostrar interés en la oportunidad, pero en el fondo sabía que el verdadero desafío sería convencerla de que renunciar a su modelo anterior era lo más ventajoso.

Al dar media vuelta para ir hacia las puertas de nuevo, reparó en el logo del Azure, que estaba sobre el mostrador de recepción. Dylan casi esbozó una sonrisa. Tan solo unos días antes le hubiera bastado con ver el nombre para cambiar la expresión de la cara y una profunda arruga hubiera surcado su entrecejo, pero… ella había cambiado totalmente su perspectiva del Azure, y de muchas

otras cosas.

El ascensor sonó en ese momento y las puertas se abrieron. Sadie estaba dentro, con un vaporoso vestido de verano y un sombrero de paja.

–Siento llegar tarde –dijo sin imprimir mucha intensidad a la disculpa–. Vamos.

Dylan fue tras ella. No lo había mirado a los ojos ni una sola vez, pero no quería pensar demasiado en ello.

Ya en el coche, Sadie encendió la radio incluso antes de ponerse el cinturón de seguridad. Subió el volumen a todo lo que daba, impidiendo así cualquier tipo de conversación. Dylan sonrió para sí y se acomodó en su asiento.

Era evidente que todo el día iba a ser así, pero seguramente no habría radio en Éfeso, así que no tendría más remedio que hablar con él, durante todo el día, atrapada en unas ruinas. Satisfecho, se echó hacia atrás y se dispuso a disfrutar del viaje en coche, observando el paisaje que pasaba por su lado a través de la ventanilla. No podía negar que Turquía era un país hermoso.

De pronto Sadie soltó el aliento. Fue como si se hubiera sobresaltado por algo. No había sido más que una leve falta de aire, pero fue suficiente para poner en alerta a Dylan. Se volvió hacia ella.

Tenía los nudillos blancos de tanto apretar los puños y su rostro había perdido todo color, pero eran sus ojos lo que más le preocupaba.

–¿Sadie? ¿Qué pasa?

Ella guardó silencio. El coche siguió avanzando por el carril, pero poco a poco el vehículo que iba delante fue quedándose más y más lejos a medida que ella levantaba el pie del acelerador.

–Para en algún sitio. Sadie… ¡Sadie!

Ella volvió a la realidad al oír su grito. Parpadeó rápidamente y activó el intermitente para detenerse en el arcén. Dylan puso las manos sobre las suyas y la ayudó a guiar el coche hacia el borde de la carretera.

–¿Qué…?

Antes de que pudiera terminar la frase, la puerta del conductor

se abrió con violencia y Sadie salió del coche. Estaba a escasos centímetros del tráfico que pasaba a toda velocidad. Sin pensárselo dos veces Dylan bajó del vehículo. Ella se había apoyado en el maletero.

–Siéntate un segundo. Vamos, Sadie –le dijo en voz baja–. Siéntate y dime qué pasó.

Ella obedeció de manera automática, dejándose caer sobre la hierba. Dylan se agachó frente a ella, sin dejar de mirarla a los ojos ni un segundo.

–¿Qué pasa? ¿Qué acaba de pasar?

–Olvidé… ¿Cómo pude olvidarlo?

–¿Qué es lo que olvidaste?

–Que teníamos que venir por aquí, por este sitio.

–¿Este sitio? ¿Dónde estamos? –Dylan miró a su alrededor, pero no vio nada fuera de lo normal. Estaban en medio de una carretera cualquiera.

De repente se dio cuenta.

–Fue aquí, ¿no?

Ella asintió.

–Adem iba a una reunión, creo. Un camión perdió el control y…

–No he vuelto a pasar por aquí desde que pasó todo. Cuando te dije que viniéramos a Éfeso… no pensé en esto. No pensé en Adem.

La culpa y el dolor que teñían su voz hicieron sobrecogerse a Dylan.

–No tenemos por qué ir. Podemos regresar al hotel o, si quieres, yo puedo conducir.

Sadie sacudió la cabeza.

–No. Yo quiero… Esto es lo peor. Necesito quedarme aquí un momento. ¿Es…? ¿Te quedas aquí conmigo?

–Por supuesto.

Dylan se sentó a su lado y le rodeó los hombros con el brazo. Ella apoyó la cabeza contra su pecho. No podía ofrecerle mucho consuelo, pero haría todo lo que pudiera para hacerla sentirse mejor.

–Es una locura. Ese lugar… un tramo insignificante de la carretera… ¿Cómo es posible que tenga tanto poder sobre mí? No hay ninguna ruina aquí, ni letreros, ni paneles informativos… Solo soy yo, consciente de que este es el lugar… el lugar donde murió.

–No tenemos por qué hablar de ello.
–A lo mejor yo sí lo necesito.
Sadie levantó la vista, lo necesario para mirarle a los ojos.
–No he hablado… No he hablado de ello lo suficiente, o no he hecho lo que sea que haya que hacer con la pena que te llena y te desborda hasta que ya no queda nada de ti. Yo simplemente seguí adelante con las cosas, supongo.
–Si quieres hablar, yo estaré encantado de escucharte.
–No sé qué decir –Sadie se encogió de hombros–. Han pasado dos años… Ya me parece que es demasiado tarde. Había tantas cosas por hacer, hacerme cargo de Finn, del Azure, todas las gestiones… Está enterrado en Inglaterra, cerca de su familia, ¿lo sabías? Claro que sí. Estabas allí, ¿no? En el funeral…
–Sí.
–Así que aquí solo quedamos Finn y yo.
–Y yo.
–Pero lo tuyo no es permanente. Tú eres… como el Monopoly. Estás de visita, nada más –Sadie logró esbozar una pequeña sonrisa, pero él no fue capaz de devolvérsela.
No había reproche alguno en su tono de voz, pero no podía evitar sentir esa punzada de culpabilidad, aunque todo lo que acabara de decir fuera cierto.
–Es que no sé cómo ser todo lo que Finn necesita –Sadie siguió adelante–. Madre, padre, toda su familia… No sé cómo hacer eso y salvar el hotel al mismo tiempo. Pero el hotel es el legado de Adem. Es lo único que queda de él aquí, así que tengo que hacerlo. Y tengo tanto miedo de fracasar.
Su voz se quebró en la última palabra y Dylan la atrajo hacia sí.
–Ahora yo estoy aquí, y voy a volver, cuando me necesites. Yo, Neal, tus padres, tu hermana… todos estamos aquí para ayudarte, con lo que necesites.
Dylan sabía, no obstante, que no era suficiente con eso. Hubiera querido prometerle que iba a quedarse todo el tiempo que fuera necesario, pero él tenía una regla que cumplir, un código personal. Jamás hacía promesas que no pudiera mantener.
Todos sabían que los compromisos a largo plazo no eran para Dylan Jacobs, y él lo sabía mejor que nadie.
–Ahora estoy aquí –repitió y deseó que fuera suficiente.

«Ahora estoy aquí».

Sadie se refugió contra el hombro macizo de Dylan y trató de ignorar el hecho de que ni siquiera en esas circunstancias era capaz de decir que iba a quedarse.

Pero en el fondo se alegraba de ello. No era su novio, ni su amante. No era nada más que un amigo, y ella no era su responsabilidad. Fijó la vista en los matorrales que se extendían ante ellos y trató de ignorar el ruido de los coches que pasaban por detrás de ella.

–¿Por qué odias tanto el nombre del hotel? –le preguntó a Dylan, recordando de repente esa particular aversión.

–Mi padre nos abandonó a mi madre y a mí en un hotel que se llamaba igual. Estábamos allí por un viaje de negocios suyo. Simplemente se subió al coche y se marchó.

–Lo siento mucho –Sadie hizo una mueca. No había sido la mejor forma para aligerar la atmósfera.

Dylan se encogió de hombros.

–Esas cosas pasan. No… se le daban bien los compromisos. Aguantó la vida en familia todo lo que pudo, y un buen día ya no pudo soportarlo más. No he vuelto a verle.

–¿Y qué hicisteis?

–Bueno, yo tomé el bolso de mi madre y compré tres billetes de autobús para volver a casa, uno para mi madre, para mi hermana Cassie, y otro para mí.

–Te convertiste en el hombre de la casa, por así decir.

–Bueno, en ese momento solo nos teníamos los unos a los otros. Mi madre quedó muy mal con todo aquello y yo sentí que tenía que responsabilizarme de alguna manera. Cuando ella volvió a estar en condiciones de hacerse cargo de la familia, yo ya lo tenía todo bajo control.

De repente Sadie recordó una vieja conversación.

–Recuerdo que Adem solía bromear con todos esos empleos horribles a tiempo parcial que tenías en la universidad. Le mandabas dinero a tu familia, ¿no?

Dylan asintió con la cabeza.

–Y también es por eso que compartías ese piso horrible de

Londres con Neal, ¿no? Los dos ganabais lo suficiente para alquilar una casa mejor, pero seguisteis allí.

–Soy como mi padre en muchos aspectos.

Sadie frunció el ceño.

–A mí no me lo parece.

–No. Sí que lo soy –se volvió a encoger de hombros–. Pero he logrado llevarlo bien. Me gusta estar libre para perseguir todas las oportunidades que se me presenten en el camino, al igual que él. La diferencia es que yo jamás establecería un lazo irrompible, un compromiso de por vida. No quiero decepcionar a nadie tal y como él lo hizo con nosotros.

–No lo harías.

–De todos modos… él ya había abandonado a mi madre y a mi hermana. Yo no podía hacer lo mismo, así que cuidé de ellas lo mejor que pude. Además, ellas no son como tú. No podrían salir adelante solas.

–Oh…

–Sí. Mi madre se ha casado por tercera vez ya, y mi hermana ya va por el segundo matrimonio. Cada vez que algo sale mal tengo que volver y ayudarlas –sacudió la cabeza–. Lo de los compromisos no es la especialidad de mi familia precisamente.

–Yo creo que el compromiso es algo que hay que practicar y ejercer cada día. Cada mañana hay que renovar el compromiso de nuevo. De lo contrario se diluye.

–A lo mejor tienes razón –Dylan la miró, pensativo–. Quiero decir que… eres la persona más comprometida que conozco, así que supongo que debe de ser así.

–¿La persona más comprometida que conoces? ¿Se supone que es un cumplido?

–Por supuesto. Cualquier otra persona se hubiera rendido ya. Hubiera tirado la toalla y hubiera vuelto a casa, pero tú no. Te comprometiste con Adem y su proyecto y no piensas defraudarle, aunque ya no esté para verlo. Eres increíble.

–O a lo mejor estoy loca –Sadie se apartó un poco. Sus elogios la hacían sentir incómoda.

–También está esa posibilidad, pero… sea como sea… Te admiro, muchísimo. Creo que eso ya debes de saberlo.

Sadie apartó la mirada. Puso las manos contra la tierra para

poder incorporarse.

–¿Lista para seguir? –Dylan se puso en pie de un salto–. Podemos regresar al Azure.

–Quiero que veas Éfeso.

–Muy bien. Entonces, allá vamos –le tendió una mano para ayudarla a levantarse y ella la tomó de forma tentativa.

Una vez se puso en pie, él tiró de ella y le dio un abrazo antes de que pudiera escaparse.

–Sadie… tu compromiso es… Lo que dije lo decía de verdad. Es admirable. Pero no dejes que eso te hunda en la tristeza, ¿de acuerdo? Adem no querría eso.

–Lo sé.

Dylan le dio un beso en la frente.

–Bueno, vamos. Vamos a ver algo de historia.

Al menos era una historia que pertenecía a otros, porque Sadie no quería pensar en la suya propia.

Capítulo 12

SADIE giró el coche en dirección al aparcamiento polvoriento del Éfeso y le dedicó una efusiva sonrisa a Dylan. De repente era como si nada hubiera pasado.

Caminaron por una calle llena de puestos y cafeterías que vendían sombreros y recuerdos para turistas, pañuelos, trajes y un sinfín de objetos. Dylan se dirigió hacia la cafetería sin pensárselo dos veces. A lo mejor les vendría bien algo de comer y beber.

–¿Seguro que quieres hacer esto ahora? Podemos comer algo antes de entrar.

Sadie ya iba hacia las cabinas donde vendían las entradas y cuando por fin la alcanzó ya tenía dos tiques.

Era evidente que no estaba dispuesta a dejar que nada la detuviera ese día.

–Vamos –le dijo ella–. Hay muchas cosas para ver y ya hemos perdido mucho tiempo.

Dylan dio gracias por la botella de agua y las barritas de cereales que no había olvidado meter en la mochila y fue tras ella.

El camino les llevaba a través de un matorral lleno de piedras rotas, algunas talladas. Los paneles contenían información acerca de la zona, de lo que había habido en aquel emplazamiento antes del Éfeso.

–¿Sabías que los asentamientos en este lugar se remontan a seis mil años antes de Cristo?

–No lo sabía hasta que leí el panel informativo.

Dylan se preguntó si realmente se iba a dedicar a darle una lección de historia durante el resto del día. Continuaron andando por el camino y poco a poco comenzaron a aparecer las edificaciones, meras ruinas con algunas paredes y puertas. En algunas incluso había cierta decoración. Sadie se detenía para leer todos los paneles informativos, y algunas veces se los leía en alto, aunque seguramente hubiera visitado el lugar muchas veces. A Dylan no le cabía duda alguna de que todo debía de ser fascinante,

pero él tenía otras cosas enmente.

Se desviaron del camino principal en dirección hacia el anfiteatro. Sadie bajó por los peldaños del pasillo central hasta llegar al escenario. Se detuvo en medio y pronunció algunos versos de una obra conocida. El eco de sus palabras reverberó contras las piedras.

Dylan se sentó sobre los peldaños tallados, en el punto más alto del recinto, y la observó mientras exploraba el lugar. Ella no era la única que había hecho una confesión ese día. Casi había esperado que sintiera pena por él después de contarle toda la historia de su familia, pero sus miserias personales palidecían en comparación con lo que ella había padecido. De todos modos, parecía que compartir sus emociones con él la había ayudado. A lo mejor por fin estaba lista para dejar marchar el pasado y, de ser así, tal vez podría darle el empujón final que necesitaba con lo que había planeado para esa noche.

* * *

La biblioteca de Celso era su parte favorita de las ruinas. Sadie deslizó las yemas de los dedos sobre la exquisita talladura de la roca. Al volverse vio que Dylan estaba al final de los peldaños, contemplando las columnas y las estatuas.

–Es increíble, ¿verdad? –le dijo, yendo hacia él.

–Es impresionante.

–Tanta historia… Es un mundo totalmente distinto.

Dylan se volvió hacia ella. Sus ojos estaban escondidos tras las gafas de sol.

–¿Sabes?, no recuerdo que te gustara tanto la historia cuando éramos jóvenes.

Sadie se encogió de hombros.

–A lo mejor no, cuando la historia que me rodeaba me era tan familiar, pero aquí la historia me supera en todos los sentidos. Quiero saberlo todo.

–¿Por qué?

Sadie frunció el ceño. Debería haber sabido que el «Señor Oportunidad» no apreciaría el atractivo de los vestigios del pasado.

–No, en serio, siento curiosidad. ¿Por qué te importa tanto?

–Supongo que es porque… Bueno, nos muestra de dónde venimos, dónde hemos estado y cuánto nos queda por recorrer. Hay muchas lecciones que aprender en la historia.

–A lo mejor –Dylan apartó la mirada.

Volvió a mirar hacia la biblioteca.

–Pero no sé si nos puede decir lo que va a pasar a continuación.

–¿Nunca has oído que la historia se repite?

–Por supuesto. Pero me gusta pensar que somos algo más que la suma de las cosas que nos han pasado.

Sadie siguió su mirada en dirección a la fachada de la biblioteca. De repente reparó en las grietas, las zonas donde había sido restaurada, los trozos que faltaban. Hasta ese momento nunca se había fijado en ellos.

–Vamos –le dijo Dylan de pronto, tirándole del brazo–. Sigamos adelante, o no vamos a ver nada.

Subieron por la colina pavimentada y atravesaron varias terrazas, templos y mosaicos restaurados.

–Mira la gente que vivía aquí –dijo Dylan.

Sadie trató de recordar la conversación que habían mantenido un rato antes.

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, construyeron esta ciudad fantástica, sobrevivieron a invasiones, masacres… Griegos, romanos, bizantinos… De pronto el río se encenegó, llegaron los terremotos y el lugar se vino abajo. Apuesto a que nunca lo vieron venir, aunque todo hubiera pasado antes, por muy bien que conocieran su propia historia.

–Supongo que siempre hay giros del destino que no podemos controlar –admitió Sadie–. Y a veces preferimos esperar lo mejor.

–Tú lo sabes mejor que nadie, ¿no?

Dylan esbozó una media sonrisa que casi era una disculpa, aunque no hubiera hecho nada malo. Al parecer no estaba destinada a tener su final feliz de cuento, pero eso no era culpa suya.

–Es triste pensar en toda esa gente que vio cómo se colmataba el puerto, y cómo perdían el acceso al mar Egeo, lo único que le confería un valor económico y mercantil a este lugar. No les quedó ningún motivo para quedarse…

«Ningún motivo para quedarse…».

Las palabras resonaron en la mente de Sadie.

–¿Es esta una forma retorcida para decirme que crees que mi puerto se está llenando de cieno? –le preguntó en un tono algo áspero.

Se detuvo en medio del camino, ignorando a los turistas que iban justo detrás de ella y que tenían que rodearla para seguir adelante.

–¿Tu puerto? –le preguntó Dylan, confundido.

–El Azure. Mira, deja a un lado las metáforas. Si crees que mi hotel no tiene ningún futuro, me lo dices ya.

–Te equivocas.

–¿Ah, sí? –Sadie cruzó los brazos y esperó una respuesta.

¿Acaso había perdido la cabeza?

Dylan la agarró del brazo y la apartó del medio del camino, buscando la sombra de un árbol. Sacó una botella de agua de la mochila y se la dio.

–Bebe un poco.

Ella obedeció, sin dejar de mirarle con ojos de tormenta.

–Mira, yo creo que el Azure tiene solución, ¿de acuerdo? Pero no sé si eres la persona adecuada para llevar a cabo el proyecto.

Ella se quitó la botella de los labios.

–¿Crees que no puedo hacerlo?

Dylan reprimió un juramento.

–¿Vamos a volver a esto? –Sadie le devolvió la botella con desprecio–. Te he dado un millón de razones…

–Y ninguna de ellas se resume en la idea de que «es el trabajo para el que nací».

–¿Y quién tiene eso, Dylan? Nadie. Nadie espera eso del trabajo.

–Deberías –Dylan bebió un buen sorbo de agua–. La diferencia que tienes con la mayor parte de la gente es que esta no es tu única opción. Y la obligación no es pasión, Sadie.

–Muy bien –Sadie sacudió la cabeza y se alejó de él–. Si este proyecto es demasiado para ti, si es un compromiso demasiado grande, dilo de una vez. Encontraré otra forma de reflotar el negocio.

Dylan dejó escapar un suspiro y se frotó los ojos. ¿Cómo había

podido complicarse tanto una simple visita turística?

–Sé que las cosas no han sido fáciles entre nosotros esta semana, pero te juro que no te estoy pidiendo nada más allá de tu pericia con los negocios y el apoyo económico, si es eso lo que te preocupa. Creo… creo que tal vez podría haber algo entre nosotros. Sí. Pero yo no trato de atarte o de arrastrarte y alejarte de otras oportunidades.

–Nunca he pensado que esa fuera tu intención.

–Bueno… de acuerdo –Sadie cambiaba el peso de un pie a otro, cada vez más ansiosa–. Entonces… ¿Estás en esto o no?

Quería una respuesta en ese momento.

–¿Podemos discutir el asunto durante la cena?

Sadie no dio su brazo a torcer.

–No. Necesito saberlo ahora. ¿Vas a recomendar la inversión en el Azure ante el comité de dirección?

Dylan respiró profundamente y se preparó para la tempestad.

–Tengo una propuesta.

–¿Otra?

–Sí. Te ayudaré a salvar el hotel, si eso es lo que realmente quieres.

–Lo es.

–A lo mejor quieres esperar a que termine antes de tomar una decisión.

Ella sacudió la cabeza.

–Estoy segura.

–¿En serio? Porque yo creo que quieres algo más, y yo puedo dártelo.

–¿Qué?

–Hace poco adquirí una cadena de hoteles, la mayoría de ellos en el Reino Unido. Quiero convertirlos en hoteles de lujo con spa, y creo que tú eres la persona adecuada para trabajar en ese proyecto.

Sadie arqueó las cejas, sorprendida.

–Yo no… No sé qué decir.

–Estarías en casa, con tu familia. Finn también tendría a tus padres cerca. Tendrías todo el apoyo que necesitas y tu salario sería más que generoso. Si realmente quieres hacerlo, podemos incorporar el Azure a la cadena, poner a un nuevo gerente en tu lugar… pero seguiría siendo tuyo y de Finn.

Sadie guardaba silencio.

–Solo piénsalo.

Ella asintió de manera automática, mordiéndose el labio inferior.

De pronto Dylan ya no pudo resistirse más. No era el momento adecuado, ni tampoco el lugar, pero tenía que besarla en ese instante, antes de perder la razón.

Capítulo 13

SADIE se dio cuenta de lo que iba a hacer un segundo antes de que se moviera hacia ella. Podía verlo en sus ojos, en la forma en que su expresión se había suavizado. Y, al igual que la vez anterior, Sadie supo que debía apartarse, huir.

Pero no lo hizo.

Sintió su mano alrededor de la cintura, atrayéndola hacia él, pero no hizo nada para detenerle. Una bocanada de aire escapó de sus labios al sentir el contacto físico y, cuando él se inclinó hacia ella, alzó la cabeza, buscando su boca. De repente se sentía como si llevara toda la vida esperando ese momento.

Dylan tiró de ella, apretándola contra su cuerpo al tiempo que intensificaba el beso.

Después de unos segundos de absoluta perfección, él retrocedió por fin, lo justo para dejarla respirar.

–Entonces, ¿vas a pensar en ello? Me refiero a mi propuesta de negocios.

Sadie cerró los ojos y dejó escapar una carcajada.

–Sí. Lo pensaré.

Él bajó las manos y ella dio un paso atrás.

–Creo que deberíamos volver. Tengo algo planeado para esta noche, y no creo que quieras perdértelo.

–Ya no hay muchas más cosas que ver. Solo queda la tienda de souvenirs. Si crees que puedes vivir si un imán de la biblioteca de Celso…

–Creo que no necesito nada más para recordar este día. No creo que se me vaya a olvidar la visita a Éfeso.

–A mí tampoco –admitió ella.

Bajaron la colina lentamente, en silencio.

Sadie tenía tantas cosas en la cabeza que no sabía cómo empezar a ordenar sus pensamientos. Suspiró.

–¿Te encuentras bien? –le preguntó él de pronto.

Ella asintió, y entonces se dio cuenta de que ya había aparcado

frente al Azure. ¿Cómo habían llegado hasta allí? ¿En qué momento había puesto el piloto automático?

–¿Cuál es el plan para esta noche? –le preguntó a Dylan sin mucho entusiasmo.

Necesitaba darse un buen baño y acostarse pronto para poder pensar con claridad, pero esa era la última noche que Dylan iba a pasar en la ciudad.

Él esbozó una sonrisa enigmática al bajar del coche.

–Nos vemos en el vestíbulo a las ocho. Es una sorpresa.

Sadie se resignó. Lo último que necesitaba era más imprevistos en su vida, pero no podía negarse.

–¿Puedes decirme al menos qué ropa me tengo que poner?

–Lo que quieras –le dijo él. Se apoyó contra el coche y le dio un beso fugaz en los labios–. Para mí siempre estás preciosa –añadió y comenzó a subir los peldaños que llevaban a la entrada del Azure con agilidad.

Sadie se quedó rezagada, más confusa que nunca.

* * *

Dylan no quería deambular de un lado a otro por todo el vestíbulo, pero no era fácil resistir la tentación. El coche les esperaba fuera y se había puesto su mejor traje de noche con una impecable camisa blanca. Todo iba a ser perfecto… en cuanto ella apareciera.

Sadie no le hizo esperar mucho. Al oír el sonido del ascensor, Dylan se volvió y se quedó sin aliento en cuanto las puertas se abrieron.

–Vaya –exclamó al verla salir.

Hubiera querido decir algo más elocuente, pero el rubor que teñía las mejillas de Sadie dejaba claro que la sinceridad también había sido muy efectiva.

–Estás espectacular.

–Gracias –Sadie contempló el vestido rojo que se había puesto y movió las caderas ligeramente.

–Lo he guardado para una ocasión especial –le dijo ella, agarrándole del brazo al tiempo que salían del hotel–. Pensé que hoy podía ser la ocasión perfecta para llevarlo.

–Eso espero.

Teniéndola tan cerca, Dylan pudo sentir el ligero temblor que tenía en las manos. A pesar del vestido, era evidente que no se sentía tan segura de sí misma como quería aparentar y, de alguna manera, eso le hacía sentir un gran alivio porque su propia confianza en sí mismo se resquebrajaba por momentos.

–Yo, eh, te envié la propuesta, para el Azure, quiero decir.

Dylan no había mirado el correo electrónico, y eso, por tanto, era un mensaje en sí mismo. Sus prioridades no habían cambiado.

–Podemos revisarla luego, si quieres…

Él sacudió la cabeza.

–Puede esperar a mañana.

El coche que había alquilado les llevó a toda velocidad hasta el paseo marítimo. Cuando llegaron, le dio una generosa propina al conductor. Si todo salía según lo planeado, no iban a necesitarle más hasta la mañana siguiente.

–¿El paseo? ¿Qué estamos haciendo aquí?

–Tengo un amigo que tiene un yate –le dijo él, llevándola hasta el barco en cuestión–. Así que esta noche vamos a cenar a bordo del *Marie Bell*, y nuestra cena la va a preparar uno de los mejores chefs que conozco. Y, si te parece bien, podemos salir a navegar por el Egeo.

Sadie le miró a los ojos.

–¿De noche?

–Sí. El yate tiene dos habitaciones y está equipado con todo lo necesario para pasar la noche fuera si queremos, pero si prefieres volver antes… Podemos hacer lo que quieras, Sadie. Solo quería darte una noche especial.

Ella asintió con la cabeza lentamente. Volvía a morderse el labio inferior de nuevo tal y como lo había hecho el día anterior.

–Muy bien.

El yate era tan espectacular como su amigo le había dicho y, mientras observaba a Sadie, de pie en la proa del barco, Dylan supo que había tomado la decisión correcta. Necesitaban esa noche, aunque tal vez fuera lo único que pudieran tener.

Tomó dos copas y una botella de champán y se dirigió hacia la cubierta para compartirla con ella.

Sadie contemplaba el agua, oscura y cambiante bajo la luz de la luna. La cena había sido maravillosa. Habían hablado de Finn, de las ciudades que Dylan había visitado recientemente, de los sitios a los que ella quería ir alguna vez, de su hermana y sus padres… Habían hablado de todo excepto de lo que estaba ocurriendo entre ellos.

Era casi como una primera cita.

Pero la cena ya había llegado a su fin y tenía que decidir qué era lo que quería que pasara después. En ese momento solo estaban ellos y nada más, ni el hotel, ni la historia, ni su esposo fallecido…

Sadie se estremeció y Dylan le puso la chaqueta sobre los hombros sin decir ni una palabra. En medio del mar solo importaban ellos, y le correspondía a ella decidir qué significaba eso, pero solo por esa noche.

–Estás pensando demasiado –le dijo él de repente, apoyándose en la barandilla de cubierta, junto a ella–. Se supone que tienes que relajarte.

Sadie se volvió y le dio la espalda al agua. Él se acercó un poco más a ella. Podía sentir el leve roce de sus músculos por encima de la ropa.

Sadie tomó el aliento. El aroma de su cuerpo, mezclado con la sal del mar, le llenaba los pulmones. Era una combinación embriagadora. Le deseaba tanto… A lo mejor siempre había sido así, pero el deseo y el amor eran dos cosas muy distintas y ella había amado mucho a Adem.

Curiosamente fue ese pensamiento lo que la hizo sentir que era posible. Aquello era amor, y jamás podría serlo con un hombre como Dylan Jacobs. Para él el amor era compromiso y, por tanto, era imposible. Fuera lo que fuera lo que sentía por ella, jamás dejaría que pasara de esa noche, y ella tampoco.

De repente tomó una decisión y se puso de puntillas antes de cambiar de idea. Dylan abrió los ojos ligeramente y la envolvió en sus brazos, pero no se acercó más.

Sadie cerró los ojos, se alzó hacia él y tomó lo que tanto anhelaba.

El primer beso fue sutil, tentativo, como el que se habían dado en Éfeso.

–Dios, Sadie –murmuró Dylan contra sus labios y entonces tiró de ella hasta apretarla contra su propio cuerpo, apoyándola contra la barandilla–. No sabes cuánto tiempo he esperado este momento –añadió al tiempo que ella le colmaba de besos.

–Tanto como yo –dijo ella, dándole un beso en el hueso de la clavícula a modo de agradecimiento porque acababa de quitarse la corbata y de desabrocharse los botones superiores de la camisa.

Sadie sintió la presión de su muslo entre las piernas y entonces notó cómo le subía el vestido por encima de las rodillas.

–¿En serio? –le preguntó, inclinándose para buscar otro beso–. ¿Tú también querías esto?

–Siempre. Es que pensé que jamás podría tenerlo.

–Porque… No. Hoy no –Dylan le dio un beso firme–. Esta noche es para nosotros, nada más, sin fantasmas, ni historia, ni nada.

Sadie le miró a los ojos y le dio otro beso a modo de respuesta.

–Solo nosotros dos, solo esta noche –Sadie tragó con dificultad y buscó la pizca de valentía que le faltaba–. Bueno, ¿qué tal si me enseñas el dormitorio del que me hablaste antes?

Dylan esbozó una sonrisa.

–Tus deseos son órdenes para mí.

Capítulo 14

DYLAN se despertó con la sensación de que le faltaba algo. Abrió los ojos y esperó a que sus pupilas enfocaran la imagen. Sadie se estaba poniendo ese glorioso vestido rojo. Sin voltearse hacia la cama, comenzó a mirar a su alrededor, buscando sus zapatos. Por fin los encontró y se los puso.

Dylan bajó la vista. El despertar no podría haber sido más duro. La noche anterior había sido todo aquello con lo que había soñado durante tanto tiempo, pero la cruda realidad de la mañana siguiente acababa de caer sobre él como un cubo de agua fría.

–Buenos días –dijo, incorporándose.

Sadie se sobresaltó al oír su voz.

–Estás despierto.

–Y tú. Y también vestida.

–Sí, bueno… Ya hemos vuelto al puerto.

–Ya es hora de volver al mundo real, ¿no?

–Sí, supongo que sí.

–Debiste despertarme –le dijo Dylan, tratando de imprimirles algo de entusiasmo a sus palabras–. Antes de ponerte toda esa ropa.

–Supongo que sueles ser tú quien se escabulle a primera hora y sale de una habitación a toda prisa a la mañana siguiente –su sonrisa indicaba que su intención era hacer una broma, pero Dylan sintió que su estado de ánimo empeoraba por momentos.

–¿Te ibas a ir así?

–¡No! Quiero decir que… no tendrías problema en encontrarme.

–Entonces volvemos al Azure, ¿no?

Al parecer, los asuntos de negocios también habían llegado a su fin.

–¿Eso es lo que viene ahora?

–Creo que tiene que ser así. Tienes que tomar un vuelo esta tarde, y aún no has revisado la propuesta para el Azure. Creo que incluí todo lo que hemos hablado, pero, si tienes alguna pregunta, será mejor que lo solucionemos lo más pronto posible. Yo me voy a

Inglaterra en dos días para traer a casa a Finn, ¿recuerdas?

A casa… Turquía seguía siendo su casa, al parecer. Dylan agarró sus pantalones. Hablar de negocios desnudo no le parecía una buena idea.

–Ahora no importa la propuesta del Azure. ¿Has pensado en lo que te propuse yo?

–Yo… No sé si será una buena idea.

–¿Por lo que pasó anoche?

–Por muchas cosas –Sadie se mordió el labio inferior y Dylan tuvo que sentarse sobre las manos para no ir hacia ella y darle un beso–. ¿Vas a presentar la propuesta ante el comité de todos modos, aunque yo siga al frente del hotel?

–Por supuesto. Has demostrado que este lugar tiene mucho potencial y que es una inversión viable. Hablaré con ellos en cuanto vuelva.

–Estupendo. Muchas gracias.

Se produjo un silencio incómodo. Dylan llegó a sentir que se iba a quebrar por dentro como una cuerda tensa. Tomó su camisa del suelo y se la colgó del hombro. Después echó a andar hacia el cuarto de baño.

–¿Por qué no vas a ver si nos pueden preparar algo para desayunar? –le preguntó por encima del hombro–. No tardaré más que unos minutos.

Si las cosas iban a volver a la normalidad profesional y empresarial, entonces necesitaba darse una buena ducha, tomar algo de comer y también un litro de café.

Sadie logró mantener la calma y la compostura hasta que llegaron al hotel, toda una proeza de la que estaba orgullosa. Hubiera sido tan fácil volver a caer en los brazos de Dylan esa mañana…

Pero Dylan Jacobs no era de los que se quedaban, y eso debía tenerlo muy presente en todo momento.

A lo mejor algún día cambiaba. Tal vez encontraría a alguien con quien le mereciera la pena comprometerse, pero ella no podía arriesgarse a ser esa persona porque su prioridad era Finn.

–Será mejor que haga la maleta –le dijo él, ya en el vestíbulo del

hotel.

Sadie asintió con la cabeza.

–Tu coche llega a las dos. Yo bajaré para despedirte.

–No tienes por qué.

Su voz sonaba tan distante que Sadie tuvo que tragarse ese nudo doloroso que se le acababa de formar en la garganta antes de contestar.

–Por supuesto que sí.

–Muy bien. Te veo entonces –Dylan echó a andar hacia los ascensores.

Sadie respiró profundamente y se dirigió hacia el mostrador de recepción para ver si había algún mensaje para ella.

Después subiría a su habitación, se daría un buen baño y se permitiría, por fin, un momento para sentir de lleno ese dolor que amenazaba con engullirla.

El minutero avanzaba hacia las dos de la tarde sin piedad. Sadie se alisó el pantalón de su aséptico traje negro y se sujetó el cabello, aún húmedo, detrás de las orejas. Al menos el maquillaje había arreglado el desastre que tenía en la cara quince minutos antes y sus ojos ya no parecían los de un zombi.

Volvió a mirar el reloj. En doce minutos bajaría al vestíbulo y, teniendo en cuenta que él solía ser muy puntual, eso le daría diez minutos para despedirse de él, pero algo le decía que no iba a ser suficiente. Suspiró y volvió a sentarse en la cama. De repente alguien comenzó a llamar a la puerta de una forma bastante intensa.

Cruzó la estancia y abrió rápidamente.

–Dylan.

Sin decir ni una palabra, él entró en la habitación. Sadie cerró la puerta. A juzgar por la expresión de furia que veía en su rostro, toda medida de precaución era insuficiente.

–Muy bien. Me voy en… quince minutos, pero necesito saber algo antes.

Mantenía las manos en los bolsillos, pero era evidente que tenía los puños cerrados.

–¿Qué sigue ahora?

–¿Ahora? –Sadie tragó con dificultad–. Bueno, como te dije, volvemos a lo profesional. Podemos ser socios en los negocios, y amigos, como siempre. Espero que Finn y yo podamos verte más a menudo en el futuro.

–Entonces, ¿lo de anoche…?

–Fue maravilloso –admitió ella con una pequeña sonrisa–. Pero ya te lo dije… Nunca he esperado nada más. No estoy intentando atarte a nada, ni tampoco quiero forzarte a comprometerte. No busco nada más allá de salvar el hotel.

–Hablas como si todo lo que ha pasado esta semana fuera solo para conseguir la inversión.

–Sabes que eso no es cierto.

–¿Lo sé? –dijo él, arqueando una ceja.

–¡Bueno, eso espero al menos! –Sadie sintió que ya se le empezaba a agotar la paciencia.

–En ese caso, solo me queda pensar que te acostaste conmigo para llevar a cabo una especie de experimento personal, una oportunidad para ver lo que podrías haber tenido, y ahora te estás enterrando de nuevo en tu vieja vida, ese viejo plan que no funcionaba.

–Pues a mí me parece que no te gusta que te traten como tú mismo debes de haber tratado a Dios sabe cuántas mujeres a lo largo de los años. Está muy bien si tú tienes una aventura de una noche y lo dejas ahí, pero una mujer no puede osar hacer lo mismo.

–¡No se trata de eso! Lo que tuvimos fue…

–Fue atracción mutua, y anoche nos quitamos el gusanillo.

–Fue algo más que eso, y lo sabes.

–Aunque haya sido así, las cosas nunca iban a pasar de esta semana, y no es justo por tu parte fingir que podría haber sido de otra forma. Yo tengo que pensar en Finn y en el hotel, y tú tienes tus negocios… Te vas dentro de unos minutos, por Dios.

–Pero volveré. Te dije que volvería.

–Y siempre serás bienvenido aquí.

–Amigos –Dylan dejó escapar una risotada amarga–. ¿De verdad crees que podemos volver a eso?

–Creo que tenemos que hacerlo –dijo Sadie, haciendo alarde de un gran pragmatismo–. Porque, Dylan, tú no puedes ofrecerme nada más.

–Te puedo ofrecer un trabajo nuevo, una oportunidad de empezar de nuevo.

–Lo que yo más deseo es una oportunidad de tener un futuro con mi hijo.

Era la verdad, aunque no fuera completa.

–¿Y qué hay de mí? ¿De verdad vas a dejar que tu esposo fallecido y este maldito hotel te impidan seguir adelante y ser feliz?

Sadie bien podría haberse reído ante esa ironía. Dylan Jacobs, el playboy de libro, le estaba exigiendo algo más, y ella no podía dárselo, por mucho que lo deseara.

–¿De verdad me estás diciendo que estás listo para convertirte en el padre de un niño pequeño al que apenas conoces?

La estupefacción que vio en su rostro fue la respuesta que esperaba.

–Exacto, Dylan. Tú no eres Adem, y jamás he esperado que lo fueras. Me metí en esto con los ojos bien abiertos, pero los compromisos no son lo tuyo, y eso es precisamente lo que yo necesito en mi vida, por Finn y por mí misma. Necesitamos estabilidad, certidumbre, ahora más que nunca. Y tú no puedes darnos eso.

«No eres Adem…».

Las palabras se habían clavado en su cabeza porque, en última instancia, todo se reducía a eso. Quien la había conocido primero era irrelevante. Él no era Adem, y siempre iba a perder.

–Ni siquiera soy tu segunda opción, ¿no? –murmuró.

Sadie abrió los ojos, sorprendida.

–Para ti no soy ningún tipo de opción.

–Finn es mi opción, mi elección –le dijo ella, pero Dylan sabía muy bien qué era lo que quería decir en realidad.

Ella siempre escogería a Adem, incluso aunque solo fuera su recuerdo.

–Lo tuyo son las grandes oportunidades. Siempre ha sido así, y siempre lo será. Lo sabes, Dylan.

–Como mi padre, ¿no?

–No es eso…

–Sí. Sí es eso lo que has querido decir.

De repente se produjo un breve silencio.

–Mi asistente se pondrá en contacto contigo para hablarte de la propuesta de inversión cuando llegue el momento. Estoy seguro de que no habrá ningún problema.

Sadie asintió con la cabeza.

–Adiós, Sadie.

Dylan dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Al cruzar el umbral creyó oír el leve murmullo de un sollozo, pero… sin duda debía de ser su imaginación.

Capítulo 15

SADIE dejó caer la maleta sobre la cama de la habitación para huéspedes de la casa de sus padres. La abrió y comenzó a buscar una chaqueta de punto. Hacía más frío en Inglaterra de lo que recordaba, pero era agradable sentirse de vuelta en casa, aunque solo fuera algo temporal.

Cualquier cosa era mejor que merodear por el Azure en soledad.

–Toc-toc.

Su hermana Rachel apareció en el umbral. La puerta estaba abierta. Llevaba dos tazas de té en la mano.

–Mamá pensó que te vendría bien después de un viaje tan largo.

–Sin duda.

De pronto oyó cierto alboroto fuera y fue a asomarse a la ventana, llevando su taza entre las manos. Finn y sus primos jugaban en el jardín.

–A los niños les encanta tener aquí a Finn para jugar –dijo Rachel, siguiendo su mirada–. Ha sido muy bueno para ellos poder pasar algo de tiempo juntos.

–Lo sé. Y sé que a los padres de Adem les ha gustado mucho tenerle en casa el fin de semana pasado.

–Seguro que sí. Debe de ser aún más duro para ellos.

–Vinieron a visitarnos en primavera.

–Pero no es lo mismo que tenerle en la misma ciudad, ¿no?

Sadie se sentó en el borde de la cama y sopló sobre su taza de té para que se enfriara un poco.

–Finn me preguntó si teníamos que volver a Turquía. Le ha encantado estar aquí estos días.

Rachel hizo una mueca y se sentó a su lado.

–Lo siento. No quería empeorar las cosas.

–Es la verdad, ¿no?

–Pero hay más cosas. Si realmente eres feliz en Turquía, entonces Finn también lo será. Ya conoces a los niños. Siempre son felices en el sitio en el que están, y siempre están encantados de irse

a otro lado, sobre todo si es a la hora de irse a la cama.

Eso era exactamente lo contrario de lo que hacía Dylan. Sadie reprimió una pequeña risita.

–¿Qué tal van las cosas en el hotel? ¿Ha habido suerte con el inversor, ya sea en lo profesional o en lo personal? –añadió Rachel, dándole un pequeño codazo.

–Dylan va a presentar mi propuesta ante el comité, pero me ha dicho que seguramente aprobarán la inversión.

Sadie se dio cuenta de que era la primera vez que decía su nombre si echarse a llorar. Sin duda era todo un avance.

–¿Y en lo personal? Vamos, Sadie. Vi cómo te arreglaste para él, ¿recuerdas? Es evidente que ahí había algo.

–Bueno, sí. Había algo, pero solo fue cosa de una noche.

–¿Ese idiota se olvidó de ti después de una noche?

–Sí. Bueno, no… Supongo que fui yo quien se olvidó de él.

–Eso no es propio de ti.

–Fue un golpe preventivo. A él no le van los compromisos, y para mí la prioridad era que siguiéramos siendo amigos y socios de negocios. Además, Finn no necesita más incertidumbre en su vida.

–¿Y qué tal te va a ti eso? –le preguntó Rachel en un tono escéptico.

–Bien. Es mejor así.

Lo único que tenía que hacer era repetírselo a sí misma sin parar y ahuyentar ese miedo secreto que la mantenía en vela por las noches. Era un secreto que retumbaba en su cabeza, una y otra vez. Era una verdad que no se atrevía a reconocer.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Cómo se había enamorado de Dylan Jacobs sin remedio?

–Él me ofreció otra propuesta de negocios –le dijo a su hermana.

Lo más conveniente era reencauzar la conversación hacia temas profesionales.

–Implicaría poner a otro gerente al frente del Azure y yo volvería a Inglaterra a trabajar.

–¡Eso sería perfecto! Finn y tú podríais volver a casa sin perder el Azure. ¿Se lo has dicho a papá y a mamá?

–Yo rechacé la oferta.

Rachel dejó de dar saltos.

–¿Porque te acostaste con él?

–Porque… sentí que no era lo correcto.

–Bueno, supongo que tú sabes lo que tienes que hacer –le dijo Rachel, aunque su tono de voz sugiriera otra cosa.

–Eso espero.

–Bueno, ya veo que estás de muy mal humor –dijo Cassie, la hermana de Dylan.

Él se dejó caer en una silla de madera a su lado, exhausto. Llevaba más de una hora corriendo entre los matorrales que rodeaban la casa de su hermana, jugando con sus dos sobrinos varones.

–Oye, deberías ser más agradable con el hombre que lleva más de una semana siguiéndoles el ritmo a esos dos granujas tuyos.

Cassie le dio una cerveza fría.

–¿Quieres contármelo?

–No sé de qué me hablas.

–¿En serio? Primero llegas aquí sin avisar. Te llevas a jugar a los niños fuera cada vez que te empiezan a hacer preguntas sobre tus viajes. No has ido a ver mamá, aunque llevas aquí unos cuantos días… Y, sobre todo, te has bebido casi toda mi cerveza.

–Te compraré más.

–Ese no es el punto –Cassie suspiró–. Adelante. Soy todo oídos. Cuéntame todos esos problemas aburridos de trabajo y yo haré todos esos sonidos de solidaridad y comprensión, según sea necesario, a menos que… no sea nada de trabajo –Cassie se incorporó–. En ese caso, estaré muchísimo más interesada.

–No es nada.

Dylan bebió un sorbo de cerveza.

Había hablado con el comité y la inversión había sido aprobada. El proyecto ya estaba en manos de su asistente, así que ya no tendría que preocuparse más del asunto una vez regresara a Sídney. Solo quería pasar la página.

–Eso quiere decir que es una mujer. Muy bien, déjame ver… ¿Está casada con otro? ¿O es que no está interesada? Oh, Dylan, ¿es que por fin has dado con una mujer que te ha rechazado?

–No exactamente –le dijo él, aunque tal vez fuera esa la verdad.

Sadie le había querido para una noche, nada más.

Dylan pidió perdón en silencio a todas esas mujeres con las que solo había pasado una noche, incluso aunque les hubiera dejado las cosas claras desde el principio.

–¿Qué pasó entonces? Me tienes llena de curiosidad. No me dejes así.

Dylan suspiró. Cassie siempre había sido muy testaruda.

–Fui a Turquía a ver a una vieja amiga, para ver si podía ayudarla con su negocio. Resultó que… conectamos como nunca antes habíamos conectado. Eso es todo –se encogió de hombros.

–¿Eso es todo? Entonces, ¿qué pasa? ¿Te acostaste con ella, te marchaste y ahora…? ¿Qué? ¿La echas de menos? –Cassie sacudió la cabeza–. Eres un idiota.

–Gracias por esta charla tan útil.

–En serio, Dyl, ¿cuándo vas a dejar de salir corriendo antes de ver si puede haber una posibilidad de tener algo más? –Cassie agitó el botellín de cerveza que tenía en las manos, haciendo un gesto acusador–. Siempre haces lo mismo. Encuentras a alguien que te gusta, tienes una aventura o lo que sea, y entonces sales huyendo antes de que la cosa pueda ir hacia alguna parte. ¡Y esta vez parece que sí iba hacia alguna parte! No te he visto así desde que aquel negocio de Londres salió mal.

–¿Qué sentido tiene que me quede? Quiero decir que todos sabemos que al final terminaré yéndome, ¿no? Cuando surja la próxima oportunidad, me pondré en camino. ¿Por qué tendría que hacer las cosas más difíciles?

–¡Tonterías! Me gustaría soltarte un sinfín de palabrotas si con eso me escucharas –Cassie suspiró y se sentó en el borde de la silla–. ¿Se te pasó por la cabeza quedarte y luchar por ella? Eso es lo que haces, ¿sabes?, cuando amas a alguien. Te quedas y tratas de arreglar las cosas. Todas las mañanas te levantas y decides intentarlo con más fuerza. Eso es todo lo que hay que hacer.

–Me dijo que me fuera. Tiene un hijo… compromisos. No hay sitio para mí.

–Sinceramente, Dyl, si de verdad crees eso, entonces eres más estúpido de lo que pensaba realmente. Que nuestro padre se haya ido no quiere decir que tú tengas que hacer lo mismo. Sí que puedes sentar la cabeza, sí que puedes comprometerte, cuando encuentres a la persona adecuada.

–¿Y cómo se supone que sabes eso?

–Lo sabes porque ya lo has hecho una vez –Cassie se echó hacia atrás. Tenía una mirada de autosuficiencia.

–¿Qué quieres decir?

–Lo hiciste por mamá y por mí. Pasaste años cuidando de nosotras –Cassie le dedicó una sonrisa tierna a su hermano–. Nunca pensaste en marcharte, ¿no es así?

–No. Supongo que no.

–Y siempre ha sido así. Siempre vuelves para ver cómo estamos. Siempre estás ahí para mis niños, y yo sé que siempre vas a estar. Es por eso que te puse como su tutor legal en mi testamento.

–¿Lo hiciste?

Dylan se sorprendió. ¿Por qué no se lo había dicho antes?

Cassie asintió.

–No le confiaría mis niños a nadie más.

–Gracias.

–Y creo que no somos los únicos. ¿Qué me dices de nuestros amigos? Me dijiste que habías ido a Turquía a ayudar a una amiga. Siempre has hecho esas cosas. Siempre que tus amigos te han necesitado, has estado ahí. Eso también es compromiso.

–Nunca pensé en ello de esa manera.

La verdad le golpeó con fuerza en el pecho. Amigos y familia… Sadie ya era ambas cosas en su corazón, y solo le quedaba convencerla de ello.

Ya estaba comprometido con ella, aunque no se hubiera dado cuenta hasta ese momento. No era Adem, pero tal vez podría ser lo que ella necesitaba. Y tal vez podría llegar a ser lo que Finn necesitaba también. Quizás podría llegar a darle aquello que Cassie y él habían perdido cuando tenían diez años de edad.

Cassie bebió otro sorbo de cerveza.

–Las hermanas pequeñas siempre tienen razón, ¿sabes? Bueno, ¿quieres que te reserve un vuelo a Turquía?

Dylan ya estaba al teléfono, hablando con la compañía aérea.

Sadie dio un paso atrás, alejándose de la tumba. Tenía las flores en las manos y su padre la esperaba en el coche con Finn, listo para llevarles de vuelta al aeropuerto, así que no disponía de mucho

tiempo.

–Siempre te querré –dijo por fin, poniendo las flores con cuidado sobre la lápida–. Pero creo que eso ya lo sabes… Tuvimos una buena vida juntos, ¿no? Pero… no creo que quieras que me quede en este limbo. Y yo ya empiezo a pensar que no puedo hacerlo.

Tragó con dificultad. Las lágrimas se acumulaban en sus ojos.

–Tengo que seguir adelante. No sé muy bien en qué dirección todavía, pero creo que eso no importa tanto como hacerse a la idea de estar listo para tomar las oportunidades cuando se presenten. Tú siempre dijiste que el instinto es la mejor brújula que se puede tener. Decías que cuando uno confiaba en el instinto nada podía salir mal –su voz se quebró un momento–. Decías que haberte casado conmigo, cuando éramos tan jóvenes y estábamos sin rumbo, había sido la prueba más grande de eso. Y cuando te di aquel «sí»… Esa fue la última vez que realmente confié en mi propio instinto en vez de confiar en el tuyo… Bueno, eso va a cambiar ahora. No sé qué va a pasar a partir de ahora, pero… la asistente de Dylan me llamó. Tenemos la inversión que necesitamos para salvar el hotel, así que voy a hacer que eso pase y después voy a buscar a alguien que se ponga al frente del negocio cuando yo me vaya. Llevaré a Finn a menudo. Te lo prometo. Y el hotel siempre va a estar ahí para él cuando crezca, pero, mientras tanto, mi instinto me dice que deberíamos estar aquí, en Inglaterra, con nuestras familias. Y entonces… Bueno, supongo que ya veremos. Tengo fe en que lo mejor vendrá en el momento adecuado –Sadie logró esbozar una media sonrisa–. Después de todo, a ti siempre te salieron así las cosas, hasta el final.

La vida de Adem había sido demasiado corta y su felicidad se había visto truncada antes de tiempo, pero ese recuerdo siempre la acompañaría. Era un pequeño tesoro que guardaría con devoción.

Se besó las manos y tocó la piedra de la lápida.

–Te quiero –susurró.

Se secó las lágrimas, dio media vuelta y se dirigió hacia el coche, hacia su futuro.

Capítulo 16

SADIE suspiró, aliviada, cuando el coche tomó la calle que llevaba al Azure.

–Ya casi hemos llegado –le dijo a Finn.

El niño se acurrucó mejor en su sillita especial y asió con fuerza su osito de peluche.

–Ya casi hemos llegado a casa.

El viaje había sido largo y tedioso. Habían tenido que hacer escala en Estambul y después el vuelo había sufrido un largo retraso. Sadie, no obstante, estaba lista para empezar de nuevo, lista para tomar las oportunidades que se presentaran. Tan solo necesitaba alguna señal, una guía para saber qué dirección debía tomar. Pero eso también debía decírselo su instinto. Tenía que averiguarlo por sí misma.

–Ya estamos aquí –le susurró a Finn cuando el vehículo se detuvo.

El niño parpadeó un par de veces y abrió los ojos.

–¿El Azure?

–Eso es. ¿Estás listo para volver a tu habitación, con tus juguetes y tus cosas? Sé que Esma te ha echado mucho de menos.

Sadie abrió la puerta y dejó que el niño bajara de un salto mientras el conductor sacaba las maletas.

–Gracias –le dijo y entonces se detuvo un momento para contemplar la fachada del Azure, su hotel.

Su hotel… Le gustaba cómo sonaba eso. El letrero del nombre brillaba como siempre, justo encima de las puertas de cristal. Sonriendo, bajó la vista y entonces sintió que el corazón se le paraba un instante.

Esma salió rápidamente y trató de llevarse a Finn con la promesa de un batido y unos dulces que había en la cocina, pero Sadie no podía apartar la vista del hombre que estaba justo debajo del letrero del hotel.

Dylan Jacobs.

La señal que había esperado…

–¿Qué estás haciendo aquí? –Sadie dio un paso adelante, dejando las maletas en la acera.

–¿Mamá? –dijo Finn de repente. Miró a Dylan y después a su madre–. ¿Quién es?

Dylan se agachó junto al niño y sonrió de una forma totalmente desconocida para Sadie.

–Seguro que no me recuerdas, pero yo era uno de los mejores amigos de tu padre.

–¿Conocías a mi padre? –Finn hizo una ligera mueca–. Si eras amigo de mi padre y del tío Neal, ¿entonces eres Dylan?

Dylan le ofreció una mano.

–Dylan Jacobs, a tu servicio.

Finn le dio un buen apretón de manos, con toda la solemnidad del mundo.

–El tío Neal me cuenta historias de mi padre y de ti. ¿Cómo es que nunca has venido a vernos, como él?

–He estado… –Dylan se detuvo antes de terminar la frase–. Lo siento, Finn. Debí haber venido más a menudo. Y me gustaría empezar a hacerlo ahora, si te parece bien.

–Sí –Finn ladeó la cabeza–. ¿Te gustan los batidos?

–Me encantan –Dylan sonrió de oreja a oreja–. A lo mejor podemos tomarnos uno luego, ¿sí?, después de que hable con tu madre.

Finn asintió.

–¡Sí!

Esma lo agarró del brazo y esa vez el niño no puso objeción alguna cuando se lo llevó a la cocina.

Sadie suspiró, aliviada, pero entonces se dio cuenta de que se había quedado a solas con Dylan.

–No tienes por qué estar aquí. Le dije a tu asistente que…

Dylan sacudió la cabeza y se incorporó.

–No estoy aquí por negocios.

Sadie se dio cuenta de lo mucho que había echado de menos esa voz, profunda y cálida.

–Bueno, ¿entonces para qué has venido? –atinó a preguntarle a pesar de la maraña de pensamientos que tenía en la cabeza.

Dylan dio un paso adelante y respiró profundamente, tanto que

Sadie pudo ver cómo se movía su pecho por debajo de la camisa.

–Estoy aquí para comprometerme.

–¿Con qué? –le preguntó Sadie, parpadeando.

–Con lo que sea que te haga feliz. Si eso significa que tengo que estar a miles de kilómetros de distancia, entonces que así sea. Si se trata del Azure, entonces trabajaré hasta partirme la espalda para hacerlo una realidad. Si es estar en Inglaterra con Finn, también puedo hacer que las cosas funcionen. Lo único que quiero es una oportunidad, una oportunidad para demostrarte que puedo ser parte de tu plan, de tu futuro.

–¿Eso es todo?

–Sí. Sé que no soy Adem, y que nunca lo seré. Pero puedo ser algo más de lo que piensas de mí. Lo único que quiero es una oportunidad contigo, para lo que me necesites. Quiero estar ahí para ti y para Finn. Y sé que eso no puede pasar de la noche a la mañana. Él tiene que acostumbrarse a mí y nosotros tenemos que ver cómo van a ser las cosas entre nosotros… así que, una nueva propuesta, ¿de acuerdo? No vamos a precipitarnos, sino que podemos seguir un plan, sin prisa, pero sin pausa. Puedes retirarte cuando quieras, pero es la clase de plan que te gusta. Te lo prometo.

De pronto Sadie no pudo evitar sentir un atisbo de esperanza en su interior. Era como el cerezo que crecía en el jardín de sus padres, que florecía con la esperanza y la promesa de la primavera, pero…

Sacudió la cabeza.

–Lo siento, Dylan. Eso no va a funcionar para mí.

Dylan sintió que se le caía el mundo a los pies. Ella había hecho añicos todas sus ilusiones con unas pocas palabras, pero… ¿Era una sonrisa lo que veía en su rostro?

Sadie dio un paso hacia él.

–Esta vez… Esta vez me voy a guiar por mi instinto y voy a aprovechar todas las oportunidades que pueda tener para ser feliz de nuevo. Y creo que sé lo que eso significa, por fin.

–¿Lo sabes? –le preguntó Dylan, sin saber muy bien adónde quería llegar.

Ella asintió con la cabeza.

–Quiero que Finn herede el hotel cuando sea mayor, pero no

quiero llevarlo yo. Una vez hayamos arreglado las cosas aquí, quisiera que me buscaras un gerente, como me dijiste, alguien en quien podamos confiar, para que podamos volver a Inglaterra.

–Por supuesto. ¿Eso quiere decir que has considerado mi propuesta de trabajo?

–He considerado muchas cosas. Quiero llevar mi negocio de spas. Eso lo sé. Y si podemos trabajar juntos en eso… Bueno, sería estupendo.

–Eso suena muy bien –dijo Dylan con prudencia.

–Pero eso no es todo –Sadie siguió adelante–. Me temo que me he vuelto un poco ambiciosa. Quiero algo más que tener cerca a mi familia, hacer feliz a mi hijo, y llevar el negocio de mis sueños. También te quiero a ti conmigo.

Dylan sintió que el corazón le daba un salto.

–Pensaba que habías dicho que…

–Dije que con eso no iba a ser suficiente para mí. Sé que no podemos correr mucho, por Finn. Tengo que asegurarme de que está listo para que haya alguien más en mi vida, y de que le gusta la idea de que seas tú, así que, oficialmente, puedo decirte que seguimos adelante con tu plan.

–¿Pero qué pasa en lo no oficial?

–La vida es demasiado corta. He aprendido esa lección muy bien. Hay que aprovechar las oportunidades de ser feliz cuando llegan, así que, en lo que se refiere a ti y a mí, espero que hablaras en serio cuando dijiste lo del compromiso…

–Sí, muy en serio.

–Bien, porque… –Sadie respiró profundamente–. Dylan Jacobs, ¿quieres casarte conmigo?

Dylan no podía creer lo que estaba oyendo. Una alegría que jamás había sentido en su vida le embargó por completo. Esa oportunidad no la iba a perder.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la cajita del anillo que había comprado en Sídney. La abrió.

–Nuestras mentes están sincronizadas, ¿no?

Sadie se rio.

–Debería haber sabido que lo de ir sin prisa, pero sin pausa, era un farol.

Sadie tomó el anillo y contempló el diamante, hechizada.

–Nunca has hecho nada así en tu vida.

–Oh, no sé –dijo Dylan, poniéndole la pieza–. Me llevó trece años encontrar a la mujer adecuada para comprometerme.

–Pero ahora estás seguro, ¿no?

–Más que seguro –le dijo Dylan, colmándola de besos para ahuyentar sus dudas–. Tú eres mi única y gran oportunidad. Tu amor es lo único que me importa. Finn, tú y yo vamos a ser una pequeña familia feliz, la más feliz. Eso te lo prometo. Y pienso pasar el resto de mi vida demostrándotelo.

Sadie sonrió, devolviéndole el beso, y en ese momento Dylan supo que lo que acababa de hacer era más valioso que cualquier trato de negocios de millones de dólares.

Epílogo

LAS flores de cerezo volaron sobre el jardín. Sadie observaba, sonriendo. Finn trataba de atraparlas con sus manitas al tiempo que Dylan lo alzaba con los brazos para ayudarle a llegar más alto.

Sus padres estaban en la cocina, dándole el último toque al asado que habían preparado para el domingo en familia. No necesitaban ayuda de ningún tipo y le habían ordenado que se quedara tranquila, así que no le había quedado más remedio que irse al jardín. Su hermana estaba a punto de llegar con toda su prole, y todos estarían juntos, por fin.

En los seis meses que habían pasado desde la llegada de Dylan al Azure, la vida había cambiado por completo para ellos. Las cosas no habían sido fáciles y los negocios se habían interpuesto entre ellos en más de una ocasión, pero Finn había congeniado con Dylan desde el primer momento y la admiración que parecía sentir por él era recíproca. Algunas noches, cuando Dylan se quedaba con ellos, en la habitación de huéspedes, según le decía a Finn, siempre se colaba un momento en la habitación del pequeño, para contemplarlo mientras dormía.

El fin de semana anterior, sin embargo, por fin habían tocado el tema de ser una familia de verdad delante del niño, y a Finn le había encantado la idea.

–Entonces, ¿Dylan viviría con nosotros? –había preguntado.

–Cuando no tenga que viajar, por el trabajo –le había dicho Sadie, algo nerviosa.

–Bien. Me gusta nuestra casa. Puedo ir caminando hasta la casa de los abuelos desde aquí, y también hasta el colegio, y Phoebe y CJ pueden venir cuando quieran.

Dylan había compartido su sonrisa al oírle hablar así.

Ella había insistido en buscar una casa para alquilar en Oxford, pero él le había dicho que no tenía que preocuparse por eso, que solo tenía que preocuparse por regresar, una vez hubieran hecho público su compromiso. Lo más importante era que pudiera estar

cerca de su familia, así que juntos habían encontrado la casa perfecta, al otro lado del pueblo en el que vivían sus padres.

Un hogar de verdad…

–Entonces no te importa que me case con tu madre, ¿no? –le había preguntado Dylan a Finn.

–¿Voy a tener que ponerme ese estúpido traje? Mi amigo Riley tuvo que ponérselo cuando su madre se casó.

–Puedes ponerte lo que quieras.

Finn había ladeado su cabecita y había mirado fijamente a Dylan un momento.

–Entonces creo que es un buen trato –le había dicho finalmente, subiéndose a su regazo para recibir un abrazo.

De repente. Sadie oyó un alboroto a sus espaldas. Era Rachel con los niños. Finn fue corriendo hacia ella, seguido por Dylan. Cuando el niño pasó por su lado le agarró de la cintura y tiró de él hasta tenerle sobre su regazo.

–¡Mamá! –Finn comenzó a retorcerse, intentando escapar–. CJ y Phoebe han llegado ya.

–Lo sé. Bueno, ¿qué te parece si les das tú la gran noticia?

–¿Lo de la boda? –le preguntó Finn en un susurro.

Sadie asintió y miró a Dylan con una sonrisa en los labios.

–¡Genial! –el niño dio un salto y echó a correr hacia la casa–. ¡Eh! ¿A que no adivináis? ¡Dylan y mi madre se van a casar!

Dylan le tendió una mano y la ayudó a incorporarse.

–Será mejor que te pongas esto entonces –buscó en su bolsillo y sacó esa cajita que guardaba–. Me gustará mucho verlo en tu dedo de forma permanente por fin.

–Y a mí me gustará mucho llevarlo.

Sadie dejó que le pusiera el anillo en el dedo y entonces se puso de puntillas para darle un beso justo en el momento en que los gritos de alegría de su madre llegaban hasta ella.

–¿Cuándo piensas decirles lo demás? –murmuró Dylan contra sus labios, acariciándole el vientre.

–Todavía nos quedan unas cuantas semanas –le susurró ella–. Vamos a dejar que asimilen esto primero. Además, quiero que Finn se entere antes que nadie. Ser el hermano mayor es una gran responsabilidad.

–Cierto –Dylan volvió a besarla y fue entonces cuando Sadie

sintió que por fin estaba en el lugar donde debía estar.

Por fin estaba en casa.